PQ6613
.U8
Z56

E. GUTIERREZ GAMERO
(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA)

LA ESPAÑA QUE FUÉ

Continuación de *Mis primeros ochenta años*

(MEMORIAS)

COMPAÑIA IBERO-AMERICANA DE PÚBLICACIONES, S. A.
LIBRERIA FERNANDO FE
Puerta de Sol, 15 - MADRID

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ6613
.U8
Z56

LA ESPAÑA QUE FUÉ

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Apuntes políticos (edición agotada).
Del natural (cuentos; edición agotada).

LOS DE MI TIEMPO

I. *Sitilla* (novela).
II. *El Ilustre Manguindoy* (novela).
III. *El Conde Perico* (novela).
IV. *La olla grande* (novela).
V. *La piedra de toque* (novela).
VI. *Telva* (novela).
VII. *El Corregidor de Almagro* (novela).
VIII. *La huella del pecado* (novela).
IX. *Clara Porcia* (novela).

NOVELAS CORTAS Y CUENTOS

I. *Andrómimas.*
II. *La derrota de Mañara.*
I. *El placer del peligro* (edición agotada).
IV. *Vidas truncadas* (edición agotada).
V. *Poderoso Caballero.*

Mis primeros ochenta años (memorias).
Lo que me dejé en el tintero (memorias).

E. GUTIÉRREZ-GAMERO
(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA)

RC
PQ6613
.U8
Z56

LA ESPAÑA QUE FUÉ

(Continuación de MIS PRIMEROS OCHENTA AÑOS)

(MEMORIAS)

COMPAÑÍA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES, S. A.
LIBRERÍA FERNANDO FE
Puerta del Sol, 15
MADRID

ES PROPIEDAD

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ENGRANAJE

En el último capítulo del tomo segundo de Mis primeros ochenta años *quedamos en que D. Juan Prim andaba, de puerta en puerta, buscando un Monarca que rigiese los destinos de España. Desde aquella época hasta la proclamación de la República, el 11 de febrero de 1873, hay un espacio de tiempo cuyos sucesos—los que yo presencié—contados fueron, más o menos al memorete, tanto en* Mis primeros ochenta años *(primera serie), como en la que le siguió,* Lo que me dejé en el tintero.

En este tercer tomo reanudo el relato, y aunque en alguna ocasión toque, por exigencias de la voluble memoria, cualquier asunto pretérito, lo que a continuación va es de nuevo cuño, nuevo para el joven lector (juventud que puede alcanzar a los cincuentones) y viejo para mis contemporáneos, los pocos que existan.

Pero no me cansaré de repetir (1) *que estas*

---

(1) Véase el "Introito" de *Lo que me dejé en el tintero.*

"Memorias" carecen de una ilación hermética, quiero decir, de un orden cronológico exacto y perfecto, pues no son más que impresiones que he sentido y guardado en el desván de mis recuerdos, y al ser trasladadas al papel hoy, a la larga distancia de tantos años, se hallarán fácilmente redundancias o repeticiones, que habrá de perdonar el que leyere, en gracia a la sinceridad del que abajo firma.

Y dicho esto, vaya la tercera salida de Mis primeros ochenta años, *con el título de* La España que fué.

Emilio Gutiérrez Gamero.

CAPITULO PRIMERO

Borregos que se desmandan.—La República, amenazada por alfonsinos y carlistas.—Unos preparan la Restauración, y otros la guerra civil.—Los cantones.—Diabluras de la Niña.—Salmerón sustituye a Pi.

Vi que las cosas de la República iban de mal en peor y cuesta abajo. Los borregos que, según el general Moriones, van por donde se les quiera conducir, habíanse encrespado, poniendo al Gobierno todo linaje de dificultades descabelladas y pintorescas, si alguna vez no hubieran sido sangrientas.

En París dejé a los alfonsinos bañándose en agua de rosas, y prometiéndose la inmediata restauración de la dinastía en la persona del príncipe de Asturias, a quien su madre había cedido todos los derechos a ocupar el trono de sus mayores.

Los conciliábulos de los borbónicos eran continuos; los preparativos para que Don Alfonso entrase en España, cuando el grito unánime de la

gente de orden le llamase, cada vez más apremiantes; doña Isabel, siempre pródiga, ya repartía mercedes entre sus cortesanos, aunque los trabajos del Comité alfonsino hacíanse a cencerros tapados, con objeto de que la señora no interviniera en ellos, todo, en suma, presentaba un aspecto como de próximo triunfo.

Recuerdo que una tarde, días antes de mi vuelta a España, fuí a visitar a D. Martín Belda, y me dió curiosos detalles acerca de sus esperanzas. ¿Qué digo de sus esperanzas?, de sus seguridades.

—No hablemos—me dijo—del elemento civil. Ese, con el aditamento de todos los que tenemos camisa limpia, se halla a nuestro lado y es monárquico a macha martillo. ¡Váyale usted con republiquitas y verá dónde le mandan! ¡Para República está España!

—Sin embargo, D. Martín—repuse—, yo creo que después de tantos años de absolutismo, con disfraz de Constitución y Parlamento, viene como de perilla un poco de aire liberal.

—Ríase usted de ese aire. Según el tiento, así el viento, y el tiento consiste en gobernar bien, con mano dura para que haya orden, y sin alharacas de derechos individuales, que sólo sirven para corromper las oraciones a todo bicho viviente.

—Permítame usted que le diga, amigo D. Martín, que, según me ha contado D. Jacinto María

Ruiz, Cánovas prepara un manifiesto, escrito con vaselina, que Don Alfonso dirigirá a los españoles para que por una ancha puerta entren cuantos quieran echar pelillos a la mar.

—Ya trataremos de que la puerta quede entornada.

—Pues si espera usted—atajé—a que el elemento civil, con la añadidura de los de la camisa limpia, hagan la restauración de los Borbones, ya puede usted tomar asiento.

—Ya lo sé—interpuso mi respetado amigo—. La restauración la harán los militares, con ayuda de los cuales derribaremos esa República que ustedes los radicales han votado y consentido, y que va a traer a España todo género de desdichas. Y si no, al tiempo.

—¡Los militares!—dije—. ¡Otro pronunciamiento! ¡Palabeja que ya figura, tomada de nuestro país, en el léxico de las lenguas extranjeras!

—Pues no hay otro remedio... Y ¿quién dirá usted que pone obstáculos a este tan expeditivo sistema?

—¿Quién es el valentudo varón que tiene tan buen sentido?—interrogué.

—Don Antonio Cánovas del Castillo—contestó rápido D. Martín Belda—; pero ya le convencerá el general Martínez Campos, y cuando le den la cosa hecha, tendrá que sacrificarse y ser presidente del Consejo de ministros del primer Go-

bierno que nombrará Don Alfonso. Además, los sucesos desastrosos que nos traerá la República le harán caer de su burro.

Aquí concluyó mi plática, que transcribo fielmente, porque retrata el espíritu y alientos de los alfonsinos emigrados (yo entonces creía que ello era un puro panorama imaginativo), y al despedirme de D. Martín Belda que, andando el tiempo, me dió ancha prueba de su amistad, estuve a punto de cantarle, a modo de jonjana y guasa viva, aquella copla que oí a una chula madrileña, que decía:

¡Ojalá que ojalara
mi madre ojales,
y me hiciera una chupa
con alamares!

Pero me faltaba saber lo que pensaban y urdian los de la acera de enfrente, o sea los carlistas, y la casualidad, protectora de los curiosos, hinchó las medidas de mi deseo.

Y fué que en un pueblo de la frontera (Dancharinea), donde tuve que ir por pocas horas para un asunto que no es del caso, tropecé con Fernando Adelantado, que estaba organizando fuerzas carlistas. Era este hombre, con quien hice amistad íntima en Madrid, en el Casino, un tipo original. Buena estampa, sumamente listo, de muy agradable trato social y, por entera, capitán de Estado Mayor, de lo más distinguido del Cuerpo

y, a poco de la disolución del de Artillería, se pasó a los carlistas, en cuyas ideas comulgaba, protegido por el marqués de Vallecerrato, otro prestigioso ejemplar, por sus prendas personales de valor y de principalidad, de los ilusos que con el lema de "Dios, Patria y Rey" seguían las huestes de Don Carlos.

A creer lo que me dijo Fernando Adelantado, al par que me instaba a que me afiliase a su partido, a cuyo fin el marqués de Vallecerrato me presentaría al "Rey" en sazón oportuna, la victoria de éste y el comienzo de una era de bienandanzas para la patria española, harta de liberales, hallábase cercana, cuestión de unos meses. El rescoldo del viejo carlismo habíase nuevamente encendido, y crepitante en toda España no habría un hombre, principalmente en las Vascongadas, más Aragón, Cataluña y Valencia, que no tomase un fusil para defender y proclamar la causa de Dios y de la "Monarquía legítima". El ejército, defensor a regañadientes del mal llamado Gobierno, ya se pasaría a las filas de Don Carlos. ¡Ah! ¡Si él, Fernando Adelantado, pudiera hablar! Y en cuanto al reclutamiento de gentes dispuestas a jugarse la pelleja, allí mismo se estaba viendo, pues apenas izado el banderín de enganche, los adeptos afluían a montones. Pero ¡nada de esto hacía falta! ¡Si bastaba con dejar

a los republicanos que ellos solos se destrozaran y se desprestigiasen!...

Después de echar por mi boca todo linaje de improperios, caliente mi sangre liberal, contra Don Carlos, sus ideas y sus desaforados parciales, improperios que Adelantado escuchó sonriente y benévolo, volviéndome la pelota con alguna pulla a costa de Castelar, Figueras, Pi y Salmerón, a los cuales llamaba los cuatro jinetes de la "pocalacha", no sin que en la respuesta me quedara corto, me convidó a partir con él unas magras de rico jamón conjuntas a huevos fritos, e hicimos la sobra con unos tragos de chacolí, fino obsequio del cura de Dancharinea.

"¡Qué pena!", decía para mi sayo cuando por la noche tendí la raspa sobre el lecho que una amable patrona me ofreció en su casa, mediante estipendio módico. "¡Qué pena imaginar que este hombre (tan simpático y excelente amigo) y yo nos encontremos un día frente a frente, en opuesto bando, con armas mortíferas en las manos y las disparemos el uno contra el otro para suprimir y borrar de un solo golpe nuestra breve existencia!" Ante esta humanitaria consideración, que tantos han hecho, en prosa y verso, ¿qué valen ni Rey, ni Roque, ni República, ni Monarquía?... "¡Ah!—repetíame, en tanto que el espíritu que vela daba las buenas noches al cuerpo que descansa—. ¡Dichoso aquel que tiene cuatro te-

rrones y lejos de estas luchas dañinas y "catastróficas" se puede permitir el lujo, en la paz de su campo, de una vida dulce y honesta, escuchando en la alborada el gorjeo del gorrión alígero. y en las horas nocturnas el canto persuasivo del grillo audaz y cauteloso!" Pero entonces recordé que esto, o cosa parecida, lo había dicho Horacio muy bien, y además en latín, y me dormí a pierna suelta.

Con las desagradables impresiones recibidas por parte de los alfonsinos y de los carlistas, entré en la capital de la joven República. Dije en el primer párrafo de esta crónica que las cosas iban de mal en peor. Iban por un derrumbadero, como si las empujaran los propios diablos con Satanás a la cabeza; como si los mismos que se llamaban republicanos hubiéranse dado de ojo para desacreditar el nuevo régimen y traer a sus enemigos.

En el corto espacio de mi estancia en París, ¡qué de sucesos en España a cuál más truculento y perturbador! Pero, ¡Dios me valga! ¿Quién inspirará a esta gente descabalada y a los cuatro jinetes de que hablaba el carlistón de Adelantado, para que no se percaten de que, por la carrerilla emprendida, ello durará menos que *l'espace d'un matin,* que dijo el otro?

Sevilla se había declarado independiente y sus manipulantes enviaban al ministro de la Gober-

nación a escardar cebollinos, cuando les decía que eso de la "federal" no era hacer cada hijo de vecino lo que le saliera del pecho. En Málaga sucedía tres cuartos de lo mismo y, bajo el mando del simpático ciudadano Carvajal, los malagueños salíanse de sus apacibles casillas, pensando que aquel encantador pedazo de España, preferido por el padre Sol, era para ellos solos, sin atadijos con el Poder central ni embelecos administrativos.

Pues ¿qué decir de los sucesos de Alcoy, donde murieron varias personas y ardieron varias fábricas? Y ¿qué hablar del cantón de Cartagena, que tuvo resonancia en Europa, porque nadie fuera de España imaginaba cómo eran de blandengues y deleznables los resortes del Gobierno republicano, que permitía el escandaloso movimiento cantonal sin aplicarle al punto el consiguiente correctivo?

Esto de los cantones traía locos a los mangoneadores ultrarradicales de algunos pueblos. Y como dato curioso que retrata el hervor político de aquellos días, vaya el hecho siguiente. En uno (se entiende pueblo) muy importante de cierta provincia, que no es necesario nombrar, tenía yo estrecha concomitancia, tanto por razón de parentesco como por antiguos negocios, con el principal de los supradichos mangoneadores, ejerciente sobre sus paisanos de verdadera y definitiva influencia; un cacique a la antigua española, caído

mientras el ominoso imperio de los moderados y boyante desde la Gloriosa, dígase la revolución septembrina. Como no quería ir a la zaga de los acontecimientos, ni que le tildaran de remiso o perezoso en el avance progresivo de la República federal, mi pariente hallábase perplejo, como burro entre dos piensos, sin decidirse a permanecer con el padre quieto o a erigir a su pueblo en cantón, a semejanza de Cartagena y de otros, ya a punto de tal hombrada.

¿El quedarse atrás para que un vecino suyo, hediondo "neo" que, a última hora, se había vestido con piel de federal, y valiéndose de elementos bullangueros, fácilmente sobornables, gente de carda y burdel, diese el grito y le chafara! ¡De ningún modo! Pero antes de pronunciarse, ya preparados sus peones, en las narices del gobernador de la provincia, que era un bendito, tuvo la feliz ocurrencia de venir a Madrid y consultarme, y, claro es, que le quité de la cabeza semejante disparate.

Se fué convencido a su pueblo, yo le hice este favor al Gobierno, sin que se enterase, y luego. corridos los años, mi pariente lejano se sentó en el Congreso como diputado de la mayoría liberal-conservadora, y estuvo en una hornada de senadores vitalicios que no llegó a cocerse.

La obsesión de este individuo no era en él solo. Sevilla, Alcoy, Cartagena, Málaga, Monti-

lla, daban pábulo a aquella fiebre de descomposición que, como caso patológico, iba cogiendo a España, y que no es de mi incumbencia detallar en estas crónicas, reflejo de mis personales impresiones, únicamente.

Ya el 30 de junio se autorizó a Pi y Margall para que tomase las necesarias medidas al primordial objeto de restablecer la paz. Pero la paz se había restituído a su simbólico alcázar, cansada de predicar saludables consejos a los perturbados españoles, y miraba desde fuera cómo acabaría aquel lío, propicia a descender de las alturas cuando apareciese alguien capaz de unir los dispersos hilos del buen sentido.

—No lo duden ustedes—peroraba en el salón de conferencias del Congreso un federal de los de pelo en pecho—. De todo esto que parece un caos saldrá algo grande. Lo que ustedes llaman desconcierto es el despertar de un pueblo que sacude y rompe las cadenas del despotismo, y ya verán cómo se serenan las aguas que parecen turbias, y tendremos la federación española, que servirá de modelo a las naciones corrompidas por sus putrefactos y viejos perjuicios.

¡Cuando las aguas se serenasen! ¡Ya escampa, y caían capuchinos de bronce! Las noticias que en Madrid se recibían eran cada vez más pesimistas y aterradoras. ¡Hasta se hablaba de una intervención extranjera (que no pocos ilusos pe-

dían) para meternos en cintura!... Y mientras tanto la madeja se iba enredando, y D. Francisco Pi y Margall no acertaba a tomar, eficazmente, las medidas que trajesen al redil del instinto de conservación a las ovejas desperdigadas por los andurriales de la República federal.

—Esto está que arde—me dijo Federico Arredondo, un alfonsino de empuje que en "La Farmacia" (ya hablaré de ella) hacía propaganda.

—Pues ¿qué sucede?—le pregunté.

—Nada... Que cae Pi y viene Salmerón... Con lo cual se salvó el país—me contestó el pariente morganático del infante Don Francisco, y, frotándose las manos, de jubiloso y contento, me dejó con la boca abierta.

CAPITULO II

Salmerón, jefe de Estado.—Una supuesta nota de tres embajadores.—La eterna inconsciencia española.—Un ofrecimiento de Alemania.—Todos los españoles, locos.—Castelar, Poder.—Un discurso memorable. "La Farmacia".—¡Otro pronunciamiento en puerta!

—¡Mire usted que meter a D. Nicolás en estos trotes!—me decía un íntimo amigo del insigne repúblico.

—Hombre—atajé—, Salmerón es una figura prestigiosa, varón integérrimo...

—Verdad—interrumpió el dicente—. Todo lo que usted quiera y mucho más; pero con escrúpulos de monja en el duro trance de castigar a los idiotas desalmados que nos deshonran. Si tuviese dos entorchados en la bocamanga, no digo que no pudiera componer este cotarro... Hoy por hoy, un jefe del Estado español de levita y chistera no sirve para el caso... ¡Y con lo que ocurre, que es gravísimo!

—A ver, a ver. Cuénteme usted eso que es gravísimo—interpuse presto.

—Con formal promesa de que ello quedará en usted solo, porque nadie del público lo sabe ni lo sabrá, se lo diré.

—Venga de ahí.

—Pues los embajadores de Inglaterra y Francia, más el de Alemania, han comunicado al Gobierno una nota colectiva en los términos más duros y concluyentes.

—Sí que la cosa es grave y puede traer cola. ¿Conoce usted la redacción de la nota?

—No. Conozco la noticia y la miga de la nota; pero nada más.

—Y ¿sabe usted qué piensa contestar nuestro Gobierno? Porque supongo que dará una respuesta digna y propia de un Gobierno español que no se deja mediatizar por ningún otro.

—No lo sé...

Me separé del amigo con el escozor del noticón y, aunque con suma cautela, indagué en los Centros donde gente bien enterada hablaba de política, nadie lo sabía de fijo.

¡El secreto a voces! Se decía, se murmuraba al oído; los patriotas llevábanse las manos a la cabeza, dando por hecho que Inglaterra y Francia iban a intervenir en nuestros asuntos, y ya los más exaltados pedían que declarásemos la guerra a ambas naciones por meterse en lo que no les im-

portaba, pronto, cuanto antes, para que no nos cogieran la vez. Vociferaciones propias de no pocos españoles que miden las fuerzas que tienen por los humos que gastan.

Mucho tiempo después, D. Nicolás Salmerón me dijo, en París, que no hubo semejante nota, sino un discreto y cortés ofrecimiento de Alemania de ayudarnos, si habíamos menester su ayuda, y esto en forma que no pareciese intervención ni cosa tal. El Gobierno agradeció el buen deseo oferente y la cosa no pasó de ahí.

Si la ayuda nos hubiera podido venir del cielo, que es potencia neutral y amiga de hacer favores, a las veces, santo y bueno; pero el cielo se negaba a poner orden en aquella grillera a que nos trajo la hora de la locura. Se explica, por tanto, que muchos que veían próxima la desmembración del país, y detrás de ella ningún aglutinante con fuerza suficiente para unir sus pedazos, suspirasen por algo que hiciera tal milagro, aunque lo trajera el mismo demonio.

—No seáis idiotas—gritaba Eduardo Saco en el café Suizo, rodeado de un corro de asustadizos—. Como abramos la puerta tanto así, por ella se colarán los oficiosos invasores y resultará verdad aquello de

> Los ingleses hasta el Ebro,
> los franceses hasta el Tajo,
> y los demás españoles
> que se vayan... etc., etc.

¡Medios, D. Nicolás Salmerón, correctivos y eficaces para normalizar la situación! ¡Ninguno! Nadie hacía caso del Gobierno; el Ejército estaba desunido, sus jefes desalentados y muchos esperando el sol que más calentara para arrimarse a él, y los oficiales sin el prestigio necesario para hacerse obedecer. Como finiquito de males, la guerra carlista tomaba un incremento formidable. Claro era que tornábase odiosa a todo noble sentimiento, por causa de sus salvajadas, que sólo recordar mueve a cólera y repugnancia; pero iba creciendo, y los esfuerzos de nuestros soldados no bastaban a dominarla y vencerla. Al leer en los periódicos sus progresos, recordaba lo que me dijo Fernando Adelantado en Dancharinea, y no me cabía en la cabeza el triunfo de Don Carlos y el de sus ideas en pleno siglo XIX.

Las buenas intenciones de Salmerón se estrellaron contra la realidad. Aquel su amigo que me hablaba de los dos entorchados en la bocamanga tenía razón hasta dejarlo de sobra. Yo vi un día, casualmente, a D. Nicolás y le encontré desalentado, pues en las pocas frases que le escuché traslucíase su propósito de abandonar el Poder. Alguien, indiscreto, le preguntó si aplicaría la pena de muerte, y contestó "que para afirmar el imperio de la ley aplicaría las sanciones que ésta ordena y dispone, por doloroso que le fuera". El

adjetivo "doloroso" lo pronunció con un tono que dejaba ver la tristeza de su espíritu.

Y, con efecto, el día 4 de septiembre D. Nicolás Salmerón dimitió ante las Cortes. ¿Quién sería el valiente que tomara, ni a beneficio de inventario, la tan embrollada y peligrosa sucesión? Los prohombres de la República se habían gastado. Don Estanislao Figueras dió la señal, abandonando la presidencia del Poder ejecutivo y marchándose de Madrid sin decir más que "ahí queda eso". Pi y Salmerón también fracasaron, y de los cuatro jinetes no quedaba más que uno, D. Emilio Castelar. A él, pues, le tocaba la china, y, con la resignación del mártir, aceptó la Presidencia del Poder ejecutivo que la Cámara le confirmó el 5 de septiembre.

Pocos quedarán de los que oyeron el discurso que pronunció en el Congreso cuando tomó posesión de su cargo. Yo le oí, desde la tribuna de ex diputados, y declaro que rara vez me ha hecho un efecto tan dilacerante de mis ilusiones la palabra maravillosa del gran orador. Sin alardes retóricos, sin apelar a ejemplos tomados de la Historia, sin recurrir a recursos de frases que hacen rotundo el período y cierran el párrafo como con áurea llave, sino más bien con una sencillez propia de la verdad, que, por serlo, persuade y convece, habló Castelar breve espacio, siendo escuchando con un silencio que, sin embargo, sonaba

a inminente peligro de la unidad de la patria española.

¡Pero qué tono de sinceridad y al par de tristeza en sus palabras! ¡Cómo describió, sin exagerarla, la situación del país! Los oficiales y jefes, abandonando sus regimientos; los soldados, haciendo entrega de sus armas a los carlistas; en muchos pueblos de España, prefiriendo la facción a las tropas del Gobierno; sus mismos correligionarios, dándose al saqueo y a toda clase de vejaciones; hechos deplorables, más también dignos de inmediato corregimiento, para que no creyese el mundo entero que la sociedad española había vuelto al estado salvaje. Y al final de aquel enérgico discurso, el menos lince vió claramente cómo Castelar, escarmentado por la intransigencia de sus correligionarios, renegaría, andando los años, de aquellos ideales que creyó fáciles de que echaran raíces en este movedizo país. Porque el hombre que siempre defendió la democracia y la República federal, y que siempre, también, tuvo en su corazón un culto religioso a esos principios, dijo (poniendo término a sus frases luctuosas) que lo que se necesitaba en aquel momento, "puesto que la política no es nada, o es la transacción entre el ideal y la necesidad, era orden, autoridad y gobierno". En resumen (y me refiero a palabras del mismo Castelar, que corrían de boca en boca), lo urgente y a toda costa era emplear pron-

to mucha Infantería, mucha Artillería y mucha Caballería. De estos "saludables" procedimientos a aquello de "mucha libertad y mucho palo" de los viejos progresistas del año 54, no había más que un paso... Después de su notable perorata, la Cámara acordó suspender las sesiones hasta el 2 de enero próximo de 1874.

De la labor de D. Emilio Castelar como hombre de gobierno (en que mostró sus extraordinarias facultades) durante el interregno parlamentario, en los periódicos de aquella época puede cualquiera saciar su apetito de noticias sensacionales. Por lo que a mí toca, sólo diré que, según mi humilde opinión, Castelar se colocó al lado de los grandes políticos que se han dado cuenta de la realidad y han visto claro el porvenir. En España, en el siglo XIX, no ha habido más que uno: D. Juan Prim, y después...

Pero en el estado en que se hallaba la desvencijada República, sobre la cual sus adeptos pusieron sus manos pecadoras, ¿era posible que Castelar enderezase aquel tinglado, con puntales de buen gobierno y lañas de eficaz energía? ¿No había motivo para que los enemigos del nuevo régimen echasen la casa por la ventana? ¿No estaba en la sospecha de todo el mundo que se cernía en la atmósfera algún inesperado acontecimiento que cambiase la faz de la política?

Esta sospecha me la confirmó Federico Arre-

dondo, que hubo de citarme en "La Farmacia" para solicitar mi opinión, creyendo que todavía me ocupaba de negocios, acerca de la venta de unos valores del Estado, de que era dueño, ante el temor de que influyera en su cotización algún hecho resonante próximo a estallar. Le dije que llamase a otra puerta, porque yo había dicho "adiós" para siempre a las cosas bursátiles; pero de nuestra conversación saqué interesantes noticias. Afortunadamente, era por la tarde, estábamos solos (los socios del conocido Club no se reunían sino a las altas horas de la noche) y pudimos charlar sin testigos.

¿Quién, de los viejos supervivientes a los días a que me voy refiriendo, no recuerda "La Farmacia"? Hallábase situado este casinillo en el piso entresuelo del café de Fornos, calle de Alcalá esquina a la de Peligros, y en él se juntaban individuos de la más diversa especie—literatos, aristócratas, cómicos, comerciantes—gente toda ella de buen humor, donde se hacían comentarios de los sucesos del día y de la noche, derrochando gracia a costa de los tipos que pululaban por Madrid, cuya sociedad entonces era mucho menos extensa que la actual, y, por lo tanto, más conocida. Y como no había Junta directiva ni Comité de admisión y entrábase allí cual Pedro por su propia casa, sin otra gabela que pagar al portero un módico estipendio mensual, dicho está que fácil-

mente se lograba hacerse socio de "La Farmacia", con la condición de que el pretendiente no fuera de los "indeseables".

Que "La Farmacia" tuvo en Madrid cierta resonancia, no se puede negar, por las cosas que de allí salieron, los remoquetes con que sus alegres socios bautizaron a personajes y "personajas" y, las bromas que gastaron a los inocentes pápa-ros que caían bajo su jurisdicción goliardesca. Una noche, por obra de la casualidad, pues yo no era socio de "La Farmacia", asistí a la habitual reunión; allí me encontré al marqués de Bogaraya, muy popular en aquellos días; a Paco Arderíus, a Vallés, a Lustonó, al maestro Casares, a Martínez Brau, dueño de la pescadería de la calle Mayor; al Regatero, a Felipe Ducazcal, y no es para contado sino muy callandito lo que en "La Farmacia" se dijo acerca de un percance que le ocurrió al actor Escríu con cierto aristócrata, y a la decepción de cierta dama principal, famosa por sus ocurrencias.

No fuí socio de "La Farmacia" ni quise serlo, en primer lugar, porque para centro de murmuraciones a todo embutir me bastaba con unirme al "coro de ángeles" del Casino, que también a última hora tenía tijerillas bien afiladas para hacer tiras del pellejo ajeno, y principalmente, porque en aquel al parecer modesto "club" se hacía, a lo somormujo, política alfonsina, y no me agrada-

ba verme metido en una conspiración de este jaez.

No le sucedía lo mismo a Federico Arredondo (y vuelvo a él), que entre la juventud dorada del alfonsinismo tuvo cierto relieve, habiendo puesto en el triunfo de Don Alfonso todo su valor personal, nada escaso, su actividad y su fortuna. Cosa muy lógica, pues sin contar con que sus ideas iban por el camino de la Restauración, su hermana, Teresa Arredondo, era esposa morganática del infante Don Francisco, y, por ende, mi amigo Federico tenía concomitancias de parentesco con la familia real española. ¡Que mucho se pereciese por traer, cuanto antes, a Don Alfonso al trono de sus antepasados!

¿La noticia que me dió, seca y escueta? Pues que estaba a la vuelta de un dado, como quien dice, que el capitán general de Madrid entrase en el Congreso y echara a puntapiés a todos los diputados, de modo que en el Palacio de la Representación nacional no quedase ni una rata.

—Y ¿cuándo?—pregunté, para asistir al Congreso, aunque me hallase entre esos traviesos roedores.

—De un momento a otro—me respondió, y cortamos la hebra de la plática.

CAPITULO III

La enredada y quebradiza madeja de la vida política.—El salón de Concha Iglesias.—El general Pavía.—Actitud inquietante.—Confianza, optimismo y chocolate con mojicones.

¡Claro que se cernía en la atmósfera algo que en un santiamén cambiase la faz de la política! En punto a holgarse la gente madrileña en fiestas y diversiones, para nada influía aquélla, pues la Divina Providencia, que reparte sus dones, no a cierra ojos, sino con pulso y medida, echó sobre este pueblo una gran dosis de "qué se me da a mí", con cuyo regalo va viviendo tan a gusto. Pero en los sitios donde se departía acerca de la cosa pública vaticinábase un inmediato acontecimiento, propio para borrar aquel Gobierno y con él lo que proclamamos el 11 de febrero de 1873. Y eso que regía los destinos del país D. Emilio Castelar, el cual, durante su actuación patriótica en el tiempo de su breve mando, dió pruebas de entereza y de saber gobernar, y ahí están sus

hechos, que la severa Clío ha consignado y que no me dejarán mentir.

¡Que el gran repúblico manipulara a sus anchas!... Muy engarabitadas hallábanse las pasiones, y muy preparados los enemigos de la nueva forma de gobierno, para que le permitieran llevar un hilo de paz y concordia que mucho durase. ¿Por dónde se rompería, y quién lo iba a coger para seguir devanando esta madeja de la vida política española, que aquí se rompe y allí se anuda, y que parece no tener fin?

—¡Hame dado en la nariz olor a barraganía!—me decía cierto amigo republicano, aludiendo, a la situación de aquel entonces, y que fundaba sus pronósticos en citas de zarzuela o comedia, vinieran o no a cuento.

—Junta de "barraganes", oveja muerta—concluyó el erudito.

—Hombre—corregí—, dirás "rabadanes", que no "barraganes".

—Lo mismo da—continuó—. Has de saber que no lejos de aquí está Serrano, reunido con toda su "mesnada", mascando el infame proyecto de pegarnos un puntapié en el mismo obispillo, para calzarse con el santo y la limosna, si le dejamos, por supuesto. Pero ¡mal rayo me parta!, que si yo fuera Castelar en ese antro de conspiradores metía una docena de milicianos y no quedaba títere con cabeza. Y se cuenta, ¡pásmate!,

que en el ajo se halla Pavía, el capitán general de Madrid, ese general de pega, de quien dice el soneto que corre por ahí "que vale más su lengua que su espada".

Acerca de este militar, a quien he tratado en dos ocasiones, la una durante los días precursores al 2 de enero de 1874, y la otra cuando la algarada de Villacampa, que ya saldrá en mis capítulos sucesivos, tenía yo la mosca en la oreja, como suele decirse.

Ambos frecuentábamos la casa de Concha Iglesias, donde solían reunirse, en amena tertulia, individuos de diversa condición social, aunque todos ellos muy puestos en los puntos de la más exquisita cortesía. No era su "salón" (llamémosle así), ni por semejas, lo que fueron en París los de madame Recamier, madame Stael y el de nuestra compatriota la carabanchelera Teresa Cabarrús, encantadora mujer cuya vida y milagros ha trazado de mano maestra el marqués de Villaurrutia. El salón de Concha Iglesias, más modesto que cada uno de los regidos por las antedichas damas, y sin el relieve personal que éstas tuvieron, no daba asilo a personajes de visualidad espectacular, de esos que figuran en primera línea por alguna cualidad que en ella les puso y van para ser admirados o para fines más o menos confesables, sobre todo si concurren mujeres bajo cuyo resplandor conviene cobijarse.

Gentes aficionadas a charla discreta, ajenas a ocupaciones más sabrosas durante unas cuantas horas de la noche, y muy distantes de buscar provecho que irradiase al exterior de la reunión, iban a casa de Concha Iglesias atraídas por la amabilidad de ésta, que tenía gancho para hacerse amigos y gracia para retenerlos. ¿Quizás por sugestión poderosa de sus prendas físicas? Nada de eso. Era una mujer de treinta o treinta y cinco años, de facciones no muy correctas, buena estampa y elegante, que poseía unos ojos de dulcísimo mirar y una voz que sonaba a caricia. Claro es que aún estaba en potencia de inspirar deseos, y, sin embargo, cuando salíamos de su casa y hablábamos de su dueña, nunca oí la menor reticencia tocante al buen nombre de la Iglesias, que si tuvo reunión de hombres (ninguna señora) en su domicilio de la calle del Pez, fué por herencia de su tío D. Bernardo, el furibundo progresista, y a la muerte de este famoso revolucionario, con quien Concha vivía, no quiso ella cerrar la puerta de sus salones, donde tanto se conspiró, a los amigos del que la sirvió de padre.

Pues en aquella casa conocí al general Pavía, que, alternando con todos en las diferentes conversaciones que se suscitaban, cuando salía a relucir la política mostrábase inquieto y nervioso, como si le pinchasen las cosas que por dentro guardaba, y cual si le costara trabajo represarlas, in-

quietud que noté más acentuada en los días a que me voy refiriendo.

Tocando los últimos del mes de diciembre, una noche me hice el remolón ante una taza de té, cuyo contenido iba sorbiendo poco a poco; dejé que mis compañeros se marcharan y nos quedamos solos Concha Iglesias y yo, ella menos ecuánime que de costumbre, quizás porque Pavía, en un inciso de la plática general, habíase exaltado por modo iracundo contra las Cortes republicanas que se iban a reunir el 2 del próximo enero, y yo, pensando en tirar de la lengua a aquella sugestiva mujer, cuyo desasosiego, al par de la inverecundia de Pavía, hízome concebir la sospecha de si entre los dos existiría alguna concomitancia erótica, dado que a él tildábanle de mujeriego y ella estaba en el sazonado momento de la fruta que espera la atrevida mano que sepa cogerla.

—¿Qué le sucede al general, tan cauto de suyo, para que se le haya ido esta noche la sin hueso?—pregunté a la Iglesias.

—El general—me contestó—, pensando lo mismo que piensan sus compañeros, teme que las Cortes derriben a Castelar y que le sustituya un Gobierno sin prestigio que no sepa atar corto a los federales, y volvamos a las andadas.

—Y ¿qué va a hacer?—insistí.

—Pues... qué sé yo... Alguna barrabasada... Es-

tá harto de República y tiene en su mano toda la guarnición de Madrid.

—¡Pobre República!—no pude menos de exclamar—. La vituperan sus enemigos, que hacen horrores para desacreditarla sin tener en cuenta, porque no les conviene, que ninguna transición de la Monarquía a la República se ha verificado, en país alguno, con menos disturbios que aquí.

—Eso le digo yo al general Pavía—atajó Concha Iglesias con acento más decisivo que de costumbre, como si quisiera, con él, para que lo creyera, afirmar la tradición rotundamente liberal que le venía de su tío D. Bernardo, el enemigo de los Borbones.

—Y claro—interpuse, cual si hablara para mí solo—, si Pavía dispone de la guarnición de Madrid, poco trabajo le costará un golpe de Estado y proclamarse dictador.

—No, eso jamás. Si tal hiciera no sería para semejante cosa—interrumpió Concha, algo asustada, quizás imaginando que en el trance de la dictadura iba el general Pavía a jugarse la cabeza—"pensando que la tenía"—, como más tarde se dijo de él.

—Entonces, ¿para Don Alfonso?—seguí apretando.

—No lo sé, querido amigo. No lo sé. El general no me ha hecho confidente de sus proyectos—acabó la sobrina de D. Bernardo, y como yo co-

nociera en el tono de sus palabras que no quería decir más, me despedí y tomé el olivo, dígase la puerta.

¿Por qué frente a ésta, obscura la noche y mortecinos los faroles que querían alumbrar la calle del Pez, me quedé parado largo rato, como si esperase que alguien entrara por donde yo había salido?... Pero no entró nadie, y me fuí a mi casa.

De lo ocurrido en la de Concha y de mi conversación con su dueña (aún vive quien recordará seguramente la tertulia a que aludo), deduje que aquel militar, que al parecer no había roto plato ni escudilla, algo ligero de cascos, según el rumor público, pero hombre de buena fe, como instrumento de los que aspiraban a sacar las castañas del fuego con mano ajena, proponíase un acto de fuerza, sin encomendarse a Dios ni a otro diablo que al muy ladino y cizañero inspirador de los enemigos de la adolescente República.

¿Qué podía yo hacer para que no se viniera al suelo aquella andamiada sostenida, no por fuertes puntales, sino por débiles cañas? De haber sido todopoderoso, no más tarde que al salir de la casa de mi amiga, habríame plantado entre la gente del bronce, no armando a dos o tres "con un arcabuz", como decían en una zarzuela muy en boga entonces, sino a una docena de leales republicanos, bien provistos de mortíferos fusiles, y en menos tiempo que se persigna un cura loco habría puesto al recaudo de la cárcel a Pavía, al

general Serrano y a toda su taifa, porque me causaba pena que una militarada diese al traste con aquellas Cortes Constituyentes, que si bien no constituyeron nada, al fin y al cabo eran genuína representación de la soberanía nacional. Pero, desgraciadamente, mi voluntad y patriótico deseo pesaban menos que un grano de alpiste en la mecánica política, y decidí ver a Castelar para ponerle al tanto de mis sospechas.

Y hallé al gran repúblico muy persuadido de que éstas eran infundadas. ¿Cómo atreverse nadie a hollar la santidad de las Cortes Constituyentes? (¡Fíate de la santidad y no corras, dije para mis adentros!) Preparaba el discurso que iba a pronunciar ante aquéllas, como presidente del Poder ejecutivo, dando cuenta del estado de la nación y de lo que había hecho, seguro de que tras su discurso daríale la Cámara un voto de confianza. Respecto al capitán general de Madrid, díjome D. Emilio que en la última conversación que tuvieron le afirmó su incondicional adhesión.

En esto entró un criado a servirle una taza de chocolate macho, con dos mojicones, de que era muy goloso; me invitó a acompañarle, rehusé y acabó nuestra plática.

—¿Irá usted luego al Congreso?—me dijo al despedirme de él.

¡Pues no había de ir! Fuí y ocurrió que... Pero aquel día memorable merece capítulo aparte.

CAPITULO IV

Las Cortes Constituyentes.—Sesión histórica.—Castelar, derrotado.—Mientras los diputados deliberan y votan, la fuerza pública rodea el edificio del Congreso.—Una orden del capitán general de Madrid, que se rechaza con energía. — Todos los diputados, unidos para la defensa de la República y del Poder civil.—Tiros en la Cámara.—Una frase de Castelar.—La serenidad de Salmerón.—Fin de la República.—¡Y el pueblo, tan tranquilo!

Sesión histórica y memorable la de las Cortes Constituyentes, que empezó el 2 de enero de 1874, a las tres y media de la tarde, y acabó el día 3 del mismo mes y año a las ocho de la mañana. Sesión memorable e histórica que aguanté desde su principio hasta su fin, solamente llevado de la pícara curiosidad y de mi afán de ver en qué paraba aquello, cuyo "ite missa est" ya me lo fi-

guraba desde que noté la extraña actitud del general Pavía en casa de la sobrina de D. Bernardo Iglesias. ¿Sería capaz aquel hombre, que más semejaba figurín de escaparate que héroe militar, con su bigotillo tirando a rubio, sus quevedos prendidos siempre con cadena de oro de la oreja izquierda y su aire de para poco, se atrevería—digo—a poner la punta de su bota en el tafanario de los diputados representantes de la nación española? Vamos a verlo—hablé conmigo mismo—, y a las dos de la tarde ya me encontraba en el Palacio del Congreso, como prometí a Castelar.

Y no fuí de los primeros, pues muchos, curiosos como yo, se me adelantaron, y encontré el salón de conferencias rebosante de gente en espera de lo que iba a pasar, aunque muy pocos con la sospecha de la "paviada"; y eso que ciertas reticencias de León y Castillo, con quien tuve una ligera plática, me hicieron concebir dudas acerca de si mis presunciones serían como el secreto a voces. Respecto a comentarios, si los relatase, ni el cuento de nunca acabar; y así los federales, enemigos de Castelar, diciendo de él horrores, y los que perdonaban sus antiguas prédicas en gracia a las dotes de mando que descubrió a última hora, alabándole, trabábanse de palabras con el calor propio de las pasiones de entonces, hoy totalmente desconocido.

Las campanillas cortaron las ruidosas conver-

saciones; todos fuéronse, cada cual a su respectivo sitio; yo me metí en el salón de sesiones, dado que en la tribuna de ex diputados ya no cabía un alfiler (en la primera fila dos damas, al olor de la "juerga" oratoria que se anunciaba), y se abrió la sesión con un "¡Viva la República federal!", que gritó el marqués de Albaida, y que muy pocos contestaron. ¡Qué habían de contestar, si en aquel ambiente comenzaban a respirarse miasmas reaccionarios!...

Leyó su discurso Castelar con voz llena y firme, marcando bien los párrafos más interesantes y haciendo una pintura de la situación del país, que ponía la carne de gallina. Todos conocíamos de memoria la susodicha situación, por la prensa y por las cartas particulares; todos sabíamos el desbarajuste y los sitios donde el principio de autoridad andaba por los suelos, y, sin embargo, las palabras del presidente del Poder ejecutivo iban cayendo sobre nuestros espíritus como gotas de fuego; tales eran su verdad y su fuerza. Seguramente los mismos diputados que juzgaban desacertada la política de D. Emilio Castelar, y creían, de buena fe, que por virtud de la idea federal adscrita a la joven República, a que se juntaba en este sentido, según ellos, la opinión de todo el país, si hubiesen adivinado la próxima catástrofe.

en vez de derribarle habríanle ayudado con todas sus fuerzas.

Pero le derribaron. Martín de Olías, Martínez Pacheco, Morayta, Puig y Canalejas presentaron el voto de confianza, mediante el cual, si se le llega a dar, hubiera continuado Castelar ejerciendo el Poder. ¿Evitándose así el golpe de Estado y la disolución por la fuerza bruta de las Cortes? ¡Ah! Este es el enigma que no se ha podido descifrar. Muchos en aquellos momentos tenían la certeza de que, robusteciendo las Cortes la personalidad de Castelar y de su Gobierno, no era posible llevar a término de éxito favorable la conjura preparada por Serrano y su gente, porque el capitán general de Madrid habríase de ellos separado; y hasta se dijo muy "sotto voce" que Pavía hubo de advertir a D. Emilio, en su última conferencia, que si le derribaban, él, Pavía, recobraría su libertad de acción para hacer lo que juzgase más conveniente a la salvación de la patria. Pero, fuera, los detalles de tal conferencia nunca se supieron; y era creencia que no habría consentido Castelar la advertencia, que sonaba a amenaza; mas, preparado como estaba el golpe de fuerza y consentidos los militares en plantar en la del rey aquellas Cortes "disolventes", como las llamaba un conspicuo alfonsino, ¿quién hubiese detenido a los conjurados, con Pavía o sin Pavía, que no era hombre de arrestos para

hacerse el amo de todos y sobre todos en funciones de dictador *quia nominor leo?*

En un breve y ceñido discurso defendió el voto de confianza Martín de Olías, un hombre al parecer frío, como su rostro deslavazado, pero que sabía poner los puntos sobre las íes. Contra él presentó su proposición de "no ha lugar a deliberar" Bartolomé Santa María, y como en su perorata pronunciase algunas frases que juzgó molestas Castelar, éste se levantó, incomodado, y se le escurrieron palabras que parecían amenazadoras, a las cuales puso Salmerón el contrapunto de su habilidad componedora, para que los ánimos se calmasen, pues que la atmósfera se iba caldeando por momentos.

Retiró Bartolomé Santa María su proposición y se comenzó a discutir el voto de confianza, y a soltar cada uno de los discutidores el vuelo de sus condiciones oratorias. ¿Qué hombre político español, avezado a las lides del Parlamento, en las cuales creyó hallar su fama y su fuerza, deja de exhibir su verbo elocuente cuando la ocasión se le presenta? Y así, lo que pudo resultar breve y compendioso, puesto que el caso estaba en hallar pronto una solución al grave problema, cual era seguir la política de Castelar o desecharla, hízose interminable.

Hablaron Romero Robledo, Esteban Collantes, León y Castillo, con aquel vocejón que hacía tem-

blar las paredes; Labra, un señor Torres, desconocido en la plaza, y Eleuterio Maisonnave, de palabra fácil y melosica; y entre unos y otros, ya en pro ya en contra del Gobierno, y por ende del voto de confianza, tocamos las altas horas de la noche cuando se levantó D. Francisco de P. Canalejas a defender al presidente del Poder ejecutivo, que de cierto estaría pensando, a guisa de modesto tenteempié, en el chocolate macho y en los mojicones que el refitolero le sirvió en su casa aquella mañana. De algún diputado supe que en previsión del caso se llevó un bocadillo en la faltriquera.

En la madrugada del día 3 de enero hizo don Emilio Castelar el resumen del debate, y a renglón seguido, ¡a votar, a votar! Ciento veinte votos contra ciento derrotaron al Gobierno, que al punto presentó su dimisión. Eran las cinco y media de la mañana.

El revuelo que se armó entonces es indescriptible. Comentarios, frases duras, vaticinios espeluznantes, amenazas... el finibusterre de la más descompuesta algarabía; porque ¿quién el sucesor del gran tribuno? Y ¿cómo se iba a votar? ¿A un solo individuo como presidente del Poder ejecultivo, o a todos los que habían de componer el Gobierno? Y ¿habríasele de exigir, como condición previa, que continuara abierta y discutiendo la Asamblea hasta que el país hubiese recobrado

sus cabales y afirmádose por modo seguro la República federal?... Tras de no pocas idas y venidas, se decidió que las Cortes nombrasen un diputado con facultades para resolver la crisis; pero con la obligación de que cada votante firmase su papeleta. Sonaron entonces varias candidaturas, y al fin cristalizó (como ahora se dice) la de Palanca, un buen señor inteligente y modesto, aunque sin gran relieve, sobre todo para sustituir a Castelar. Por mi parte declaro que me agradó, pues el apellido prometía mucho.

Al principio de la votación estaban los representantes del país, cuando se me ocurrió asomarme a una de las ventanas del edificio, y ví que iban llegando y colocándose alrededor de él Guardia civil y tropa de línea. Bajé precipitadamente al salón de conferencias para dar la noticia y tropecé con los taquígrafos Tomás Luceño y Ernesto de la Loma, ambos entrañables amigos míos, que se encaminaban al salón de sesiones cuartillas en mano y lápiz en ristre, para llenar el turno que les correspondía.

—¿A dónde vas, desdichado?—dije a Luceño—. ¡Mira que dentro de poco entrará aquí la tropa, y si los diputados resisten habrá una degollación como la de los inocentes!

—Pasarán por encima de mi cadáver, y luego seguiré cumpliendo con mi deber—me contestó,

muy formal, Luceño, y entró, con Loma, en la Cámara.

También entré yo detrás de ellos, a punto de oír al presidente que daba cuenta de cómo acababa de recibir una orden del capitán general para que se desalojara el local inmediatamente, o, de lo contrario, lo ocuparía a viva fuerza.

Griterío al canto y protestas iracundas que en vano trató de calmar el presidente. Al fin logró hacerse oír, y dijo que todavía era Gobierno Castelar, que ya había tomado medidas para defenderles; que precisaba suspender la votación y continuar en sesión permanente, resistiendo hasta que les desalojasen por la fuerza, para que las generaciones venideras supieran que todos se unieron en aquellos graves momentos para mantener la República.

Un diputado pidió armas para hacerse fuerte en el Congreso. Otro, que se exonerase al capitán general mediante un decreto que todos se brindan a llevarle; otro, que se cerrasen al instante las puertas del edificio, y en esto otro anunció que la Guardia civil había entrado en el Palacio de la Representación nacional para ejecutar las órdenes de Pavía.

Benítez de Lugo, que habló contra la política de Castelar, quiere que la Cámara entera dé un voto de confianza al recién derrotado, y muchos gritan: "¡Por unanimidad!"

"¡A buena hora mangas verdes!", creo que debió pensar D. Emilio, aunque dijo "que ya no tendría fuerza y nadie le obedecería".

El presidente.—¿Nos dejamos matar en nuestros asientos?

Muchos diputados.—¡Sí, sí; todos!

Castelar.—Yo estoy en mi puesto y nadie me arrancará de él. Aquí me quedo y aquí moriré.

Entonces unos cuantos soldados entraron en el salón de sesiones y se oyeron algunos disparos en las galerías; disparos con bala, porque se vieron luego las señales de los proyectiles en las paredes y en el techo.

Salmerón bajó tranquilo y muy despacio del sillón presidencial, y Castelar se desplomó en el banco azul, tapándose el rostro con las manos y exclamando: "¡Qué vergüenza!"

¿Los representantes de la nación? Pues, más de prisa o más despacio, todos tomaron la prudente medida de buscar una discreta escapatoria (alguno, según los porteros, se metió en un armario), y, a mi parecer, hicieron perfectamente. ¿A fundamento de qué, como no fuese para que se enterase la posteridad y proclamara la Historia, iban a inspirarse en aquel cuadro que pinta a los bárbaros invadiendo el Senado romano, y a los padres conscriptos arrellenados en sus sillas, envueltos en sus togas y esperando la muerte? ¿Acaso

hubiérase afianzado la República federal dejándose descuartizar?

. . . . . .

Más tarde, cuando después de varias horas de reposo salí a la calle, encontré la población en estado de guerra: cañones en la plaza de las Cortes y cañones en la del Progreso. El público, en cambio, muy sosegado, como si no hubiese ocurrido aquel hecho transcendental, y algún guasón haciendo chistes a costa de las Cortes federales, de Pavía, de lo divino y de lo humano. Por la noche hubo iluminación en no pocas casas, y las cocineras no tuvieron que hacer acopio de substancias alimenticias.

Y aquí dió fin la República, a quien si la Historia no ha perdonado sus deslices, habrá sido por falta de tiempo.

CAPITULO V

Una conversación con Pavía. — ¡Golpe de Estado más o menos!... — La buena fe de Castelar.—Un buen regalo.—El duque de la Torre, jefe del Poder Ejecutivo.—Guerra civil y crisis económica. — El hombre del tupé.—Una República que sólo tiene de tal el nombre.—Hacia la Restauración.

El comienzo de este capítulo es como un epílogo del anterior.

Mentiría si no declarase que la conducta de don Emilio Castelar en los sucesos de los días 2 y 3 de enero de 1874 no me satisfizo por entero. Claro es que no soy quién para juzgar al gran repúblico; pero dentro de mí bullía el resquemor de cómo, habiendo sospechado los propósitos del capitán general de Madrid, con el que hablaba a diario, no le cortó inmediatamente los vuelos sustituyéndole por otro de su misma categoría. Recuerdo muy bien que cuando le ví en su casa el día 2, por la mañana,

le encontré valiente y animoso, y luego, en su discurso, pintando con los más negros colores la triste situación del país, no decayó un momento su espíritu varonil. Quedábame el recurso de tirarle de la lengua con habilidad, y a tanto no iba mi atrevimiento.

Bien es cierto que, no teniendo yo el encargo de escribir la historia de aquellos sucesos, para que los tiempos futuros se diesen de ellos clara cuenta, la actitud de D. Emilio, más o menos obscura, debiera haberme importado un ardite y, sin embargo, por lo mismo que le admiraba, quería explicármela a derechas, de la propia manera que se desea hallar en la falta la disculpa.

El azar me deparó el modo de que mi curiosidad tuviera satisfacción completa. Y fué que en la casa a que me he referido en mi capítulo anterior, una tarde (allá en los últimos días del mes de enero), a los postres de un almuerzo con que obsequió la dueña de la supradicha casa a sus íntimos, el padre de un célebre pianista, Ramiro de la Puente, el que esto escribe y el general Pavía, entre chupada y chupada del habano y en el sabroso mareo del coñac, tan propicio a la expansión del ánimo más cerrado, contestando a una pregunta de Ramiro, soltó Pavía lo que guardaba dentro de su cabeza, aquélla que creía tener.

—Pero usted, mi general, conferenció con don Emilio, ¿no fué así?—interrogó Ramiro.

—Conferenciaba con él todos los días, y el 25 de diciembre más tiempo que nunca.

—Y, claro, le diría usted...

—Le dije—interrumpió el general—que seguramente le derrotarían en las Cortes, y que detrás de su derrota vendría un Gobierno sin fuerza ni voluntad para impedir que se declarasen cantones hasta los pueblos más insignificantes de España... ¡El acabóse!... Le dije también que expidiera un decreto, puesto que seguía siendo presidente del Poder ejecutivo, ordenando que continuasen suspendidas las sesiones por tiempo indefinido, decreto que yo haría respetar fijándolo en la Puerta del Sol con cuatro bayonetas...

—Pero eso—atajé yo, metiendo mi cucharada—hubiera sido un golpe de Estado, porque sólo las Cortes tenían derecho a abrirse y cerrarse cuando les viniera en gana.

—¡Bah! ¡Un golpe de Estado más o menos cuando se trata de salvar al país! ¡Aquí, donde para todo hay precedente! El año 14 Eguía dió una patada a las Cortes, y se presentó en casa del presidente para notificarle que se había acabado la Constitución, y no pasó nada, y eran diputados hombres de la talla de Toreno, Gallego, Argüelles, Martínez de la Rosa, Muñoz Torrero, etc., etc. Me lo ha dicho hoy uno que sabe mucho de estas cosas.

—Muy bien, mi general; mas tenga usted en

cuenta que del año de 1814 al que nos rige las ideas han andado mucho en el camino de la libertad, y hay que mirarse para pasar por encima de los representantes de la nación...

—¡Qué representantes ni que niño muerto!—exclamó Pavía echándose detrás de la oreja la cadenita de oro de sus espejuelos—. Ni esos representan a la nación ni hay tales carneros. Sobre todo, desde que fueron elegidos hasta hoy día de la fecha, la opinión pública ha cambiado e-norme-men-te. (Así lo dijo, "ad recalcandum".)

—Mi general—interpuso Ramírez—, siempre un acto de fuerza contra la soberanía de las Cortes es una ilegalidad.

—¡La legalidad!... Que no quería perder ni un átomo de ella me dijo D. Emilio, y no hubo forma de convencerle de que había llegado su última hora de Poder. ¡Como que "ni Dios" le apeaba de que las Cortes le darían un voto de confianza para que continuase gobernando! Naturalmente que, en este caso (ya se lo dije), todo el Ejército estaba a su lado, y, claro está, que la guarnición de Madrid también.

—¿Y quedaron ustedes...?—inquirió Ramiro.

—En nada—contestó Pavía—. Él en sus trece y yo en mis catorce.

—¿Y no se le ocurrió, mi general, que don Emilio, al ver la actitud guerrera de usted, le exonerase del cargo de capitán general de Ma-

drid? — interrogué tímidamente, sirviéndole al mismo tiempo la quinta copita de cogñac.

—Nada de eso. Don Emilio jamás creyó que le iban a poner en la calle; y tengo la evidencia de que, si hubiera sospechado lo que iba a pasar, hace que el ministro de la Guerra me quite el cargo y me envíe a cien leguas de Madrid...

Esta conversación, que fielmente conservo en mi memoria, habida cuenta la sinceridad del general Pavía, un hombre ingenuo, sin recovecos obscuros en su entendimiento, me persuadió de que Castelar fué a las Cortes creyendo que su discurso daríale un voto casi unánime en pro de su política; y cuando (en la Cámara los soldados) dijo que "ya nadie le obedecería", expresaba el aplastante desaliento del que ve perdida su ilusión. Así años después, rememorando lo hablado a los postres del referido almuerzo, pude defender a Castelar ante Gambetta, que le acusaba de cómplice del capitán general de Madrid.

Vaya esta manifestación póstuma de mi leal entender a la memoria del gran estadista.

. . . . . .

¡Bien hayan los golpes de Estado que cambian la mecánica política de un pueblo sin producir la más pequeña efusión de sangre! Así vino la República el 11 de febrero de 1873, y así se marchó tan guapamente el 3 de enero de 1874. ¿En beneficio del que la dió el papirotazo, haciendo de

la nueva situación su hija de ganancia? Nada de eso. El general Pavía se plantó en la casa donde le esperaba el duque de la Torre con los suyos, más otros que se le arrimaron, y con una generosidad digna de mejor causa le transfirió el Poder.

—¿Y para usted?—le preguntó Serrano.

—Para mí, nada, mi general. Me basta con el gusto y la gloria de haber sido el salvador de la patria—dijo, lleno de satisfacción.

Naturalmente, el duque de la Torre, a quien sin comerlo ni beberlo se le venía a las manos aquel momio (perdón por la palabreja), "se" nombró presidente de la República y, al poco tiempo, a Zavala, del Gobierno; mas como los carlistas apretaban de firme, se fué al Norte a mandar en jefe aquel ejército, que no acababa de dar el golpe de gracia a la facción. ¡La facción! Tropa al igual de la de un país bien organizado, según se movía de un lado para otro, obteniendo a veces indudables ventajas, a despecho de nuestros caudillos. ¡Y eran curiosas las cartas que Don Carlos escribía a su prima Doña Isabel, anunciándola su próxima y definitiva victoria, e insinuándola alianzas bochornosas para los dinásticos de verdad!

Malas avenencias entre los ministros obligaron al duque de la Torre a volver precipitadamente a Madrid para resolver la crisis, y la resolvió

entrando en Hacienda D. Juan Francisco Camacho, buena persona, muy inteligente en cuestiones crematísticas y probo a carta cabal. De su paso por la casona de la calle de Alcalá todos se hacen lenguas, y no es mi cometido añadir una alabanza más a sus triunfos; pero su carácter desconfiado y receloso le restaba amigos.

—Cuando le hablen a usted con encomio de alguien que se ha hecho rico en poco tiempo, y hace alarde de su honradez y nobles sentimientos—decía Camacho a un pariente mío—, exclame usted: "¡Mucho lo dudo! ¡Mucho lo dudo!"; pero si otros le llaman pillo y sacamantecas, grite usted: "¡Como si lo viera! ¡Como si lo viera!"...

Así y todo, D. Juan Francisco Camacho prestó grandes servicios a la Hacienda española, que por aquellos días estaba de capa caída, o, mejor dicho, de "capa empeñada". ¡Como que para hacer frente a los gastos del Estado tenía que recurrir el ministro a pignorar los valores públicos, que andaban por el suelo. De un préstamo de 200 millones de reales supe que se contrató con la garantía de títulos de la Deuda, al cambio de 15 por 100, y se deshizo porque los fondos bajaron tres puntos de sopetón, y el prestamista no los quiso por temor de que tuviera que empapelar con ellos su dormitorio.

Y era lógico que el dinero, asustadizo y pusi-

lánime de suyo, se retrajera y no quisiese salir a la plaza ni a tres tirones, para cambiarlo por papeles que iban camino de ser papeles de estraza, si Dios no ponía pronto eficaz remedio. Y no daba el Muy Alto muestras de ponerlo, quizás en justo castigo de nuestras faltas, pues las huestes carlistas crecieron entonces con evidente fuerza, y con un carácter además de ferocidad (la sima de Ygusquiza, la toma de Cuenca) que producía verdadera indignación. Por fortuna, el zarandeo político llevó a Sagasta a la Presidencia, y ahora sí que iba a entrar en caja el país. Verdad es que el hombre del "tupé", como llamaban los periódicos satíricos a D. Práxedes, tenía entonces la menor cantidad posible de liberal y de demócrata, y la República sólo el nombre que aun ostentaba por pudor de los que no se atrevían a quitárselo, en espera de un sello de prestigio histórico.

En éstas y las otras, tropecé en la Academia de Jurisprudencia con Raimundo Fernández Villaverde.

—¡Lucidos habéis quedado los que votasteis la República! Ya te propuse que no hicieras semejante disparate y que te vinieses con nosotros—me dijo.

—Yo voté la República sabiendo lo que hacía, y no me gusta cambiar de casaca—le respondí.

—Pues se te caerá a pedazos de puro vieja. La

Restauración está en puerta; es positivo. Ahora preparamos un manifiesto...

—¿Con las lacras isabelinas?—interrumpí.

—No, sino con puntas y ribetes de liberal.

—¿Hecho por Cánovas? ¡Mucho lo dudo!

—¡Allá lo veredes, dijo Agrajes—acabó mi condiscípulo, y dió media vuelta.

En el café Suizo me contaron que Martínez Campos tenía conquistada, a favor de Don Alfonso, la mayor parte del Ejército. El que me dió la noticia, el republicano de los "barraganes", murmuró a mi oído:

—Voy a ver a Sagasta para darle detalles de los pasos de Martínez Campos, que sólo yo conozco, para que tome precauciones.

—Pues no vayas—interpuse.

—¿Por qué no he de ir?

—Porque... ¡se ha mudado!

CAPITULO VI

El disfraz republicano.—¿Qué título damos al duque de la Torre?—La guerra del Norte.—El juego de los alfileres.—Discusiones de café.—Por los soldados liberales.—Un concierto memorable.—El general Primo de Rivera, herido.—A meterse en la boca del lobo.

Era preciso ayudar a bien morir a la desvencijada República. Ya desde el acto "heroico" del general Pavía, que por lo cariacontecido, al ver el giro que tomaban las cosas, parecía pesaroso de su heroicidad, a la que empezó tan galana y boyante no le quedaba más que el nombre, y éste dado a regañadientes y cuando no había más remedio, para encabezar los documentos oficiales. ¡Un alto funcionario hubo que propuso cambiarlo por el de "Poder Ejecutivo del Gobierno Español"! ¿No se permitió Suñer y Capdevila suprimir el "Dios guarde a usted muchos años"

porque la palabra "Dios" le sacaba de quicio? Pero algunos ministros se opusieron a hacer modificaciones en los membretes de los decretos que se enviaban a la *Gaceta,* así como en los demás papeles circulantes entre las autoridades, y se acordó, por aquel momento, seguir con el disfraz republicano, que tiempo habría para despojarse de él.

Uno a quien hurgaban los escrúpulos liberales (resabios de los pasados amores), no dándose cuenta de que la restauración de la Monarquía borbónica veníase a todo andar, planteó la idea de un llamamiento al país, por medio de plebiscito, para determinar la forma de gobierno que había de regir en España. Claro es que tal atrevimiento fué al punto desechado. ¡Buena ocasión para ir preguntando a cada hijo de vecino cuál era su gusto, con el desbarajuste que consumía a España!

¡Fuera plebiscito! ¿Para qué, si tanto los alfonsinos como los carlistas creíanse triunfadores, y el plebiscito sería favorable a uno de los dos bandos, nunca a la República? Era, sin embargo, de toda urgencia definir bien las atribuciones inherentes al duque de la Torre como jefe de la nación (merced a la generosidad de Pavía), y a este objeto se reunieron varios conspicuos, cuyos pareceres dividiéronse inmediatamente, según inveterada costumbre de los hijos de esta tierra, pues los menos opinaban por dar al general Serrano el título de

"Presidente interino de la República", y otros (Sagasta, Balaguer y Topete), el de "Jefe de los Poderes del Estado". Y todo quedó en agua de borrajas, porque el interesado se opuso a innovaciones. Lo de "interino" le supo a acíbar. Y, sin embargo...

¡Para ocuparse en esas minucias estaba la cosa pública! La guerra carlista iba tomando un cariz de fuerza y tenacidad que inspiraba recelos y temores, incomprensibles para los que hoy la contemplan desde muy lejos y al través de la Historia, y no se dan cuenta de la impresión que producía ver que nuestros valientes y sufridos soldados no adelantaban un paso definitivo en el vencimiento de las huestes de Carlos VII. Y esta impresión reflejábase en Madrid, cuyo aspecto se acomodaba al compás de las noticias, unas buenas y otras malas; pero la alegría de lo ganado no solía compensar la pena de lo perdido.

Tristeza por todas partes. A la tertulia de última hora del Casino le había entrado la cancamurria. Ya no se comentaba la caída de Fulanito ni el desvío de aquella joven a quien su novio hizo pasar toda la noche en el balcón, tomando el fresco; ni la habilidad de Ramos Meneses para hacer juegos malabares con el libro de las cuarenta hojas, ni los chistes del general Mendoza, ni los desplantes de Palomo, el gran Arizcun; ni los amores del marqués del Bacalao con una du-

quesa famosa; nada de lo que habitualmente constituía la comidilla de los casinistas noctámbulos, y, en cambio, eche usted hablar de Somorrostro, de San Pedro Abanto, de las marchas y contramarchas de nuestras tropas, de si tal o cual general merecía un premio o el "canuto", y de cuanto se relacionaba con la guerra del Norte, bien por las cartas particulares con noticias espeluznantes, o por las de la "Gaceta", entre cuyas líneas los pesimistas siempre creían adivinar derrotas y catástrofes.

Recuerdo que a la entrada de uno de los salones del Casino se colocó un mapa de España, sobre el correlativo caballete, y un servidor de la casa, con el parte diario de la "Gaceta" en la mano, iba clavando alfileres en los pueblos y lugares donde hubo pelea; los alfileres correspondientes a los carlistas, con cabeza negra, y los tocantes a nuestros soldados, con cabeza roja; y una noche, Manolo Alvarez, adelantándose a los habituales de la tertulia, se entretuvo en descabezar a los alfileres liberales, dejando en sus puestos a los cabezudos carlistas. El "tole tole" que se armó cuando entraron los de siempre, no hay para qué decirlo.

—A ver, a ver. ¿Quién ha sido el infame verdugo?—gritaba uno.

—Lo malo es lo que significa ese desmoche—vociferaba otro.

—Yo he sido—interpuso el autor del atentado—, y eso significa—prosiguió—que estamos sin cabeza.

Justamente en el sitio destinado a los partes del diario oficial acababa de fijarse uno que decía: "El ejército no ha podido forzar las trincheras de San Pedro Abanto. Su línea ha quedado quebrantada. Vengan refuerzos y otro general a encargarse del mando. Inutilizadas seis piezas."

Pues si "tole tole" en el Casino. no digamos de la indignación y descorazonamiento que produjo el susodicho telegrama en el salón de conferencias del Congreso, en el Ateneo y, sobre todo, en los cafés, donde los estrategas de boquilla tenían costumbre de trazar en las mesas de mármol planes fantásticos, con lo cual se quedaban patidifusos y con tanta boca abierta los que no conocían, como perito en la materia, más que a Montecuculi, y eso de oídas. Yo caí en una reunión del café de la Iberia, y escuché las cosas más estupendas para que acabase aquella vergonzosa lucha.

—Carlistas para rato tendremos en España—decía Eduardo Saco, un guasón de tomo y lomo.

—Porque luchan por Dios, por la Patria y por el Rey—atajó un convencido.

—¡Afuera el "carca"! ¡A la calle!—irrumpió la mayoría de los concurrentes."

—No soy "carca"; soy liberal a machaliendres.

He querido decir que los carlistas son fanáticos, y el fanatismo hace milagros—exclamó el sospechoso de carcunda.

—Lo más práctico es dejar que unos y otros se destrocen, y cuando no queden ni los rabos proclamamos la República—interpuso "Floro Moro Godo".

Lo más práctico en aquellos momentos de inquietud y zozobra, que impresionaron a Madrid hasta el punto de darle un tinte de tristeza que trascendió a los teatros y demás sitios donde la gente acudía a divertirse, fué el llamamiento que hizo *El Imparcial,* secundado por otros periódicos, al pueblo de Madrid para que llevase a la Redacción de aquél y al Ayuntamiento ofrendas en metálico, con objeto de enviarlas al ejército del Norte y dulcificar así la existencia de nuestros soldados, que luchaban con un enemigo tenaz y valiente y sufrían los rigores de un tiempo crudísimo de agua y de nieve, en medio de aquellos montes cuya conquista, poco a poco y de escalón en escalón, iba a costar miles de vidas.

Y el pueblo de Madrid, este pueblo simpático y generoso, respondió súbito al llamamiento, en primera fila las mujeres madrileñas, altas y bajas, que llevaron su óbolo ("óbalo", decía un conspicuo personaje) como prueba de su inagotable caridad.

Al traer a mi memoria el recuerdo de aquellos

aciagos días, quiero tributar el debido homenaje a las damas de la aristocracia, en cuyas casas se recibían los donativos para los soldados, que se juntaban a los que ellas pusieron, nada pequeños, de su bolsillo particular. Merecieron bien de la patria, en primer lugar, la duquesa de Medinaceli, que abrió la marcha, y las que la siguieron, lo más cuellierguido de la nobleza española. Sólo de ellas vive una, la condesa de Gomar, mi dilecta amiga, a cuyo testimonio me remito.

¿Qué más? A los marqueses de Alcañices se les ocurrió la excelente idea de poner su espléndida morada al servicio de una grande obra de misericordia, y lo abrieron para que entrasen en él chicos y grandes, sólo con poseer cien reales para adquirir el billete que daba acceso al magnífico palacio que estaba junto al Prado de San Fermín, (donde hoy se halla el Banco de España). De primera intención se tomaron trescientos billetes, agotáronse muy pronto y hubo que negarlos a una multitud de solicitantes, porque no permitían más gente las dimensiones del salón donde se verificaba el concierto. ¡Sensacional concierto! En él tomaron parte Tamberlick y Boccolini, el gran barítono, y una tiple cuyo nombre no acude a mi memoria, todos, por supuesto, gratis, dando así una prueba de su amor a España; de Tamberlick no me extrañó, pues iba sintiéndose más madrileño que romano.

—¿Tú aquí!—me dijo cuando fuí a darle la enhorabuena.

—¡No faltaba más! ¿Quién por cinco duros deja de codearse con lo más coruscante de la capital?

Allí mismo supe que en la última sangrienta refriega con los carlistas habían sido heridos Primo de Rivera, Loma y Terrero, y que estaban para llegar a Madrid de un momento a otro. Al punto se me ocurrió urdir una manifestación, como en los buenos tiempos progresistas, y puesto de acuerdo con los amigos a quienes pude avisar, el día 25 acudimos a la estación, donde ya se encontraba una multitud de gentes deseosas de hacer patente su entusiasmo por los valientes militares que arriesgaban su vida por la patria. La aglomeración en los andenes era tan grande que no se podía dar un paso. Saludé a la marquesa de Miraflores y a alguna otra de la Asociación de señoras para socorrer a los heridos, y procuré colocarme en el sitio que debía parar el tren, pues deseaba ser de los primeros que saludaran al general Primo de Rivera, con cuya amistad, nacida en el Casino, me honraba. Pero el tren venía con retraso y nuestra impaciencia iba creciendo por instantes.

Por fin, llegó, y nuestro propósito de hacer a aquellos bravos una ruidosa y merecida ovación se vió defraudada. Los vagones quedáronse a cier-

ta distancia del andén, y hubo que trasladar a los heridos en camillas. Esto no fué obstáculo para que, enterada la muchedumbre de lo que ocurría, se precipitara al encuentro de los heridos y les colmase de vivas y aplausos.

. . . . . .

Un asunto urgente me obligaba a dejar Madrid y dirigirme a Elizondo, haciendo breve escala en Pamplona. Es decir, a meterme en lo más espeso de las huestes carlistas. Y ¿cómo pasar por ellas sin detrimento de mi individuo? ¿Qué me sucedería si los súbditos de D. Carlos llegaran a conocer mi filiación política? El director de un periódico, amigo mío, me tendió un cable salvador, y con una carta para Lizárraga me lancé a la aventura.

"¡Dios me la depare buena!", dije para mis escomendrijos mentales, y me metí en el tren.

CAPITULO VII

En el corazón del carlismo.—Camino de Elizondo.—El rebaño, hacia el matadero.—El cuervo, el cordero, la comadreja y el loro. Fanatismo.—Entre oficiales carlistas.—Fe en la victoria.

¿Cómo diantres me compondré para cruzar las filas carlistas y llegar a Elizondo "sin tropezar en el menor desvío", que dijo el poeta? Si estuviese en Madrid algún "carcunda" del gremio de ojalateros, de esos que se quedan agazapados y prestan a la "causa" la fuerza de su deseo, sería cosa de coser y cantar; pero Villadarias, Vallecerrato o Fernando Adelantado se hallaban con su amo y señor, y en cuanto a escribirles para que me remitieran un salvoconducto estos amigos míos, sería como echar la carta en el cepillo de las ánimas benditas. La casualidad me deparó uno de aquéllos, y rogándome que a nadie revelara sus concomitancias con los "negros", me proporcionó una

especie de pase (que añadí a la carta para Lizárraga), recordatorio de los tiempos en que para caminar por Sierra Morena era preciso un seguro de vida firmado por José María o por el jefe de los Siete Niños de Ecija.

No me pesaba meterme en el corazón del carlismo, y así ver qué había de verdad en punto a sus esperanzas; y, sin embargo, confieso que no me pareció el caso tan exento de peligros como andar a la sombra de tejado en día caliente y en ciudad tranquila. Por otra parte, no era posible sustraerme a una palabra dada, en asunto tocante a intereses pecuniarios, y cerré los ojos a salga lo que saliere. Después de todo, ¿qué mejor garantía de mi seguridad que mi propia insignificancia, y qué difícil encontrar en los campos navarros o guipuzcoanos quien conociera mi filiación ultraliberal?

Llegué a Pamplona, no sin ciertas peripecias de que hago gracia a mis lectores, y en Pamplona tomé billete en un mal vehículo que admitía pasaje para Elizondo, con el propósito que me hice de pasar la frontera y ponerme en Francia por cualquiera de los medios de locomoción que la suerte, o unos cuantos duros, me proporcionasen, siempre naturalmente, que hubiera cumplido mi comisión en Elizondo.

A las siete de la mañana, con un cierzo soplón que parecía hielito puro, me metí en el carricoche,

acomodándome lo mejor que pude entre un cura con más trazas de guerrillero que de presbítero, un mocetón alto, rubio y colorado y un jovenzuelo al que apenas apuntaba el bozo. Frente a nosotros iban tres mujeres, las cuales llevaban repartidas en la faldamenta las siguientes disparejas cosas: una jaula con un loro que, de vez en cuando, decía muy borroso: "¡Viva Carlos VII!", y muy claro una mala palabra a renglón seguido; un gato que, por verse aprisionado en un talego, daba saltos y febricitantes maullidos, de modo que a cada momento era preciso entablar con él tremenda lucha para calmar su inquietud; una enorme cesta con provisiones de boca, que despedían cierto tufillo rancio nada apetecible, y, por último, dos grandes lios de ropa, cuya colocación estaba pidiendo puesto en la baca, que no en el interior del carruaje.

El vaivén de la llamada diligencia, por un atrevimiento de la fantasía navarra, nos acomodó a todos, a fuerza de un traidor movimiento de caderas. Yo coloqué mis carnes entre la sotana reluciente, de puro usada, del cura y los pantalones de lienzo del mocetón, y tomé el prudente partido de contemplar el paisaje hasta que me sentí modorro y cerré los ojos, entregándome al sueño, a riesgo de desvencijarme la cabeza en uno de los desplantes del infernal vehículo.

De esta mala suerte permanecí obra de media

hora, cuando me despertó un gran vocerío y la presión de mis compañeros, que pugnaban por asomarse a las ventanillas. El loro, al verse desequilibrado, soltó una palabrota; el gato, un lastimoso gemido; la más joven de las dos mujeres se me echó encima para ocupar mi tragaluz, y yo, entonces, asustado, despegué mis párpados y vi que por la carretera desfilaba un centenar de muchachos cantando a grito pelado, muy bien arreados de uniformes nuevecitos, y sazonando las canciones con estentóreos vivas, iguales a los del loro, pero menos borrosos.

Las mujeres parecía como si se quisieran salir del coche, tal era su entusiasmo por aquellos infelices, a quienes prodigaban los más dulces y cariñosos epítetos para comunicarles, quizás, el fuego sacro que por sus femeniles venas circulaba. El mocetón, mi compañero, con medio cuerpo fuera de la ventanilla, saludaba por sus nombres a muchos de los caminantes, agitando la clásica boina, y en tanto el sacerdote mostraba un semblante más animado y le relucían los ojillos, aunque tomando súbita actitud humilde, sin duda por la reserva que mi presencia le imponía.

Pasó el guerrero pelotón y yo aproveché la coyuntura para pegar la hebra con el mozo navarro, así que se hubo tranquilizado, y cuando en una de las mil revueltas del pintoresco camino se perdieron

entre el follaje del monte los soldados sus paisanos, le pregunté:

—¿Dónde va esa gente?

—A batirse—me respondió con cierto aire de satisfacción y orgullo.

—¡Pobres muchachos!... ¡Quizás alguno de ellos no vuelva a ver el pueblo de donde acaba de salir ni la madre que le dió el sér!—dije, casi a media voz.

—¡Qué importa, si muere por la religión!—exclamó el navarro, poniéndose rojo de entusiasmo y haciendo las delicias del cura, que premió tal arranque con una mirada que debía llevar lo menos cien días de indulgencia plenaria.

—Pero ¿usted cree—le repuse—que alguien se mete para nada con la religión católica, apostólica y romana? Esos pobres chicos, jóvenes y valerosos, no pueden decir: "A la guerra me lleva la necesidad", sino: "Voy a la guerra por una pasión".

—Pues claro que lo creo; como que me lo ha dicho quien sabe mucho de estas cosas...

—Pues le han engañado a usted, y si no fuera porque...

Al llegar aquí, mi vecino de la izquierda, saliéndose de sus casillas sacerdotales, me cortó rápido la palabra y barbotó:

—Deje usted a este muchacho que piense como debe pensar y no le contamine con malas ideas.

—No haga usted caso, padre—interpuso el navarro—. Yo soy de los buenos.

Y entonces la mujer que frente a mí se sentaba, y cuyas gruesas rodillas me tenían como a sardina en lata, prorrumpió descompuesta, dirigiéndose al joven y echándome furibundas miradas:

—Y que lo digas, Pedro. Los liberales son unos canallas que persiguen a los ministros del Señor y que se burlan de Dios y de la Santísima Virgen. Tú, en cuanto llegues a Elizondo, incorpórate a tu regimiento y pelea hasta no dejar vivo uno de esos bribones... Mire usted—prosiguió aquella harpía, encarándose resueltamente conmigo—, tres hijos tengo en los batallones navarros y poco me importa que los maten; y si mil tuviera, mil le daría a don Carlos, y si no hubiese hombres que peleasen, yo, yo misma—y al decir esto se golpeaba en el robusto pecho—tomaría un fusil para probar lo que valen las mujeres de esta tierra.

Parejo a esta tiramira de voces fué soltar la jaula del loro sobre la falda de la compañera; entonces el pájaro parlante la hizo el contrapunto con una interjección de lo más gordo de nuestro rico vocabulario, y yo me metí la lengua en el bolsillo por el natural temor de que aquella gente me jugase una mala pasada. Vale Dios—me dije a mí mismo—que tendría gracia que por discutir con estos locos me denunciasen como espía, o lo que se

les antojara, a las autoridades carlistas y me metieran en la cárcel.

Por fortuna, llegamos al pueblo, me eché a escape fuera de aquel nido de rabiosos y me alojé en una mala posada, donde por fuerza tendría que pasar la noche, y quizás más tiempo. La camarera, garrida moza, me ofreció cuarto bastante aseado, y me dijo que en el comedor encontraría a tres oficiales carlistas, uno de ellos brigadier, que a la mañana siguiente iban hacia Estella con dos regimientos.

Rehusé la compañía, y a la caída de la tarde, después de modesta refacción, me asomé a la única ventana de mi alojamiento para contemplar aquella espléndida naturaleza. Desde allí veíanse las altas montañas sembradas de corpulentos árboles cuyas hojas, mecidas por un suave y grato vientecillo, traían hasta mi oído melancólico y dulce murmullo. Los rayos del sol poniente penetraban por entre las ramas de los castaños de un bosque, no lejos del pueblo, y al moverse aquéllas a impulso del aire formaban en el suelo extraños dibujos que mis ojos seguían, en tanto el humo del cigarro perdíase en el espacio y el pensamiento vagaba suelto por el campo de imaginativos panoramas.

El sosiego, lo delicioso del lugar y la apacible tranquilidad que allí se disfrutaba, pusieron tristeza en mi ánimo, haciéndome pensar, con pro-

funda pena, cómo son deplorables los horrores de la guerra y cuán inapreciables los frutos que puede dar la actividad humana empleada en la noble lucha del trabajo, y de qué modo el fanatismo conduce a los extravíos más extraños y salvajes. ¿Será posible—imaginaba—que el valiente pueblo navarro abandone de una vez y para siempre estas ideas rancias y mal avenidas con el espíritu moderno?

Así iban engranándose mis reflexiones cuando hizo parar mi atención el eco agradable de unas cuantas bandurrias y una voz atenorada y vibrante que entonaba la siguiente copla:

Tres cosas hay en el mundo
que yo no podré olvidar:
Carlos VII, mi morena
y la Virgen del Pilar.

. . . . . .

Por fin tuve que aceptar (durante el almuerzo en mesa redonda) la conversación con los oficiales carlistas, los tres sumamente correctos y bien educados, y como creí conveniente explicarles mi presencia en aquel pueblo, no fueran a tomarme por espía, les dije que mi objeto era ver a un vecino de Elizondo (don Fulanito de Tal), con quien estaba citado para dar solución a un asunto ur-

gente. Después de estas necesarias aclaraciones vino la plática natural acerca de lo que a todos nos preocupaba.

—El final de la guerra está más claro que la luz meridiana—me dijo el que de los tres parecía el jefe. Un hombre moreno, de rostro curtido, con grandes bigotes entrecanos, ojos vivos y marcial apostura.

—No tiene duda—corroboró uno de ellos—. Ni con cuarenta ni con cincuenta mil hombres podrán las tropas liberales forzar nuestras posiciones de Somorrostro, que son inexpugnables, y así que tomemos Bilbao, que está al caer, ya dueño el rey de esa ciudad entrará la desmoralización en las filas enemigos hoy, que serán amigas mañana.

—Sin embargo—objeté con cierta timidez—, al salir de Madrid las noticias eran que Bilbao seguía resistiendo y que el general Castillo estaba decidido a hacer de Bilbao una nueva Zaragoza.

—No lo dudo. Hay que hacer justicia a Castillo y a los bilbaínos. Al fin, todos somos de la misma raza; pero será inútil; Bilbao se rendirá—habló el de los bigotes, con tal aplomo y certeza que le daba cierto aspecto de majestad profética.

Por este camino se fué deslizando la conversación, que procuré cortésmente abreviar, y después de apurar el café, bastante malo, nos despedimos, ellos a sus quehaceres y yo a ver a mi hombre.

A la mañana siguiente pasé la raya que separa España de Francia y salí de aquella ratonera.

—¡Ya me volveréis a pescar! ¡Carlistones, mandilones!—dije para mi coleto cuando me vi en tierra francesa. Y me acordé del loro parlante.

CAPITULO VIII

Pesimismos. — Reconocimiento oficial del Gobierno español.—El partido alfonsino.— Preparando la restauración borbónica.—De la erudición barata de Moraza al no tan barato cochifrito de Botín.

Si preocupada y nerviosa dejé la capital de la República española (vamos al decir) el día que emprendí mi viaje a Elizondo, más nerviosa y preocupada la encontré a mi vuelta.

¡Carlistas por arriba! ¡Carlistas por abajo! ¡Dios poderoso! ¿Se acabarán alguna vez los carlistas?... Todavía se hablaba en Madrid de la muerte del general Concha. Encomiábase su rasgo de valor; pero los reparones decían que el jefe de un ejército no debe arriesgar su vida en ningún momento, por las graves consecuencias que ello puede traer. Esta opinión se la oí en el café Suizo a un militar retirado, al cual Felipe Benicio Navarro (el querido amigo mío, muerto por la impre-

sión que le produjo la pérdida de nuestras colonias) le contestó con tal dureza, exaltando el varonil arrojo del marqués del Duero, que no hubo un lance por un milagro.

¿Valor el del general Concha? Valor también el del capitán D. Federico González Montero, quien, en medio de una lluvia de balas, pues la tropa carlista trataba de apoderarse del cadáver del general, lo cogió en sus brazos, lo cruzó sobre la silla de su caballo y con él llegó hasta nuestras filas. Yo propuse, y así se hizo, entre los amigos que nos reuníamos en el Suizo, dirigir una carta a este valiente oficial, felicitándole por aquel rasgo que, si no era caso raro en el ejército liberal, merecía el galardón de nuestro entusiasmo por su brillante conducta.

¡Dije en el capítulo anterior del decaimiento del pueblo madrileño al conocerse, además de la muerte del general Concha, las noticias que se recibían de las ferocidades de los partidarios de don Carlos, tales como haber fusilado Dorregaray los prisioneros que hizo en Estella, salvajada que imitaron en Olot sus desaforados congéneres! Pues este desmayo del espíritu iba creciendo por momentos, hasta poner en él la duda de si volverían para España, vencedor el retoño de Carlos V, los días negros y luctuosos de 1824. No por cierto en mi ánimo semejante vacilación, que nunca se enturbió mi fe en el definitivo y seguro

triunfo de las ideas liberales. ¿Por obra del esfuerzo del Gobierno seudo-republicano que regía el duque de la Torre? No solamente por él, y le rindo merecida justicia, mas también por el empuje de la inmensa mayoría del país, que abominaba del carlismo, ese empuje que corre con paso firme y que, aun sin sentirlo, a todos domina y acaba por conseguir la victoria.

Una dedada de miel, en medio de tantas amarguras, fué la noticia de que los Gobiernos de Inglaterra, Alemania y Francia habían reconocido oficialmente al español. ¡Ya era hora! Por fin, lord Russell, este simpático amigo de España que en la Cámara Alta pidió tal reconocimiento, mediante la iniciativa de Inglaterra, para que las grandes potencias europeas siguieran su ejemplo, a pesar de la negativa de lord Derby, partidario acérrimo del principio de "no intervención". La opinión pública, sin embargo, a que aludo en el párrafo anterior, y cuyo empujón es irresistible, pudo más que el célebre ministro, y el general Serrano respiró a sus anchas, viéndose al frente de un Estado que los tres más fuertes de Europa consideraban definitivo.

¿Definitivo? ¡Que les fueran a los alfonsinos con la palabreja, y se les abrían las carnes de puro susto! A mi vuelta de Londres hablé en París con alguno de los más conspicuos partidarios del príncipe Alfonso, futuro rey de España por dejación

y renuncia de Doña Isabel, su augusta madre, y lo mismo fué decirle, para enrabiarle, que Serrano sería presidente de la República española por los siglos de los siglos, que si le mentara al propio Lucifer. La vacante corona que se disputaban dos Borbones, el uno con las armas y casi dueño (¡ya se lo dirían de misas!) de tres provincias españolas, y el otro muy quieto en París, al solapo de una explosión militar en su pro, sería en definitiva—definitiva de verdad—para el joven nieto de Fernando VII, según el supradicho conspicuo con quién hablé en París, y eso que en los momentos de nuestra plática murmurábase de disidencias entre los alfonsinos.

Y estas disidencias eran lógicas. Para los reaccionarios a "ultranza", los que suspiraban por el moderantismo puro, sin tiquis miquis liberalescos, todo a la antigua española, nada de lo moderno, y la Restauración, perfectamente incompatible con los principios proclamados por la revolución septembrina; y para aquellos a quienes placían unas cuantas puntas y algunos ribetes de libertad, si Don Alfonso habíase de sentar en el trono de sus mayores con el beneplácito del país, pegaba muy bien cualquier programita, con tal de que estuviera vestido a la moda corriente y moliente, y tapara las vergüenzas del ominoso despotismo. Ambos bandos peleábanse en los conciliábulos isabelinos por ver quién de los dos lle-

vaba el gato al agua, como se dice vulgarmente, y mi amigo, que pertenecía al grupo modernista, auguraba su triunfo. Yo abogué por sus contrarios, porque me divertía sacarle de su quicio progresista (era un rezagado de los tiempos de don Juan Prim), y entonces me recordó aquellos versos de Bretón de los Herreros que decían:

> Por dicha el antiguo régimen
> murió en nuestro suelo ya,
> bien que algunos sicofantes
> lo quieren resucitar.

—A mí no me perturban esas peleas de camarilla—argumentaba mi interlocutor alfonsino—. Los tiempos se imponen, y aquel en que la hija de Fernando VII hacía lo que le daba la gana, aupando a los ultramontanos y despreciando a quienes la mantuvieron en el trono, pasaron para nunca más volver, créame usted.

—Si el dueño del cotarro es Cánovas, quizá tenga usted razón—insinué.

—Borre la palabra "cotarro", que no es la que corresponde, por lo que tiene de despectiva, al partido alfonsino, y no dude usted de que será su jefe D. Antonio Cánovas del Castillo, y proclamará su política de ancha base—atajó mi hombre.

—¿Política de ancha base D. Antonio Cánovas? ¿Un hombre que se ha criado en las prácticas del antiguo régimen?

—Ya lo verá usted. Don Claudio Moyano y los representantes del antiguo partido moderado histórico se irán donde se fué aquel famoso padre, y la Restauración, dirigida por Cánovas, será como el coronamiento de la obra revolucionaria.

—Vamos, querido amigo—interpuse algo amostazado—. ¡Como la obra revolucionaria no posea más corona que la que ponga D. Antonio, ya está aviada! Cánovas y su gente la irá quitando moños poco a poco, hasta que se quede como el célebre gallo de Morón, cacareando y sin plumas.

—¡No, que íbamos a hacer una Monarquía con todos los perifollos del 69! Hoy por hoy, los Gobiernos, para que prosperen y echen dura raigambre, han de ser conservadores, y para éstos sería la República si prevaleciera en España, caso de que Don Alfonso desapareciese. Pero ¿qué más, si su amigote de usted, D. Emilio Castelar, acaba de pronunciar un discurso en el que pide una "República conservadora" y excita a sus correligionarios a que abandonen utopías, así como suena, u-to-p-ías?

—Eso es que aún le queda un resquemor contra la federal, a la que juzga tan fantástica como la imaginó Tomás Moro.

—No, señor. Es que la realidad le va haciendo cambiar de bisiesto, por no decir de casaca. ¡Como que no desconfío de verle presidente del Consejo de ministros con Don Alfonso!...

Ya lo expuse en capítulos anteriores. Ciego el que no viese cómo se iba preparando la restauración borbónica. Sin necesidad de las noticias que me suministró en París el personaje de referencia, yo sabía, por cierto individuo de baja "estrofa"—como decía un prócer del dinero muy allegado a la casa del duque de la Torre—, que éste recibió "altas proposiciones" para que hiciera el papel de Monk, el general que restituyó en su trono a Carlos II de Inglaterra, a las cuales Serrano, que parecía disponer del ejército, contestó con prudentes evasivas.

Hablando de esto con Daniel Moraza, alfonsino de abolengo y querido amigo mío, una tarde que volvíamos de dar un paseo por la Moncloa, me decía, con la seguridad del que convierte las visiones en realidades, y cuando hicimos una parada en la plaza de Oriente:

—No te quepa ni tanto así de duda. Don Alfonso, en "cuantito que" se acabe el lío carlista, o antes, si se tercia, ocupará, con su egregia mamá, ese amazacotado palacio en el que lo que no ha ido en gusto ha ido en solidez. Y es lástima que se haya incendiado el antiguo Alcázar que mandó reedificar Don Pedro el Justiciero, con sus destartalados salones (los del Alcázar), sus recovecos, el torreón que ocupó el Rey de Francia Francisco I, el vencido en Pavía, y el cuarto donde estuvo alojado el príncipe de Gales, antes, por su-

puesto, de que, ya Rey de Inglaterra, le decapitase Cronwell, y el que sirvió de prisión al príncipe D. Carlos, y la pieza donde acostumbraba a echar la sosiega el duque de Lerma, y tantos otros, todos históricos. En cambio, en el actual caserón, pasadas aquellas horas de grandeza, visitará Don Alfonso las habitaciones donde se placieron Fernando el Deseado, sus progenitores Carlos IV y María Luisa, y el simpático D. Manuel Godoy... Y esta plaza, debida a la iniciativa de José Bonaparte, alias "Pepe Botellas", y la estatua del gran Monarca Don Felipe IV (q. e. p. d.), cuyo caballo está sostenido sobre sus cuartos traseros gracias a haber resuelto este problema de equilibrio nada menos que el celebérrimo Galileo, aquél que...

Corté rápido este discurso de erudición barata que me propinaba Daniel Moraza, y nos fuimos, un pie tras otro, a casa de Botín, a "ingurgitarnos" un cochifrito, que sólo con el pensamiento se excandecía el paladar.

CAPITULO IX

El Madrid de 1874.—El hombre del tupé y el último Gobierno de la República.—Inauguración de la actual plaza de toros.—Acontecimiento nacional.—Un buen recuerdo para aquel excelente Monarca, protector de la fiesta taurina.— La corrida inaugural.— Aproximación francoespañola. — Lección de tauromaquia galante, en francés.

En éstas y las otras nos hallábamos dando las boqueadas el año de 1874, fecundo en desdichas y fieros males. ¡Cómo eran de envidiar aquellos pasados días, tan sumamente pintorescos, durante los cuales se pavoneaban los moderados, se recocían de rabia los progresistas, y todos entreteníamos nuestros ocios hablando pestes del padre Claret, y de la monja de las llagas, y de la simpática Doña Isabel, a quien manejaban como un palillo de barquillero los que acabo de nombrar, y otros que no hace falta mentarlos! Pues ¿y el par-

tido que sacaban los periódicos satíricos del "teje maneje" de los neos, empeñados en que el clericalismo imperante no sufriera el más chico detrimento, cuando las veleidades de la Reina parecían anunciar (de mentirijillas, por supuesto) un escape hacia las ideas liberales? Recuerdo cierta reunión de este jaez, que metió ruido, a la que Eusebio Blasco dedicó varias quintillas, una de las cuales decía:

> Allí estaba Catalina,
> cual de costumbre divina,
> y allí Belda, el andaluz,
> y Moyano, que imagina
> tener cara y tiene cruz.

La verdad es que en el Madrid de entonces—tal es mi sentir—las cosas de la política y sus mantenedores de toda especie, como de las que ocurrían en la vida de relación, comentábanse al compás de franca risa y oportuno chiste, proporcionando instantes de ese espiritual regodeo que hace olvidar el afán del día siguiente. En cambio, el Madrid de hoy me resulta tristón y pelmazo, quizá porque a medida que se va ensanchando y queriendo parecerse a las grandes urbes europeas, tira hacia un cosmopolitismo en pequeño, que le hace perder aquel carácter alegre y cordial de cuando era el primer poblachón de la Mancha.

No lo perdía entonces, a pesar de las desventu-

ras que iban cayendo sobre la nación, como verá el que siga leyendo.

Lo del Norte poníase cada vez más feo. El general Zavala, que fué a sustituir al infortunado marqués del Duero en el mando del Ejército, no hizo nada de provecho, y tuvo que volver a Madrid en completo fracaso, y, como supremo recurso para salvar la situación, se formó un Ministerio, presidido por el hombre del "tupé", como los guasones llamaban a D. Práxedes Mateo Sagasta, último Ministerio que había de ser de la desvencijada República. Y yo me preguntaba —y conmigo muchos de los que nos fuimos con Ruiz Zorrilla, abandonando a Sagasta cuando la escisión del partido progresista—: ¿será posible que D. Práxedes, un hombre de indudable talento y conocedor, como nadie, del país en que vive y de los hombres que le rodean, crea de buena fe que el cotarro político tiene compostura con los carlistas en auge y el ejército minado por los alfonsinos? ¡Y no digamos de la peregrina idea que se le ocurrió, quizá por inspiración de alguno de sus íntimos, de hacer que se decretara la Presidencia de la flácida República al duque de la Torre por un setenio! ¡Al diablo se le mete en la cabeza, sobre todo en aquellos momentos desconcertantes, imaginar un Gobierno que en este país nuestro dure siete años! Si tal hubiese sucedido, ya se lo pagarían con las setenas. Afortu-

nadamente, se abandonó el descabellado propósito.

Pero ni el setenio, a semejanza del de Mac-Mahón, ni la incertidumbre de lo que ocurriría en el Norte, ni el inestable equilibrio de la política, perturbó—y vuelvo a mi tema—el carácter bullanguero de mis jocundos paisanos.

¡Ahí es nada! ¡La inauguración de la monumental plaza de toros! ¿Quién pierde la ocasión de asistir a tan magno y regocijante acontecimiento? Mandemos muy enhoramala las preocupaciones por las desdichas que nos agobian, que ya se encargará Dios de darles la solución más conveniente, y vámonos a los toros, a ver cómo estos apreciables cornúpetos se las arreglan en el circo que construyó mi amigo Lorenzo Alvarez Capra. ¡Día feliz el del 4 de septiembre de 1874, que hay que señalar con piedra blanca en los fastos taurinos!

No se ha perdido en este país la tradición que hace de las corridas de toros una raigambre nacional, y contra sus detractores afirmo y duplico—repitiendo lo que ya anteriormente dije—que soy acérrimo partidario de ellas, a despecho de los "protectores de la Sociedad de animales", como dijo entonces una famosa Agencia telegráfica. Y aunque parezca una herejía y mis contemporáneos me tachen de bárbaro y cruel, dado que se ocupen de mí, que lo dudo, gritaré que aquella sabia disposición de Fernando VII

creando la Escuela de Tauromaquia siempre me ha parecido de perlas, y conservo—igual que oro en paño—unos papeles viejísimos, que me dieron en Córdoba, donde, a vuelta de muchas cosas curiosas en honra y prez del gran Rey, se decía: "Sobre la puerta del establecimiento se pusieron las armas reales, rodeadas de atributos taurinos (espadas, muletas, banderillas y cuernos), y un letrero que rezaba: "Reinando el señor Don Fernando VII, pío, feliz restaurador, se construyó esta plaza para la enseñanza preservadora de la escuela de tauromaquia." Pues el ministro que tuvo el valor de refrendar el decreto suprimiendo el "Real Colegio de Tauromaquia" fué D. Javier de Burgos, y aquí pongo su nombre para que las Empresas taurinas, arrendatarias de los cuernos, le vituperen, execren y maldigan.

Y claro está. El bullicio que se armó para no perder vez en el fausto suceso fué también monumental, como la nueva plaza. Puñaladas hubo para adquirir billetes. Los de tendido se cotizaron a 60 y 80 reales; las delanteras de grada, a 400, y por algún palco hubo aficionado que pagó 1.000 pesetas. ¿Hay que decir que el circo taurino se llenó por completo, causando envidia los afortunados a los imprevisores que se quedaron con tanta boca abierta?

¿Que si asistieron las autoridades? ¡Pues no habían de hacerse presentes, para que el espec-

táculo tuviera el tono y realce que merecía! ¡Poco gusto que causó a los concurrentes a la plaza ver en el palco presidencial al duque de la Torre, rodeado de todos los ministros, dando, ante su placidez taurina, la sensación de que los sinsabores de la patria eran cosa baladí y deleznable, que ellos iban a aventar en un periquete con sus sabias y oportunas medidas! Algún avieso crití-cón censuró que el jefe del Estado y sus consejeros no asistieran a la primera misa que se celebró en la preciosa capilla de la plaza, donde no se colocaron, en dos hornacinas, las imágenes policromadas de San Marcos y San Cornelio porque uno de los lidiadores, muy supersticioso, por cierto, que tenía metimiento con el presidente de la Diputación Provincial, se opuso rotundamente, a cuya oposición uniéronse sus compañeros, "némine discrepante".

Yo gocé de una delantera de grada, gracias a la generosidad del alcalde, que presidió la corrida, mi amigo y condiscípulo el marqués de Sardoal, y tuve la suerte de verme colocado junto a una joven francesita, muy guapa y atractiva, que con su marido, cincuentón, cara de angelote y guedejas rubias, asistía por primera vez a la fiesta taurina. Que me holgué con la compañía, no hay para qué decirlo. ¿A quién no le place y regodea pasar unas horas al lado de una mujer bonita y deseosa de pegar la hebra con el vecino, sobre to-

do si el vecino chapurrea su idioma? Y en cuanto casualmente se enteró, la pegamos la joven preguntona y yo respondón.

"Derrama la mirada de tus preciosos ojos por ese redondel, todo luz y alegría; deja aparecer lo que hay de picaresco y provocativo en el dibujo de tus coralinos labios; realza con un clavel rojo tu negra y rizosa cabellera, y Madrid te reconocerá como una de sus caprichosas manolas, que prolongan las matanzas en las plazas de toros, excitando los celos furibundos de los lidiadores." A punto estuve de decir a la encantadora francesita que me deparó la casualidad la anterior cursi retahila, traducida de una novela que acababa de leer aquella mañana; pero me limité a preguntarla si no le hacía mal pecho el sangriento espectáculo.

—De ninguna manera. Aparte el sacrificio de los pobres caballos, la lucha del hombre con la fiera me parece artística y me prueba el heroísmo de vuestra raza—me respondió.

—¡Oh!... ¡La "race"—musitó el maridazo.

—Y ¿es cierto—habló ella— que los jóvenes aristócratas, antes de comenzar sus estudios, se dedican a torear?

—De toda certeza. No hay ninguno que ignore cómo se pasa de muleta o se da un quiebro. Títulos del reino puedo citar a usted, y muchos que

no lo son, que se pintan solos para arrancarse en corto.

—¡Ah!... "¡Merveilleux!"—exclamó el de las guedejas, voto de amén, seguramente.

—¿Usted, sin duda alguna, habrá toreado?—insistió la muy curiosona.

—¡Ay, señora! Mi condición humilde no me ha permitido llegar a matador. Nunca he podido pasar de "singe savant".

—"Qu'est-ce, que c'est que ça"?

—Monosabio en castellano, señora. Como esos que llevan blusa encarnada.

—Y ¿es verdad, como me han dicho en París, que los matadores tienen gran partido con las damas?

—Exacto. No es raro el día que dos damas se arrancan el moño respectivo por disputarse el amor de un torero.

—Lo comprendo—dijo; y a renglón seguido—: "Toreador en garde—et songe, en combattant—qu'un œil noir te regarde—et que l'amour t'attend."

—Eso es. Y después de la corrida se van en busca del amor que les espera—añadí a la estúpida copla francesa.

—Y de esos matadores, ¿cuál es el más favorecido?

—Aquel que va a matar.

—¿Cómo se llama?

—"Petit François"; en castellano, Frascuelo.
—El más feo de todos.
—Por eso mismo.
—¿Y aquel tan gallardo?
—"Petit lézard", o sea Lagartijo.
—¿Y aquel tan recio?
—"Bouchenoire".
—¿Y aquel que...?

Pero, en esto, un par de banderillas que puso Lagartijo levantó al público en vilo, y aproveché la ocasión para cortar la plática con la francesa, tomando por cómplice a mi vecino de la izquierda, que no podía contener la risa al oír mis embustes, que la joven tomaba por verdades evangélicas.

¿Para qué he de contar el término de mi conversación con mi compañera de grada? Muchas preguntas y una cita para el día siguiente en el hotel donde se hospedaba, con objeto de seguir devanando la madeja taurina.

A la salida tropecé con D. Angel Fernández de los Ríos.

—Esta será la última plaza de toros que haya en Madrid—me dijo.

Si viviera hoy, le llevaría caminito de las Ventas, a ver qué se le ocurría.

CAPITULO X

Alarcón y Pérez Galdós.—Tres joyas de la literatura patria. — Un amor de D. Pedro Antonio.—"El sombrero de tres picos".—El glorioso D. Benito.—"Bailén" y "Zaragoza". Las cenizas de Calderón de la Barca.—Inauguración del Viaducto de la calle de Segovia.—Alemania, Francia y los carlistas.

Tenía sobre la mesa de mi despacho tres libros que, en cuanto los abriese, seguramente no los dejaba hasta haberlos devorado de punta a cabo. Eran dos Episodios Nacionales de Pérez Galdós, "Bailén" y "Zaragoza" y "El sombrero de tres picos", de Pedro Antonio de Alarcón.

Conocí a este famoso escritor (ya lo dije en *Mis primeros ochenta años*) en casa de D. Nicomedes Pastor Díaz, y me limité a profesarle una callada y respetuosa admiración, dado que mi corta edad no me permitía salir del mutismo que impone al jovenzuelo rozarse con personas mayo-

res. Allí iba yo, acompañando a mi madre, a ver, a oír, y sólo a hablar cuando me preguntasen; pero mi espíritu, bastante despierto, no por causa de precocidad chinchorrera, sino por la vida a que aquélla me obligaba, pegado a sus faldas en visitas, diversiones y fiestas religiosas, llevábame a observar cuanto acontecía a mi alrededor, para ir depositando en el magín juicios, más o menos acertados, que por ser míos parecíanme atinadísimos.

Y daba gusto escuchar la charla amena y festiva del eximio novelista, en la cual siempre descollaba alguna gracia andaluza o algún oportuno y brillante pensamiento. Gracia, amenidad y frase lapidaria que se desvanecía como si fuera humo que aventase un repentino ventarrón, y ésto era cuando realizaba su epifanía en la sala una mujer perturbadora de los sentidos y potencias de D. Pedro Antonio. Claro es que D. Nicomedes Pastor Díaz, más que percatado de la "chifladura" de su contertulio, tomaba la voz cantante de la conversación general, y ya el autor de "La Alpujarra" quedábase en el sitio de uno de tantos, pues si el andaluz poseía verbosidad crepitante, el gallego no le iba en zaga, ni mucho menos. Más tarde supe que la pasión del célebre novelista se trocó en odio, cuando le fueron con el cuento de que la supradicha hermosa hembra tenía nefandos contubernios con el duque de Va-

lencia, indigno e inexacto chismecillo que lenguas viperinas, que merecían ser cortadas, hicieron correr por Madrid; pero que a Alarcón le supo a verdad inconcusa, cuya consecuencia fué que desde aquél enterarse del desvarío de la amada en silencio, envolvió en idéntico desprecio a ella y al jefe del partido moderado, D. Ramón María Narváez.

¿Quién me dijo que tan a lo vivo le llegó a Alarcón su desencanto por la caída de la mujer idolatrada, que, de religioso que era, se volvió místico recalcitrante? No lo recuerdo. Leí todas sus obras, recreándome en la fluidez de su estilo, en la galanura de su frase y en la viveza de su pensamiento; busqué en ellas ese sentido esotérico que corre, más o menos a las claras, por entre las líneas de un libro, y hasta en los que más exageraba sus creencias religiosas, con las flores propias del novelista prócer, no me pareció ver (¿miopía intelectual?) ese entusiasmo ciego que nace de un profundo convencimiento, sino algo resultante de la necesidad del contraste o del deseo de persuadirse a sí mismo, autosugestión, como se dice hoy.

He notado en las obras de D. Pedro Antonio de Alarcón, al igual de otras muchas debidas a ingenios que vieron la luz primera en los países donde florece el naranjo ("ce coquin de soleil!", que me decía Daudet), un sabor de paganismo, no

por disimulado con espontaneidad encantadora menos cierto y palmario, y este saborete pagano se aviene mal con la disciplina intelectual del católico a puño cerrado.

El mismo "Sombrero de tres picos", la deliciosa obra cumbre de Alarcón, superior a todas las que salieron de su privilegiada pluma, tiene un perfume muy semejante al sabor a que antes aludo. Aquel festín a plena luz, bajo el inmaculado azul del cielo, con un aire transparente que invade los pulmones y parece convidar al hedonismo de los griegos, o sea la busca y captura del placer, me hace recordar los sitios por donde circulaba Homero entre su mundo divino.

"El sombrero de tres picos" quedará, y siempre leído y estimado, en lo mucho que vale, por toda persona culta, porque en esa novela, modelo de buen decir y de gracia, Alarcón se deja ver tal cual es, sin la obsesión de un propósito tendencioso que priva de frescura a sus demás obras, y van únicamente a un público determinado y no al público grande, que sólo busca interés y acción, ajeno a disimulada propaganda, aunque se la den envuelta en bellezas de estilo y hallazgos del intelecto.

Pues si leí de un tirón "El sombrero", lo mismo hice con los dos Episodios Nacionales de don Benito Pérez Galdós. Primero, "Bailén", y luego, "Zaragoza".

Encerrado en mi despacho, y dada orden de que nadie me interrumpiese, el uno detrás del otro los gocé hasta la última línea, y al cerrar ambos libros me pavoneé interiormente por haber sido uno de los primeros admiradores del gran novelista. Tropecé con él, casi recién llegado a Madrid, en la Redacción de un periódico que dirigía mi compañero de diputación a Cortes y correligionario, Aníbal Alvarez Osorio, y pronto hicimos amistad estrecha y firme, tan firme, que ha durado hasta la muerte del célebre escritor. ¡Cincuenta años! Conservo de él cartas que prueban nuestra intimidad, y nunca olvidaré que cuando empecé a escribir novelas (que el maestro leía y con parcial benevolencia alababa), falto yo de un editor que publicara el humilde parto de mi ingenio, Pérez Galdós me lo proporcionó diligente, amparando mi libro como si fuera suyo.

¿Qué he de decir de la impresión que me produjo la lectura de sus dos Episodios, igual a la de sus anteriores? Tanto se ha escrito acerca de la obra inmortal de Galdós, de su compenetración con las gentes y la época que iba describiendo, hasta parecer que en ella vivió; de su estilo, de la fecundidad de su ingenio, de su modo de ver y de sentir la Historia y los tiempos objeto de su estudio; de su conocimiento de la vida burguesa del momento que le preocupa y sabe pintar con trazo seguro, y de su Teatro, tan celebrado

como discutido, que mi modesta opinión no añadiría una flor más a su inmarcesible corona. Pero ya que por primera vez la ocasión se me presenta, he aquí en dos palabras mi juicio crítico: Si don Benito Pérez Galdós, en vez de nacer en España, hubiera nacido en Francia, estaría por encima de Balzac y al nivel de Víctor Hugo.

Cerré los dos libros, no sin haber dirigido a su autor una carta expresiva de mi entusiasmo, y me encaminé a asistir, con un grupo de amigos, a la conducción, al cementerio de San Nicolás, de las cenizas de D. Pedro Calderón de la Barca, otro glorioso literato nuestro, del que ha sido preciso que los alemanes se ocupen con fervor de investigadores sinceros e imparciales, para que los españoles ignaros se enteren de cómo el autor de "La vida es sueño" se puede codear con el de "Hamlet".

Y cuando íbamos a cumplir nuestra piadosa misión, inauguramos el Viaducto de la calle de Segovia.

—¡Qué grandeza de puente!—decían los páparos que se asomaban a la barandilla del "monumento" para contemplar la pequeñez de los que pasaban por debajo—. ¡Ahora sí que con esta obra colosal Madrid va camino de parecerse a cualquiera de las grandes ciudades europeas!

En un periódico de aquellos días leí lo que sigue: "El Viaducto, con sus férreos brazos, une

el viejo Madrid con el nuevo; es un monstruo de metal que ni amedrenta ni espanta, a pesar de su amenazadora pesadumbre, porque este Hércules tremendo está sumiso y sujeto a la Onfala de la Ciencia, y sólidamente afianzado en sus piernas de roca viva, doblega mansamente la espalda para que por ella pasen cuantos quieran."

A los pocos días de la inauguración del Viaducto hubo que poner guardias en el Hércules tremendo, pues un madrileño desesperado, sin duda para medir la distancia de él a la calle de Segovia, se tiró de cabeza. Mucha gente extrañó que, tan cerca de San Francisco, no se hubiese dado el nombre de este santo bendito al "monstruo de metal", y algunas beatas se juramentaron para no discurrir jamás por su espalda. ¡Como que atraía "mansamente" a los suicidas, cual si por sus férreos brazos circulase el mismo demonio!

Al acabarse la fúnebre ceremonia y dar paz a las cenizas del gran madrileño, me detuve un momento, cuando subía por la calle Mayor, camino de la Puerta del Sol, ante la casa donde murió, a la que, mucho más tarde, Manuel del Palacio dedicó unos versos, que empezaban así:

Forastero, el paso ten
y no mires con desdén
este pobre mechinal,
que a veces se piensa bien
donde se vive muy mal.

. . . . . .

—¿Qué hace usted ahí?—preguntó, parándose junto a mí, Marracci, el popular Marracci, el eterno asistente a todos los entierros resonantes que había en la villa y corte.

—Pues haciendo reflexiones, que guardo para mí solo—contesté para quitarme de encima a aquel pelmazo.

—¿Y no sabe usted la noticia?—insistió mi hombre.

—¿Qué noticia?—interrogué ya curioso.

—Que a consecuencia de un discurso fuertecito del emperador Guillermo, Francia ha cerrado la frontera a los carlistas.

—No lo creo—dije—. En la frontera manda el prefecto, monsieur Nadaillac, que en esto de los carlistas hace tanto caso de su Gobierno como yo del señor Nuncio.

—Ahora va de veras. Alemania nos ayuda, y boca abajo Mac-Mahon, no lo dude usted. Anoche supe la noticia en casa de Sagasta—replicó Marracci.

—¡Se ha dicho lo mismo tantas veces!

—Con la certeza de este momento, nunca. ¡Como que Vega de Armijo, nuestro embajador, ha pasado una nota conminatoria al ministro francés de Negocios Extranjeros, el duque Décazes, y se dice que este señor...! ¿No se acuerda usted de él, cuando se llamaba duque de Gluskberg y

vino a Madrid a casa de Weisweiller? Por cierto que entonces...

—Bueno, amigo Marracci. No se vaya usted por los cerros de Ubeda. ¿Qué es lo que se dice?

—Pues que Décazes ha hecho un viaje a Bayona para enterarse de si es verdad que los carlistas entran y salen por la frontera "comme Pierre par sa maison", que dirá el notable duque—habló el funerario noticiero, sonriendo su chiste galaico.

Me despedí del gran Marracci, pretextando un quehacer urgente, y su noticia me hizo olvidar lo que yo hubiera escrito en letras de molde, de haber tenido autoridad literaria para tal empresa, acerca de aquel insigne hijo de Madrid, del que no sé quién dijo:

Sueño todo será, menos tu gloria.

CAPITULO XI

En vísperas de la Restauración.—Martínez Campos inicia el pronunciamiento.—Relato de un cabo.—El "alfonsino" desconocido da un viva a Alfonso XII.

Descendamos del placer de la literatura a las miserias de la política, y vayamos de la prosa de Pérez Galdós y de Alarcón a la de D. Antonio Cánovas del Castillo, que no es lo mismo, aunque éste se acogiera a diferente estilo y alardease de escritor pulcro y correcto cuando se lanzaba a lucubraciones ajenas a la gobernación del país, desde el alto puesto a que le llamó su posición de jefe de un partido.

En prosa de propaganda, como señuelo para hacer prosélitos, y a guisa de primer fondo de periódico, Cánovas escribió un manifiesto, firmado por el príncipe Alfonso, cuya copia antes de que lo leyeran sus partidarios, fué—por obra de sigilosa confidencia—a manos de Federico Arredondo, y éste lo puso en las mías no para que yo me

convirtiese al alfonsismo, sino con objeto de que viera por cuán atrayente manera iba a llegar la Restauración y con ella el fin de la guerra carlista.

El papelito, untuoso y con aires de sinceridad, como cumplía al joven que lo suscribió, en el cual las promesas tenían el carácter propio del que ni recela de los que le escuchan ni le quedan por dentro dobleces de la intención, ya lo esperaba hacía tiempo. En París me lo anunciaron los allegados a Don Alfonso, y, a la par, me dijeron que el instante de su aparición sería la señal de un inmediato "pronunciamiento" del Ejército, proclamando Rey de España a Don Alfonso XII.

Aun antes de haberlo repasado, figurábame el contenido del que se llamó Manifiesto de Sandhurst. Monarquía constitucional y parlamentaria, con flexibilidad suficiente para que todos los problemas sean resueltos con los votos y por la conveniencia de la nación española. Orden legal y libertad política, sin personalismos ni arbitrariedades, mediante las Cortes representantes del país, y todo dentro del ambiente de los tiempos modernos: es decir, de aquellos tiempos.

¿Vale decir mi opinión, conforme con la de muchos personajes, viejos amigos míos, acerca del manifiesto? Para mí era indudable que minado el Ejército, como estaba, y al frente de la conspiración Martínez Campos, un hombre prestigioso y bravo militar que no hacía exagerado misterio

de sus manejos, levantar la bandera restauradora con un fuerte núcleo de tropa, iba a ser cosa nada difícil, si se tiene, además, en cuenta que el antiguo partido liberal, en sus diferentes matices, hallábase deshecho, dividido, y el país, quizás por el exceso de calor político y del bullicio de las ideas que trajo la revolución septembrina, ninguna de las cuales echó raíces inarrancables, comenzó a sentir una dejadez espiritual rayana en la indiferencia, y con el único deseo de algún reposo, permitente de salir de aquel estado de incertidumbre que a nadie dejaba apreciar lo bueno o lo malo del día de mañana. Pero creer a cierra ojos las halagüeñas promesas del famoso manifiesto, eso parecíame como la caza de la perdiz con reclamo, y no me acababa de convencer. ¡Orden legal y libertad política! ¡Cortes representando "de verdad" al país! ¡Nada de personalismos! Y ¿esto nos lo iban a dar Cánovas y Romero Robledo, a cuya voluntad y procedimientos de gobierno se sometería el joven monarca, como era natural que se sometiese, por lo menos hasta que se fuera enterando de las condiciones del pueblo que abandonó de niño y al que volvía de mozo?

Después de todo, dada la flojera de la opinión pública y los caídos arrestos de la gente revolucionaria, que parecía carecer de aquello que le faltaba a Caffarelli, según maliciosas noticias, que el príncipe Alfonso prometiera mucho o poco era

igual, pues para desengañar a los ilusos ya vendría el tío Paco con la rebaja, o sea D. Antonio Cánovas del Castillo con su temperamento a lo Royer-Collard, un poquito modernizado, y para ayudarle, D. Francisco Romero Robledo, dispuesto, al decir de sus amigos, a no tener escrúpulos de monja como el Poder cayera por su banda.

Nada. Que no me cabía en la cabeza que estos propulsores del alfonsismo pusieran buena cara (cuando venciesen) a los principios proclamados por la Revolución de Septiembre. Y que iban a poseer los medios para vencer pronto, quizás inmediatamente, me lo contaron Federico Arredondo y otros de su cuerda que se reunían en "La Farmacia". Con cuyas afirmaciones me preparé a ver los toros desde la barrera, lamentando no tener a mi disposición una cuadrilla como las de Lagartijo y Frascuelo, que fuese extirpando los agudos pitones de las fieras, con lo cual hubiérase quedado el príncipe Alfonso en París en espera de ocasión más propicia, y la anémica República con la alegría de un pequeño respiro, como el enfermo cuando, en sus postrimerías, le hacen insuflar un "balón" de vivificador oxígeno.

Yo sabía, por confidencia de uno de los jefes de la guarnición de Madrid, a quien el general Martínez Campos trató de poner de su parte, para el caso de que éste lograse sublevar un contingente de fuerzas militares en favor de Don Alfonso,

que el jefe del ejército del Centro, D. Joaquín Jovellar, no hacía ascos al movimiento alfonsino, así como también no pocas de las tropas que estaban bajo su mando.

Pero cuando estas fuerzas, reunidas en un solo pensamiento y una firme voluntad de jugarse la vida, y dieran el grito, ¿lo secundarían las del Norte? Y aunque éstas simpatizasen con la causa de Don Alfonso, ¿tan poco escrupulosos habríanse sentido sus jefes que no miraran lo delictivo de sublevarse estando en guerra con los carlistas? ¡Bah! Esos remilgos no se han sentido por manera muy honda en España, donde usar de la fuerza armada en función de cambio de régimen, es cosa que se pierde en la noche de los tiempos.

Gracias a mi amistad con el presidente del Círculo Popular Alfonsino, D. Fernando Corradi que, allá por el año 54, dirigía un periódico liberal que se denominaba "El Clamor Público", y a quien hacía objeto de sus burlas (a Corradi, no a su periódico) "El Padre Cobos", cantándole, con una musiquilla muy en boga entonces,

Chiribí, Clamoris curdis,
Chiribí, Corradi, ¡puf!
Chiribí, Tribunis risis
Chiribí, farol sin luz;

gracias a este simpático personaje—digo—, supe que Cánovas había recibido una carta de Martí-

nez Campos, que empezaba: "Cuando reciba usted ésta habré iniciado el movimiento en favor del príncipe Alfonso, dentro de poco rey de España..." Y ¿cómo se inició el movimiento?

Conservo y guardo una carta de Enrique Puebla, mi amigo, cabo del batallón de Reserva de Madrid, número 43, en aquellos días, y hoy establecido como industrial en una importante población de la Mancha, la cual carta voy a copiar íntegra, dejándola su sabor de cosa vivida. Dice así:

"La brigada Dabán, de la que formaban parte el regimiento de la Lealtad, mandado por el coronel Barrios, y el batallón de Reserva de Madrid, número 43, del cual era teniente coronel D. Manuel Asagán Quintana y comandante D. Ramón González Tablas, nos hallábamos en Segorbe, y el día antes del suceso bajamos a Sagunto con el batallón de la Lealtad y el mío de Reserva, Madrid. El otro batallón de la Lealtad, con su coronel, quedó en Sagunto porque, según decían, Barrios no se sumaba al movimiento. En este día, por la tarde, y por la entrada de la parte de Valencia, llegó a Sagunto en una tartana, bien pálido por cierto (lo anoto porque lo vi), Martínez Campos y otros. Al día siguiente, muy temprano, tocaron diana general, toque que indicaba se formara preparados para marchar. Estuvimos formados más de dos horas, durante las cuales lla-

maron, no sé a qué sitio o casa, primero, a los capitanes; después, a los subalternos, y, por último, a los sargentos.

"Todas estas citas se evacuaban mientras las tropas, sufriendo un frío glacial, ignorábamos de qué se trataba. Tocan marcha, abandonamos la población, y a la salida de ella, en dirección a Valencia, converge la falda del castillo con un algarrobal. En este sitio nos formamos, y Martínez Campos, a caballo, nos espetó una célebre arenga, en que nos pronosticaba infinidad de venturas si triunfaba en su empeño; entre ellas, la de que se acabaría la guerra y nos iríamos a nuestras casas a labrar la tierra, oferta poco meditada, pues más de 300 soldados madrileños allí presentes nada entendíamos de labores rústicas, por ejercitar nuestros oficios en talleres de la corte, y algo nos divertimos sacándole punta al "lapsus". Después de un ¡viva Alfonso XII!, emprendimos la marcha hacia Valencia; viramos por el primer camino que encontramos a la derecha; anduvimos como un kilómetro, y retrocedimos a la carretera. En el camino que había a la izquierda hicimos la misma operación; así seguimos tomando y dejando caminos y haciendo prolongados altos, hasta que, a última hora de la tarde, llegamos a Estivella, pueblo situado en la carretera, a seis kilómetros de Sagunto. Nos alojaron en este pueblo, y a media noche se presentó el general jefe del ejército del

Centro, D. Joaquín Jovellar, con fuerza a sus órdenes. El brigadier Laguardia, que se hallaba cerca con su calumna, dijeron no se incorporaba por ser opuesto a la sublevación. Sin que descansaran las fuerzas de Jovellar formamos y nos reunimos a ellas las de Dabán, y, "pian pian", a Valencia derechos. En las inmediaciones de San Miguel de los Reyes se acercó a las filas un paisano, y nos dijo que en Valencia, al lado opuesto del puente, que teníamos que cruzar para entrar en la población, había fuerzas de Artillería para recibirnos a cañonazos, y siendo mi compañía la primera que tenía que embutirse en el puente, por ir a vanguardia, me consideré hecho papilla. Empezaba a amanecer cuando llegamos al susodicho puente, y los cañonazos sólo existían en el deseo del "mala pata" que nos dió la noticia. Entramos en Valencia sin que a nuestro paso se pusiera ninguna dificultad. Los jefes tomaron las precauciones de rigor y los soldados, con el fusil colgado, ambulábamos por las calles. Al día siguiente se formó un tren especial para los jefes, y dos compañías (una la mía), para ir a Madrid. Yo no cabía en el pellejo de gozo, porque iba a ver a mi familia. Sólo el que pasa por estos trances sabe la agradable emoción que se experimenta... Era ya de noche cuando llegamos a Madrid, y con igual silencio que si acompañáramos a un entierro, sin llevar público a nuestro lado, nos dirigi-

mos por el Prado a la calle de Alcalá. Un caballero, situado frente al letrero que años antes puso en la fachada del ministerio de Hacienda el "Pollo Antequerano", dió un viva a Alfonso XII, que nadie contestó, y así seguimos hasta el cuartel de Santa Isabel, donde pasamos la noche... Al día siguiente, en el tren a Valencia, a perseguir "carcas", al Maestrazgo otra vez."

Esta es, sin quitar punto ni coma, la carta del cabo del batallón de Reserva de Madrid, una de las bases del movimiento.

Detalles acerca de su conjunto, irán en el siguiente capítulo.

CAPITULO XII

Después del grito de Sagunto.—La indiferencia de Madrid.—Por los unos o por los otros, España sería salvada.—Doloroso cambio de impresiones del duque de la Torre y sus ministros.—Despedida cruel.—"¡La duquesa y las niñas están seguras!"

No me gusta la definición que da el Diccionario de la Academia el sustantivo "pudor". Dice del pudor que es "honestidad", "modestia", "recato", sin ahondar más en este vocablo, que va a la par de vergüenza, y como ésta tiene diferentes caras, porque en unos el pudor se ajusta a un estrecho e inconmovible principio de moralidad, y en otros cambia, según sopla la conveniencia, y cualquiera se lo puede echar a la espalda cuando bien le venga, me resulta incompleta la definición.

Este introito me lo inspiró, aunque no lo escribiera en ninguna parte, lo que se dijo de Cánovas así que hubo conocido el acto del general Martínez Campos.

¿Fué "botaratada" la palabreja que se le escapó al que se había de aprovechar inmediatamente del pronunciamiento? Si no "botaratada", algo parecido pronunció el jefe del partido alfonsino, y su explicación, dado el carácter empingorotado del personaje, es muy sencilla. ¿Llegar la Restauración de golpe y porrazo sin haberla traído él por sus pasos contados y de bracete? ¡Imposible! Y ¿por un hecho de fuerza? ¡Qué escándalo! Y aquí del pudor, del "pudor político", claro está, que D. Antonio Cánovas del Castillo sintió, como hombre civil que era, y que le llevaba a censurar en el fondo de su sér interno el suceso, no por celos que tuviese de Martínez Campos, a quien se creía superior, sino porque él hubiera querido, para el arraigo y venturoso porvenir de la Monarquía restaurada, que viniese de la propia suerte que vino la República cuando la República fué la única solución que podía darse al país sin derramar una gota de sangre y sin el espectáculo de un "pronunciamiento" más. Pero los sublevados Jovellar, Martínez Campos, los hermanos Dabán, Borrero, Salcedo y otros que no recuerdo, hicieron un regalo a D. Antonio y hubiera sido un desaire no aceptarlo.

¿Cómo tomó el pueblo de Madrid el suceso? Pues con una total indiferencia, salvo en el Círculo Popular Alfonsino, donde los jóvenes neófitos y los que venían trabajando por el triunfo de

Don Alfonso abrieron la espita de su entusiasmo. En casa de Topete se reunieron varios personajes liberales de todos los partidos hostiles a la Restauración para pensar en el modo de evitarla, y nada resultó de tan aventurado propósito.

¿Y en el Gobierno? ¿Qué efecto produjo en el Gobierno el grito pronunciado en Sagunto? A juzgar por sus exteriores aspavientos, sorpresa, estupor e indignación. ¡Mire usted que indignarse Sagasta por sublevación más o menos, cuando se pasó la vida conspirando con elementos militares, gracias a los cuales pudo ocupar el puesto que por su talento merecía! En cuanto a sorpresa, a nadie se le ocurrió semejante estado de ánimo en aquellos ministros y su presidente, pues el menos enterado de las cosas políticas sabía que Martínez Campos trabajaba a los elementos militares, al igual que el año de 1866 Sagasta, éste para derribar la Monarquía y aquél para traerla vestida de limpio y conforme a la última moda.

Eso sí. Para darse el Gobierno, en su agonía, aire de poner el ceño torvo e indignado y de reprimir la sublevación saguntina, publicó un manifiesto al país, afirmando que la bandera "sediciosa" no había encontrado eco en ninguna parte, por lo cual pronto reprimiríase aquella algarada, mediante las inmediatas disposiciones del ministro de la Guerra, quedando a cargo del Gobierno salvar a España de la anarquía y de la guerra civil. El

mismo propósito de salvar a la patria proclamaba Jovellar en su alocución a las tropas, cuyo mando le hubo confiado la República, y ante tan nobles deseos, sentimos entonces todos los españoles un supremo regocijo, ya que si el Gobierno no nos salvaba de la anarquía y de los carlistas, allí de los sublevados para quitarnos de encima esas dos tremebundas pesadillas.

¡Y qué curiosas fueron las postrimerías de aquel Gobierno, que estaba en "tenguerengue" (perdón por este vulgar vocablo), o sea en equilibrio inestable. Imponíase la necesidad de dar cuenta de lo que ocurría al jefe del Estado, a la sazón al frente del ejército del Norte, peleando contra las huestes de Carlos VII. Así lo decidieron los ministros y echaron mano del telégrafo, poniéndose al habla con el duque de la Torre.

Esta conversación ha sido después conocida, adobándola con frases propias para ser publicadas; pero un telegrafista y correligionario mío, que se hallaba entre Madrid y el Cuartel general, se enteró de ella y me la contó; en resumen, fué como sigue:

El ministro de Estado (Alonso Colmenares): "Esto no tiene remedio, mi general. Esto se lo lleva la trampa y nos encontramos hechos un lío."

El duque de la Torre: "A ver, a ver, hombre, dénme ustedes detalles."

El ministro de Fomento (Navarro Rodrigo):

"No hay más detalles sino que la guarnición de Madrid está impaciente por dar el grito y adherirse a los saguntinos."

El duque de la Torre: "¿Qué dice Primo de Rivera?"

El ministro de Fomento: "Pues Primo de Rivera parece indeciso; pero no creo que podamos contar con él para imponerse a la guarnición, si decidimos defender la legalidad."

El duque de la Torre: "Para defender la legalidad sería preciso sacar fuerzas de Madrid. ¿Es esto posible?"

El ministro de Estado: "De ningun manera. ¿Quién mueve a esta tropa, completamente insubordinada, aunque no lo quiera aparentar?"

El duque de la Torre: "¿Qué opina Sagasta?"

El ministro de Fomento: "D. Práxedes está conferenciando con el capitán general. Ahora llega."

Sagasta: "Presente, mi general."

El duque de la Torre: ¡En buen berenjenal nos ha metido Martínez Campos. ¿Qué opina usted de la situación, mi querido Sagasta?"

Sagasta: "Me parece que estamos en un callejón sin salida."

El duque de la Torre: "¡Pues no ha de tener salida! Irnos a nuestras casas y que otro talle."

Sagasta: "Eso no es decoroso, mi general. Hay que resistir."

El duque de la Torre: "¿Y cómo resistirnos?"

Sagasta: "Viniendo usted a Madrid, con fuerzas suficientes, a hacerse respetar."

El duque de la Torre: "Imposible. Laserna y otros generales han venido a verme para decirme que el ejército del Norte se batirá, hasta morir, con los carlistas, pero que no hará armas contra sus compañeros sublevados."

Sagasta: "Esa es también la actitud de los de aquí. Me acaba de manifestar el capitán general que si viene usted a Madrid con fuerzas militares habrá lucha; mas si viene solo, responde de su persona y autoridad."

El duque de la Torre: "¡Valiente autoridad la mía! No quiero tutela ni lucha. Deseo que desatemos este nudo ridículo, por el papel poco airoso que hacemos. ¿Creen ustedes que debo salir solo para ésa? Quizá yo convencería al capitán general de que el acto de Martínez Campos merece inmediata corrección."

Sagasta: "¡Como no le dé a usted resultado el procedimiento de "ábrete, ostra", de los cocineros persuasivos!"

El duque de la Torre: "¿Tan cerrado está?"

Sagasta: "Cerradísimo."

El duque de la Torre: "Pues si no podemos resistir ni relevar al capitán general, no hay más que abdicar en sus manos este bochornoso Poder, y sea lo que Dios quiera."

Sagasta: "Dice Alonso Colmenares que, siendo imposible resistir, podríamos reunirnos con usted en el punto que designara, por ejemplo, en Guadalajara."

El duque de la Torre: "No tengo inconveniente. Saldría de aquí inmediatamente para vernos en Sigüenza."

Sagasta: "Para conferenciar solamente, no. Sin que traiga usted fuerzas numerosas y adictas para combatir a los rebeldes de aquí y a los de fuera, es inútil nuestra entrevista. Alonso Colmenares lo proponía por si quiere usted conservar la legalidad de su presidencia contra el intruso poder que se levanta."

El duque de la Torre: "¡Ah! Si no fuese porque tenemos enfrente a los carlistas, que en este río revuelto sacarían raja, en cuanto tuve noticia de lo de Martínez Campos ya hubiera yo hecho una que fuese sonada; pero me lo impide el patriotismo."

El ministro de Estado: "Mi propósito era para que salváramos las apariencias."

El duque de la Torre: "¡Para apariencias estamos"

Sagasta: "Lo que sucede me lo temía, mi general. De haber tomado las medidas rigurosas que le indiqué a usted hace tiempo, otra sería nuestra situación actual. Ahora no nos resta más que ceder y protestar."

El ministro de Estado: "Y despedirnos de usted enviándole un abrazo y suplicándole nos mande una palabra que indique la lealtad con que le hemos servido."

El duque de la Torre: "¿Cómo una palabra? ¡Un millón de ellas para todos ustedes, expresivas de su lealtad y de mi gratitud! ¡Adiós, mis nobles y queridos amigos! Les recomiendo a mis hijos y a mi esposa."

Sagasta: "¡Adiós, mi querido amigo! La duquesa y las niñas están seguras. Nos despedimos de usted con las lágrimas en los ojos. Ahora, juntos, a esperar los sucesos y a cumplir los deberes que nos impone el patriotismo."

El duque de la Torre: "¡Adiós, querido Sagasta! ¡Tras estos tiempos de afán, otros mejores vendrán!"

. . . . . .

. . . . . .

¿Lágrimas? Las de la República, que se quedó toda papanduja y cariacontecida, con el gorro frigio como la "chechia" de Tartarín; a sus pies, el león modorro, y la infeliz, llorando la pérdida de aquellas ilusiones que se forjó el 11 de febrero de 1873.

CAPITULO XIII

Cuatro estrenos.—Don Alfonso XII, camino de España.—Llegada del nuevo Rey a Madrid.—Ovaciones que recuerdan otras ovaciones.—Percalina y farolillos.—La espada de Espartero.

Y va de estrenos. Ibamos a estrenar el año de 1875; íbamos a estrenar la Monarquía restaurada; íbamos a estrenar la gran ópera de Verdi "Aida" y la gran zarzuela de Barbieri "El barberillo de Lavapiés". Cuatro estrenos que nos hacían la vida grata: el primero, porque el afortunado que se "cuela" en un nuevo año, aquí donde se vive de milagro, ya puede considerarse venturoso; el segundo, porque aquellas lejanías soñadas por los alfonsinos habíanse convertido en realidades, y el que más y el que menos se figuraba dueño de una credencial suficiente a hinchar sus pujos de ambición, sin tener en cuenta que un sabio griego dijo hace muchos siglos: "En política es siempre más preferido lo más reciente", y un intelectual español aplicó tan lapi-

daria máxima al pescado, y añadió que el más fresco es el que mejor sabe.

En cuanto a la ópera de Verdi y a la zarzuela de Barbieri, eran dos acontecimientos que rompían el monótono y aburrido pensar constantemente en la cosa pública, y, si no se me tacha de poco patriota, diré que, estreno por estreno, mi preferencia caía del lado del arte, pues lo que iban a hacer Cánovas, Romero Robledo, Salaverría (!), Orovio y Ayala (!), ya me lo imaginaba. Por lo pronto, suprimir todos los periódicos hostiles a la nueva situación ("atinada" medida de buen gobierno), y así fueron borrados de una plumada *El Imparcial, El Pueblo, La Prensa, La Igualdad, La Iberia* y otros que no recuerdo, y después de estas enérgicas órdenes a rajatabla respecto al ordenamiento y régimen del país, nada que significara novedad de progreso, sino un retorno a lo antiguo reaccionario, aunque con disfraz de política de "ancha base" y ropa liberal; pero... de prendería. En cambio, "Aida" y "El barberillo" nos ofrecían a los madrileños música nunca oída, sin duda alguna mucho más sugeridora de ideas y emociones placenteras que los proyectos políticos de Cánovas del Castillo y su coadyuvante Romero Robledo, para dar a la Monarquía restaurada un tinte de "remédialo todo", o sea panacea de los males que hizo y dejó la difunta República.

Lo difícil, para mí, reducíase entonces a poder hallarme en París cuando Don Alfonso pusiera el pie en la estación para encaminarse a Madrid, acompañado de los que fueron a buscarle (el marqués de Molíns, los condes de Heredia-Spínola y Valmaseda y mi simpático amigo D. Ignacio José Escobar, director de *La Epoca),* pues me hurgaba la curiosidad de ver quiénes de los agazapados en espera del sol que más calentase se agrupaban en torno del joven Rey de España, y al mismo tiempo de presenciar ese espectáculo, encontrarme en Madrid al objeto de atender a la invitación que me hizo Teodoro Robles, el empresario del teatro Real. Por fortuna, el estreno de la ópera de Verdi se aplazó hasta mediados de enero, y así pude trasladarme a la gran ciudad en los últimos días de diciembre; satisfacer mi capricho, del que sacaría partido mediante mi correspondencia con un periódico de Méjico, y volver a Madrid en el tren, si me fuera posible, que condujera a Don Alfonso.

Sin poseer el don de la "oblicuidad" (que decía un magnate), realicé mi plan anticipándome a la llegada de los que iban a ofrecer la corona a Don Alfonso; estuve presente cuando en el andén de la estación fué ovacionado por la muchedumbre de sus adictos y adictas, y me metí en un departamento de primera, gracias a mi amigo don Jacinto María Ruiz, con lo cual tuve el gusto de

conducir a la nueva Monarquía, sin otro castigo que haber escuchado, a no poder más, los elogios, encomios y ditirambos en honor de D. Antonio Cánovas del Castillo, con cuyas excelencias me marearon mis compañeros de coche. ¿Sólo de Cánovas? También de la reciente Majestad.

—Vamos a tener un rey que no nos lo merecemos—dijo uno.

—Y un jefe del Gobierno que se puede codear con lo más cuellierguido del mundo—añadió otro.

—*Enfoncé* Bismarck—sumó un tercero, galicursi.

—Si ustedes me lo permiten—interpuse con cierta timidez, porque yo era la única representación de las minorías—, les diré que los españoles todo lo merecemos, no fuera más que en gracia a nuestras desdichas y a nuestra paciencia para soportarlas.

—Usted no conoce las extraordinarias facultades de Don Alfonso; si las conociera no haría usted ascos a lo del merecimiento — rezongó el cuarto.

—¡Cómo he de negar las extraordinarias facultades de Don Alfonso si no las conozco! Su aspecto gana voluntades, y su porte no puede ser más agradable; pero todas esas facultades, y muchas más, son precisas para gobernar una nación tan desquiciada como la nuestra, y el joven Mo-

narca es ajeno a su urdimbre política, a sus divisiones, a su vida...

—Está usted en un profundo error. Don Alfonso, siempre en contacto con los hombres eminentes que le han rodeado y dirigido, se halla al tanto de todo lo que sea necesario para que su despejo natural le lleve por el camino de los excelentes gobernantes. Además, se ha criado en la desgracia, que es la mejor maestra—interrumpió un individuo que, andando el tiempo, fué ministro.

—Luego para ser un buen Rey precisa criarse en la desgracia, y, naturalmente, a mayor desventura, mejor potencia gubernamental—contesté al conspicuo interruptor.

—¡Hombre! ¡Eso es una exageración!—gritaron los más.

—¡Claro! Nuestro querido compañero no es voto en la materia, porque tuvo el mal gusto de votar la República...

—Monarquía y democracia son compatibles—exclamó un precursor de D. Segismundo Moret.

—Y, por encima de todo, ahí está D. Antonio, que es un gran Mentor y sabrá guiar al joven Telémaco—vociferó un entusiasta.

—¡Qué hombre!—uno del coro.

—Por algo le llaman el monstruo—otro ídem.

—Naturalmente, pronto vendrá a reunirse con

el Rey su señora madre—dije con el tono más cándido que saqué de mi repertorio.

—Nada de eso. Doña Isabel se queda en París—todos a una.

—Lo siento—dupliqué—. Apuesto doble contra sencillo que si Doña Isabel viniera a Madrid y se diese un paseo desde la calle de Embajadores abajo, se ganaría una ovación. Como de mí dependiera, mañana mismo solicitaba de Cánovas que la trajese en volandas, con sus allegados y protegidos.

—¿Quiere usted callar y no decir disparates? ¡Pues buena la íbamos a hacer con Doña Isabel y compañía!—me corrigió, agreste, el que tenía más confianza conmigo, por razón de antiguo conocimiento.

Y me callé. ¡No había de meterme la lengua en el bolsillo! ¡Como que si se me llega a soltar me ponen bonitamente en la vía aquellos admiradores de Don Alfonso y de Cánovas, que quizás fuesen pronto los primeros, por haber sido de los últimamente llegados! Y es de saber que, tanto en religión como en política, el neófito hierve de celo, y para encender una luminaria empieza por apagar la antigua, que le pesa o le avergüenza. En las restantes horas de nuestro viaje apenas cambiamos cuatro palabras.

Llegamos, sin novedad, a Marsella, donde las autoridades, los españoles que allí residían, damas

aristocráticas, corresponsales del Faubourg Saint Germain y el público bullanguero de la Cannebiere recibieron a Don Alfonso con vivas, aplausos y otras manifestaciones de júbilo y cortés alborozo. Yo me sumé al espectáculo en clase de "oyente"; pero declaro que, como buen español, los aplausos a un hijo de Madrid, que iba a ser el jefe del Estado, aun cuando por un hecho de fuerza, siempre, a mi juicio, censurable, me halagaron.

¿Quién había de profetizar al joven Rey de España que años después el pueblo parisiense, tan propicio a entusiasmarse, le fuera hostil hasta la descortesía y el ultraje? Bien es verdad que al retorno de aquel mal momento, y cuando Don Alfonso entró en el palacio de la plaza de Oriente y abrió de par en par sus puertas para que en él penetrasen cuantos quisieran, millares de ciudadanos desfilaron ante el Monarca y estrecharon su mano.

—¡Vea Vuestra Majestad cómo el pueblo es su más firme apoyo!—dijo entonces Alberto Aguilera al Rey; Alberto Aguilera, el gran organizador de muchedumbres, que iba al frente de un numerosísimo grupo.

Pasada esta digresión, que me ha salido de los puntos de la pluma (¡caprichos del recuerdo!), vuelvo a mis carneros, quiero decir, al relato de mis andanzas.

Como yo no tenía pasaje en la fragata "Navas de Tolosa", hermoso barco que condujo primero a Barcelona y luego a Valencia a Don Alfonso, tomé plaza en un vaporcito que me llevó a la ciudad condal, ya preparada, en función de regocijo monárquico, a recibir dignamente al desterrado por tres generales y traído por uno solo.

Y de Madrid, ¿qué? Pues a mi pueblo lo encontré listo, como Barcelona y Valencia, para echar el resto cuando Don Alfonso hiciera su epifanía en la que iba a ser, nuevamente, "coronada" villa y corte, y el día 14 llegó el "Deseado", recibiendo una formidable ovación, que me traía a la memoria otras, no menos formidables, de cuyas entrañas podríanse sacar curiosas y pintorescas observaciones, que no pongo aquí porque estas páginas (ya lo he dicho varias veces) son impresiones y no filosofía de la Historia. Pero en cuanto a bullicio público, plaudente y gritante, colgaduras, flores, palomitas y composiciones poéticas, todas ellas bastante "merdiocres" (adjetivo usado por el de la "oblicuidad"), ni Barcelona ni Valencia pudieron compararse con el rumbo y majeza de Madrid. Por la noche, gran iluminación, no tan vistosa y refulgente como las de ahora, pero "regular tal cual", según frase de una chulilla a quien se la oí en la Puerta del Sol.

Yo no pude darme esta prueba de contento. Cuando me trasladé a París con mi gente, vendí todos

los enseres de mi casa, entre ellos cuatro faroles y cuatro colgaduras de percalina, que sirvieron para adornar los balcones de mi domicilio, unas veces por fuerza y otras por voluntad de la familia. ¡Qué pena! ¡Ahora que se me presentaba la ocasión de demostrar mi alegría!

El final de este capítulo me lo da la carta que el general Espartero escribió al Monarca. ¡Eso es saber cómo se maneja la pluma! Sus achaques no le permitían venir a visitarle, y "sólo desea ver a todos los liberales unidos a Vuestra Majestad para devolver la paz al país".

Seguramente el héroe de Luchana, al poner en su carta lo de "los liberales", murmuró entre dientes: "¡Viva la soberanía nacional!", como en sus antiguos tiempos.

Corrió por Madrid la voz de que D. Baldomero Espartero iba a regalar a Don Alfonso su vieja espada. Ignoro si llegó a verificarse semejante regalo, que de juro sería para servicio de la libertad.

¡Qué antojadiza y saltarina es la memoria!

¿Por qué razón me ha venido a ella, aunque no tenga nada que ver con las líneas anteriores, aquella cláusula de un testamento, que rezaba: "Mando mi mula al convento de la Merced para que acabe su vida en servicio de Dios"?

¡Vaya usted a saber!

CAPITULO XIV

El estreno de "Aida" en Madrid.—Buenos cantantes y excelente escenografía.—Un juicio de Peña y Goñi.—La musa sandunguera y madrileñísima de Barbieri.—La bendición de Doña Isabel.—Don Carlos invita a su prima a pasar una temporadita en España.

Tantas veces he hablado en mis líneas anteriores de cómo en Madrid se iba formando un público numeroso aficionado a la música, que machacar sobre el mismo tema quizás parezca cansino al que las lea. Pero no dar cuenta de un acontecimiento que a los "diletantti" les supo a gloria, sería una infidelidad a mis recuerdos de ayer, a cuya voluntad me someto para cumplir mi oficio de fiel repercutidor de las cosas de antaño.

¿El acontecimiento que traía ansiosos de él a los concurrentes al regio coliseo? Pues el estreno de la ópera del maestro Verdi, "Aida", al que me había invitado mi amigo Teodoro Robles, quien, a fuer de hombre de buen gusto, y con di-

nero, echó la casa por la ventana al objeto de presentar al público madrileño no tan sólo buenos cantantes, sino también espléndidas decoraciones que dieran la sensación de países egipcios, y una indumentaria para las partes principales y la muchedumbre coral, como nunca se hubiese visto en el lírico escenario.

Cumplió Robles su rumboso plan, y los espectadores—que llenaban el teatro—se pasmaron ante los pintados telones y preciosas bambalinas, que eran, al decir de los egiptólogos, trasunto fiel de los paisajes y monumentos de la tierra de Sesostris.

Y no digamos del interesante argumento de la ópera, en lo fantástico primo hermano de "La Africana", sumamente emparejado con la música, según también los inteligentes, que hace de la simpática protagonista una víctima del más abnegado y sublime amor, vehemente y firme entre las hembras de Etiopía, como en cualquier otro sitio del Globo donde se ame con fuerza y calor.

¡Pobre Aida! ¡Tan sensible y tan digna de toda clase de venturas, y destinada a enterrarse en la cripta del templo de Isis para hacer compañía a su amante! Hija de Amonasro, el Batallador, rey de Etiopía, por un descuido inexplicable cae en poder de las tropas del Faraón, que mandaba entonces no se sabe si Ramsés II o Tutankamen, y queda al servicio de Amneris, hija, "a su vez", del an-

tedicho Faraón, en clase de esclava morenucha, porque las demás todas son blancas. Pero llega Radamés, un general de mucha fama, que prendado del color de la muchacha, quizás por el contraste de sus paisanas, se enamora de ella cual un primerizo en lides amorosas, y ella le corresponde al parigual de su fuego erótico. De allí a casarse al uso egipcio no hay más que un paso; mas viene la guerra justamente con el mencionado Amonasro y sus huestes; los egipcios, por unanimidad del rey, sacerdotes, guerreros y coro, nombran a Radamés general en jefe del ejército expedicionario, y se va sin saber que aquel a quien trata de vencer y domeñar es el padre de su amada, que si lo hubiera sabido así acepta el cargo como si lloviesen chuzos de punta y filo.

En el entreacto, Radamés vence a Amonasro y le trae a la presencia de su soberano, entre otros prisioneros, y nadie se entera de que aquel ciudadano, algo mejor vestido que sus cautivos súbditos, es nada menos que "il re guerrier", el rey de Etiopía, el temible Batallador, a excepción de Aida, que cruza con su señor padre una cautelosa mirada de inteligencia y se guarda en el pecho el "¡Padre mío!", que se le iba—incauta—a escapar.

Que el pueblo aclama jubiloso al "vincitor" es de clavo pasado, y el Faraón, partícipe del mismo entusiasmo, le da su propia hija, Amneris, a Radamés, con lo cual la joven se pasma de gusto por-

que estaba enamorada del caudillo a la chita callando, y sabidora, además, por confidencias de una celestina fenicia, que Aida y Radamés se entendían, darle picón a la esclava le sabía a miel sobre hojuelas.

Buen chasco se llevó el Faraón y sus ministros responsables si creyeron que Amonasro se iba a estar quieto gozando de la libertad provisional que le otorgaron, muy a regañadientes del coro de sacerdotes, y sin urdir algún plan que tirase a escapatoria. Y, claro, en cuanto se percató de que su hija era la flor del donaire y de la gracia para Radamés, sobre quien ella ejercía la influencia de sus naturales encantos, tramó con Aida un complot, cuyo resultado fué que el infeliz novio cayera en poder de los sacerdotes mangoneadores en la cosa pública, y declarado reo de alta traición.

La pena impuesta por el Código penal egipcio era que Radamés fuese enterrado vivo; pero el Tribunal Supremo de aquel país, habida cuenta la justa fama militar del caudillo, le llamó a capítulo en el foso del teatro, mientras por la escena se paseaba. Amneris pidiendo a los dioses que el héroe se disculpara y obtuviese completa absolución, dado que los señores del margen hallábanse muy dispuestos a hacer la vista gorda, merced a ciertos regalitos y halagüeñas promesas insinuadas muy discretamente por la hija del Faraón, siempre con la esperanza de que Radamés

la tomase por mujer en justas y legítimas nupcias.

¡Sí, sí, ya estaba Radamés propicio a disculparse y obtener con la disculpa el perdón! En primer lugar, la actitud benévola del Tribunal parecíale una encerrona preparada por Amneris, con objeto de que fuera su blanca mano el premio de darle la libertad definitiva con sus honores y preeminencias y cargar con la Faraona, de quien no gustaba ni confitada, y en segundo término, Radamés era un romántico plúmbeo y tenía culto inconmovible al punto de honor, por cuyo motivo ni faltar a la fidelidad a Aida, ni proclamar la mentira de su inocencia. Fué traidor, dejando que Amonasro se enterase del futuro plan de campaña, y justo era que pagara su indiscreción y su crimen de leso patriotismo. Se cumplió la sentencia; encerraron al impávido Radamés en los sótanos del templo, donde Aida supo meterse previamente para sorprender a su amado y exhalar juntos los postreros suspiros mediante un dúo premonitorio de la muerte, que el público, emocionado, aplaudió frenético, y que quizás inspiró a D. José Echegaray, nuestro gran dramaturgo, las últimas tremebundas escenas de su obra titulada "En el seno de la muerte".

Respecto a la música, oigamos lo que decía, al finalizar la ópera de Verdi, en el cuarto de Tamberlick, Peña y Goñi, el crítico de más fuste de aquella época:

—Esta obra de Verdi pone de mal humor a los que hacen ascos a toda idea de progreso en el arte, porque es el reverso de la medalla a cuyas reglas y disciplinas daban preferencia los antiguos. Va el maestro arrastrado por la impetuosa corriente modernista.

—¿Hacia el wagnerismo?—preguntó un curioso de los que escuchaban a Peña y Goñi como un oráculo respecto a su opinión musical.

—Eso es. Hacia el wagnerismo, tomando del músico alemán lo nutrido de la orquesta, la variedad de temas y los efectos del conjunto, aunque sin apartarse por completo del sabor melódico de su antigua manera, de la cual no se puede desprender. Para percatarse de esto, basta recordar lo que acabamos de oír: el canto voluptuoso de las sacerdotisas de Isis; la estridente trompetería egipcia; las grandiosas sonoridades guerreras del pueblo de los Faraones; las misteriosas armonías del Nilo; el orientalismo de que se halla impregnada la ópera, todo llevado por un cauce de absoluta perfección, que jamás consiguieron ni Verdi en "Nabucodonosor", ni Rossini en "Semíramis".

¿Vale decir mi modesta opinión? Pues yo creo que el ilustre crítico se fué del seguro. Cierto que entre "La Traviata" y "Aida" media un abismo, prueba evidente de que el gran maestro italiano sabía acomodarse al gusto del momento, y si se le antojaba hacer música, algo engarabitada, al modo

de lo que pedían los enemigos de las dulzuras melódicas, con la salsa de acompañamientos orquestales sencillos y de la misma especie, en su privilegiado cacumen guardaba los medios suficientes a salirse con la suya; pero esto no era ir hacia el wagnerismo, porque en toda la obra de Verdi no hay nada que se asemeje a los procedimientos técnicos del autor de "Tristán e Iseo". Y por lo que respecta al canto voluptuoso de las sacerdotisas de Isis, a las sonoridades guerreras del pueblo de los Faraones y a las misteriosas armonías del Nilo (!), no se ve a Wagner. Que éste, en muchas de sus óperas, pone temas melódicos de intensa pasión, ¿quién lo duda?, que no en vano (y él lo dijo) recibió y acogió gustoso la influencia de Italia y de su música; pero en la totalidad de su labor, en el engranaje y desarrollo de su técnica, de Verdi (no obstante "Otello" y "Falstaff", que representan un positivo avance en sentido moderno) a Wagner existe enorme distancia, quedando, por supuesto, cada uno en el alto lugar que le corresponde.

A la noche siguiente de "Aida" fuí a oír "El barberillo de Lavapiés". ¡Un exitazo! ¡Bien por Barbieri! ¡Bien por esa música bulliciosa, sandunguera, madrileñísima, que chorrea gracia viva y alegra el alma, y que sin trompetería ni el misterio de las armonías del Manzanares, llama al aplauso férvido y entusiasta!

Vaya ahora, para dar fin a este capítulo, algo de

murmuración acerca de cosas políticas, que es una cantata menos agradable que la música de Verdi.

Y ¿qué tenía de extraño que Don Alfonso telegrafiase a su señora madre "aceptando su bendición como de Dios", y sin enviar cariñosos recuerdos a su señor padre? Primeramente, el texto del telegrama lo inventaron los protervos enemigos de la dinastía, y de seguro no concordaba con el original, y además es muy posible que el joven monarca enviara a D. Francisco un telegrama tan expresivo como el dedicado a Doña Isabel, y los supradichos enemigos se lo callaran, con objeto de sacar punta maliciosa a cosa tan natural y sencilla.

Los mismos (siempre dale que le das en lo tocante a poner en solfa a personas que por su altísima posición y linajuda alcurnia debieran ser inviolables) hicieron circular por todo Madrid una correspondencia habida entre Don Carlos, pretendiente a la corona de España, y Doña Isabel de Borbón, que acababa de perderla, en la cual correspondencia Don Carlos ofrecía a su prima un asilo en cualquier punto de las provincias donde todavía él mandaba, para el caso de que la ex reina quisiera volver a su tierra y el Gobierno de Cánovas no se lo permitiese. Porque la señora solicitó de su hijo (cosa muy natural) el retorno a España, y D. Antonio Cánovas del Castillo, contrariando los legítimos deseos de un hijo amante, se opuso a semejante vuelta. Entonces Don Car-

los, aprovechando gustoso la ocasión de meter su cucharada, hizo la mencionada oferta, puesto el pensamiento en el conflicto que se iba a armar si Doña Isabel lo acepta y se planta en España "cabe" la salvaguardia de su pariente. Y a dos dedos estuvo de aceptarlo; como que en una carta decía a Don Carlos: "Sí mi hijo me llama, iré a su lado; si no, aceptaré tu ofrecimiento".

Lo pintoresco de las cosas de la simpatía Doña Isabel, por lo visto, continuaban, no obstante el cambio de régimen, y fué una lástima que se acabaran. ¡Eran tan entretenidas y sabrosas!

No supe de ellas más comentarios porque me vi precisado a trasladarme a París.

CAPITULO XV

El primer Gobierno de la Restauración. Política reaccionaria. — Contra la libertad de la cátedra.—Veinticuatro generales amenazadores.—Ruiz Zorrilla, expulsado de España.—El curita adicto a D. Manuel.—Un ministro independiente. — El duque de la Torre "sabe vivir".

Cosario de mis propios asuntos, tan pronto me llevaban éstos a la gran Lutecia, donde tenía instalada a mi familia, como pedíanme no dejar a Madrid. Acuciado por requerimientos, muy justificados, de aquélla, abandoné a mi pueblo, no sin cierta pena, porque los comienzos del nuevo régimen me inspiraban curiosidad, para ver si lo de la política de "ancha base de Cánovas", y lo de "voy a continuar la Historia de España", eran "jonjana" y "guasa viva", o, realmente, propósito verdadero de respetar algo de lo que dejó la revolución septembrina, en cuanto a libertades públicas, tan a gusto aceptadas por la mayoría de los que deseaban romper los viejos moldes de ab-

solutismo, intransigencia clerical y punto en boca.

¿Punto en boca? Con el pie en el estribo, pues a poco de la llegada de Don Alfonso a Madrid tomé el camino de Francia, y ya dejé al Gobierno metido en la faena de dar disposiciones draconianas contra los periódicos, con lo cual, ¿cómo se iban a censurar, con la dureza que aquél merecía, sus autoritarias cortapisas al derecho de asociación, sus reglas tocantes a los matrimonios canónicos y otras cosas "ejusdem furfuris", que no me cabían en la cabeza, tal su enjundia ultramontana?

¿Quién me dijo, al despedirme, que Orovio, el ministro de Fomento, a cuyo departamento pertenecía entonces el Negociado de instrucción pública, preparaba algo muy grave contra los catedráticos liberales (reminiscencias de los tiempos de Narváez), que en sus clases no se sujetaban a ninguna imposición dogmática? Fué Eduardo Saco, que me prometió escribirme cuanto hubiera de saliente en la política mientras yo permaneciese en París. De él es el trozo de carta que a continuación copio:

"...Y, naturalmente, el "jollín" ha sido "morrocotudo". Nada de gritos y protestas estudiantiles, ni motivo para recordar aquella tonada, que decía:

El ser civil es un placer,
como en la noche
de San Daniel;

porque los estudiantes de hogaño van caminando hacia una flojera que, si persiste y continúa, acabará en total indiferencia. Allá, cuando el artículo de Castelar, "El rasgo", levantaba polvareda, y el rector Montalbán era sustituído por el marqués de Zafra, tenían los estudiantes fuego liberal suficiente para provocar un conflicto al Gobierno manipulado por González Brabo, y hoy ni para encender una insignificante pajuela. ¿Hartazgo de incertidumbre? ¿Un alto en el natural progreso de las ideas, que no van tan de prisa como la luz solar? No lo sé.

Y, sin embargo, causa ha habido para poner el grito en el cielo. ¡Cual la prosa reaccionaria de Orovio cuando los catedráticos de la Universidad de Santiago, Augusto González de Linares y Laureano Calderón, dos hombres eminentes en la ciencia y ambos de reposado juicio, ajeno a bullanga partidista, han proclamado que no están dispuestos a cumplir las disposiciones del ministro, contrarias a la libertad de la cátedra! Por la misma senda han ido Giner de los Ríos, Figuerola, Moret, Azcárate y Castelar; a todos se les ha formado el correlativo expediente, y viva el Gobierno que va a hacer de España un país a la moderna.

No quiero copiarte el "ukase" de Orovio. ¿Para qué voy a hacerte perder el tiempo leyendo el

castellano del ministro, que aguanta la *Gaceta* porque no puede ir en queja a la Academia de la Lengua? Bástete saber, para que comprendas por dónde va el agua al molino, que el nuncio, monseñor Simeoni, se ha permitido, a ciencia y paciencia del Gobierno, dirigir una circular, o cosa así, a sus subordinados, recordándoles que la enseñanza se halla bajo su inspección y la de los prelados diocesanos o sea, "a ti te lo digo, obispo; entiéndelo tú, Cánovas." Pues para hacer pareja al marqués de Orovio, su compañero Cárdenas (no es el de las famosas Ventas), ministro de Gracia y Justicia, se mete con el Jurado. Y ahora ahí te va una noticia sensacional, que prueba cómo este Gobierno restaurador, no obstante sus baladronadas y de dárselas de fuerte y firme, todavía no las tiene todas consigo en punto a su seguridad.

Y consúmete de rabia por no haber asistido a ella. Me refiero a la reunión celebrada en casa de D. Manuel Ruiz Zorrilla, a la que asistieron ¡veinticuatro generales! y una porción de correligionarios tuyos. No quieras saber, querido amigo, los votos y porvidas de aquellos presuntos conspiradores, que, si cuajasen, mal año para Don Alfonso y sus ministros, los cuales se han asustado, porque si esos espadones tienen tras de sí un par de regimientos cada uno, figúrate la que se va a armar. Y que el horno "zorrillesco" estuvo

echando bombas, poniendo a tu amigo y jefe don Manuel tan hueco como el caso requería, lo sé por el curita que le acompaña en clase de persona de su absoluta confianza.

De que se han asustado los ministros, con Cánovas, su orondo jefe, te voy a dar una prueba con el notición a que antes me refiero, y es que el Gobierno ha dispuesto el extrañamiento de Ruiz Zorrilla, no más tarde que inmediatamente; y, en su consecuencia, se ha presentado esta mañana la Policía en casa de tu amigo, conminándole a que por la noche se vaya con la música a otra parte, pues aquí estorba un hombre, como él, que goza de indudable popularidad, y a cuyo domicilio acuden, para rendirle pleitesía política, veinticuatro generales.

¿Creerás que estuve quietecito en mi casa y no fuí a despedir al jefe radical, ex monárquico y hoy furibundo republicano? Pues te equivocas de medio a medio. Fuí en tu representación, aunque no la ostenté por no tener la credencial que la abonara, y me pegué al mencionado simpático curita, que iba, de paisano, al cuidado de D. Manuel, y oí lo que decían a éste sus numerosos amigos, entre los cuales el general Izquierdo, el ídem Lagunero y el brigadier Carmona; pésames por el destierro y alientos para el porvenir. Por supuesto, yo no dije esta boca es mía ni quise unir mi

aplauso al de los concurrentes en el instante del último adiós; primeramente, porque estuve allí sólo para ver lo que ocurría y decírtelo, y después, porque en esto de la política no quiero embarcarme, y así disfrutaré del derecho de pensar por mi cuenta y soltar las frescas que se me vengan al magín, guardando cierta honesta distancia, que dijo D. Cristino Martos, entre tirios y troyanos, aunque claro es que cuando esté todo al tanto de caer, caeré del lado de la libertad.

Y ahora, pásmate. Han ido a despedir a Ruiz Zorrilla D. Pedro Salaverría, actual ministro de Hacienda, y D. Agustín Esteban Collantes. De este rancio conservador, caballero y prócer, que no reniega de sus amistades, no me extraña, pero en cuanto a Salaverría, asistente al Consejo de ministros que acababa de acordar la expulsión de D. Manuel, no me cabía en la cabeza, ni menos que Cánovas, tan duro en lo que toca a subordinación de sus ministros, tolerase aquel acto de su colega. Bien es cierto que empieza a estar de moda que los hombres políticos en público se denigren y en privado se abracen.

Por mi parte, te declaro que me costó trabajo reprimir el deseo que me entró de estrechar la mano del ministro de Hacienda, el D. Pedro Salaverría aquél que cuando estábamos en lucha con el infiel marroquí, y la pérfida Albión nos exigió,

a tocateja, la entrega de unos millones de reales, que la debíamos del tiempo de Mari-Castaña, se apresuró—altivo y señor—a pagar la deuda al contado rabioso, y rechazó la oferta de los banqueros matritenses, que, patriotas, le ofrecieron sus respectivos talonarios, no sin decirle, discretamente, al embajador de Inglaterra que al Tesoro español le sobraban los dineros. Estos rasgos de independencia, el de antaño y el de hoy, me han conmovido, puedes creerlo; y quien me diga que el ministro de las Finanzas, D. Pedro Salaverría, hizo juegos malabares con los números para dar la sensación de que nadábamos en la super-abundancia, le contestaré que más vale decir mentiras que parezcan verdades, que verdades que parezcan mentiras.

Según me ha dicho el curita, adicto servidor de D. Manuel Ruiz Zorrilla, éste piensa establecerse, por el momento, en Bayona; pero yo dudo que el sátrapa que, en nombre de Mac-Mahon manda allí, le deje permanecer tranquilo tan cerca de España. Si en vez de republicano fuera carlista D. Manuel, ya verías cómo el mencionado marimandón le permitía hasta conspirar inclusive, porque la Francia actual tiene tanto de republicana como yo de Simeoni, pongo por obispo.

¿Creerás que aquí he dado fin a mi epístola? ¡Ni mucho menos! Aún me queda, para acabar-

la, darte otra noticia que también "se las trae". Pues sabrás que el capitán general D. Francisco Serrano y Domínguez, ex presidente de la República de guagua, duque de la Torre y conde de San Antonio; este ilustre señor, que viene sonando en España como suena la "hierba betónica", que sirve para todo, se ha presentado en el Palacio Real cuando nadie lo esperaba, y ha tenido larga plática con el joven monarca.

¿Qué se habrán dicho? ¡Qué se habían de decir!

El duque de la Torre, que ya se tenía él tragada la restauración, a la cual ayudó como pudo, porque el divino papel que representaba prohibíale, sin menoscabo de su virginal pureza, echar el pecho fuera y trabajar por Don Alfonso, a las claras, hubiese sido al igual que ir a determinadas situaciones con la capa puesta. En cambio, ya todo arreglado, él estaba allí para..., etc., etc., etc.

El rey, sin duda, le oyó con la habitual benevolencia que dicen es su manera; agradeció el pleito homenaje del general y dió crédito a las protestas de éste al afirmarle que no le llevaba el deseo de ponerse en turno para ocupar el Poder, porque su natural era ajeno a toda suerte de ambiciones.

Oye ahora lo que me ha referido un gentilhombre amigo mío, muy allegado a Don Alfonso. Cuando Serrano salió de la conferencia, el rey

canturreó una copleja que hubo leído en el envés de una hoja de almanaque, que decía:

A mí me llaman Peneque;
señor alcalde, ¿qué haré?
Vaya usted con Dios, Peneque,
que yo lo remediaré.

El resto de la carta de Eduardo Saco, mi corresponsal, se queda para mí solo. ¡Cómo será ella! Aun en la parte que transcribo habrá que perdonar su excesivo desenfado.

CAPITULO XVI

Españoles en París.—El mejor tratado de Lógica, la "Gaceta". — El apisonador, la monja y el adoquín.—La causa de Don Carlos, de capa caída.—¡Siempre el dinero!— Don Carlos se refugia en Francia.—¡La del humo!...

Dar una vuelta por el pasaje Jouffroy; hacer una parada en el próximo café, o arrimarse al corrillo donde, en las escaleras de la Bolsa, los zurupetos negociaban, a grito pelado, los fondos públicos españoles, tan decaídos y míseros que daba pena pensar en ellos, era como hallarse en uno de los mentideros madrileños, pues por cada palabra francesa que se oía, pronunciábanse mil de nuestro abundante idioma, entremezcladas con alguna otra de las que no están en el Diccionario por escandalosas y nada académicas. Ojalateros carlistas, de los que gastaban la pólvora de sus arrestos en salvas a la inmediata victoria; cantonales llorando su no pensado fracaso y en espe-

ra del terremoto político que retrotrajera las cosas al punto de volver, triunfadores, a su querida Cartagena; alfonsinos de los que de buena fe creyeron que, proclamado rey de España Don Alfonso, iban a recibir el premio de su adhesión y aguardaban, incautos, en París, que, como lluvia benéfica, cayese sobre ellos un montón de credenciales de todas clases y categorías.

En el mencionado pasaje tropecé con uno de éstos, antiguo condiscípulo mío, hombre de clarísimo talento, reconocido por tal en los círculos políticos y literarios, luchador infatigable por la causa alfonsina en libros y periódicos, diputado en las últimas Cortes del viejo Régimen y amigo íntimo de todos los personajes, chicos y grandes, que contribuyeron a la Restauración. Le invité a tomar un tente en pié en el café más próximo, para escuchar sus quejas y consolarle.

Estaba desesperado. Si no una cartera, que en aquellos tiempos las poltronas ministeriales no se aparecían detrás de una esquina, una Dirección General no hubiera sido satisfacer a un improvisado, sino premiar merecimientos probadísimos. El fué quien, con riesgo de su persona, llevó y trajo la correspondencia entre los alfonsinos platónicos de París y los que conspiraban de verdad en Madrid; él, quien se entendió con Martínez Campos para decidir en pro de la Restauración a

jefes militares que mandaban fuerzas en el ejército del Norte; él, quien convenció al coronel Borrero para que secundase el movimiento; él, quien fundó en Madrid dos periódicos, que le produjeron dieciocho causas criminales por defender la dinastía caída y la necesidad de restaurarla en el hijo de Isabel II, y él, finalmente, quien, antes que nadie, supo, en París, la noticia de la proclamación de Don Alfonso, por un telegrama cifrado, que se apresuró a comunicar a Elduayen. ¿No eran todos éstos motivos suficientes para darle lo que merecía, según su posición política, sin hacerle aguardar en París el premio, que nunca llegaba, cuando ya encontrábanse con sus prebendas gentes advenedizas, aduladores de última hora, que ni para descalzarle servían?

—La Restauración—decía—fué como el coronamiento de la obra revolucionaria, puesto que había de aprovechar a los que fueron sus más acérrimos enemigos. Hay quien proclama la política hidráulica. ¿Y por qué no la política agrícola?... Rara vez coge la cosecha el que la siembra. Los cucos empiezan las faenas cuando el trigo está en la parva, con lo cual se economizan operaciones exclusivamente reservadas a los gañanes. La *Gaceta* es un tratado de lógica por lo bien que convence. Las situaciones políticas que cuentan con más partidarios y entusiastas corifeos, los pier-

den cuando se les escapa de las manos el uso del papelote oficial... ¿Querrás creer—concluyó mi desmantelado amigo—que Romero Robledo me ha ofrecido, por todo potaje, un destino con treinta mil reales, en Gobernación?

—¿Por qué no acudes a Cánovas?—le pregunté.

—Porque a D. Antonio se le ha subido a la cabeza el humo del Poder, mucho más que cuando carecía del sahumerio con que ahora le atufan sus turibularios, y para llegar a él hace falta congraciarse con Ramón, su ayuda de cámara.

—¿Y a Doña Isabel, de quien tú eras gran amigo, según mis noticias?—insistí.

—¡A Doña Isabel! A Doña Isabel no la hacen caso. Es una mujer encantadora y servicial como nadie es capaz de serlo. Ella pide, se incomoda, grita, y a sus peticiones les da Cánovas carpetazo. Ya ves, ahora está piando por volver a España, y D. Antonio le da con la puerta de España en las narices.

—¿Es ésa la única petición que ha formulado la señora?—interrogué al quejumbroso.

—¿Sabes de otra?—dijo con maliciosa candidez.

—Sí. Por ahí se cuenta que ha solicitado de su hijo el rey de España un título de marqués para Ramiro de la Puente.

—¡Ah, sí! Ramiro Puente, a cuyo padre cierto

condiscípulo nuestro dedicó un vals con letra que decía:

Carabinero
de Real Hacienda
con nombramiento
del rey soy yo...

—No sigas—interrumpí al murmurador—. Don Fermín de la Puente y Apecechea ha sido amigo mío, como también su hijo Ramiro, y, francamente, me duele que...

—Me callo—atajó el preopinante—. Pero te apuesto la cabeza de Romero Robledo a que Doña Isabel se queda con el deseo de hacer marqués a su protegido, como se quedó Marfori sin ser marqués de Loja, y eso que le sobraban condiciones para ello, a creer a la señora.

—Pues si no tienes de quien valerte para que Cánovas premie tus servicios, olvida la política, ciñe tu actividad a tus trabajos literarios, y resígnate, que la resignación es la virtud de los fuertes. Pero me extraña que te parezca cosa rara el triunfo de los ventajistas de la política, semejantes al apisonador y la monja del cuento. ¿No lo recuerdas?

—No lo recuerdo. Venga de ahí.

—En el patio de cierto convento hallábase un ganapán, fornido y nervudo, metiendo en caja, merced a un gran pisón de madera y a puros golpes, varios adoquines que se habían salido de su

sitio, y a medida que iba dando sobre el pedrusco, objeto de sus energías varoniles, exhalaba un "jaaá" coincidente con el tremendo porrazo. Testigo de tal faena era una monja, que parecía interesarse por el trabajo de aquel hombre, y en un momento de descanso, mientras él se limpiaba el sudor con un pañizuelo, le preguntó:

—Dígame, hermano. ¿Por qué da ese grito que, de seguro, le fatigará?

—Porque ese grito es la fuerza, hermana Remedios.

—Pues para que no se canse, vamos a hacer un trato... Usted da el golpe y yo pongo la fuerza... Yo digo "jaaá", y usted, duro con el adoquín, hasta que se coloque al nivel de sus compañeros...

Así la política, dije a mi descontento amigo, y otras muchas cosas de la vida, cuando llega lo de "Caballeros, no empujar". Unos dan el golpe y otros, los madrugadores, ponen la fuerza de la monja... Y suelen ser los más gananciosos.

De conferencias estaba la tarde. Así que me separé del alfonsino chasqueado, dí, manos a boca, con otro buen amigo, de la acera de enfrente. ¡Y tan de enfrente! Era Bérriz, el famoso general carlista, consejero áulico de Don Carlos, y, más que militar, un hombre sacudido y de mucho mundo, a quien conocí en Madrid, en casa de Florinda, y que desde el primer momento me fué simpático, por su carácter abierto y campechanote.

Con el señuelo de darme interesantes noticias me llevó a su hotel, me obsequió con unas copitas de Jerez, de las bodegas de su amo y señor, provistas por carlistas jerezanos, y emprendimos la charla.

Estaba tan tristón como aquel de quien me había separado. La causa iba cuesta abajo. Las tropas del Maestrazgo, disueltas. Cataluña, casi pacificada por Martínez Campos; Dorregaray, al cual el señor había tenido preso en Elorrio en casa del vizconde de Biota, ya campaba por sus respetos, y, sin duda, se entendía con el Gobierno usurpador (el de Don Alfonso) por medio de Fernando Adelantado. Los comisionados de la provincia de Alava fueron a decirle a Don Carlos que convenía hacer la paz, porque si no iban a perder sus fueros, y por el mismo camino, seguramente, irían los de Guipúzcoa y Vizcaya.

¡Un desastre! ¡Como que si no se lograba levantar el espíritu de las tropas del Norte, todavía fieles a la causa, Don Carlos veríase obligado a traspasar la frontera, perdida la batalla y la esperanza de ser rey de España.

—¿Y cómo se levanta ese espíritu?—pregunté a Bérriz.

Pues con dinero, porque carecemos del suficiente para mantener nuestro aguerrido ejército, y a eso vengo. Si puedo llevar al rey cuatro o cinco

millones, nos hemos salvado. Y usted me viene que ni pintado.

—¡Yo!... Lo siento mucho, pero más de cien francos...

—No es cosa de broma—dijo el carlista, muy enfurruñado—. Usted es muy amigo de Adolfo Calzado; éste, a su vez, de unos banqueros, de los cuales dispone, y si Calzado quisiera...

—Pierde usted el tiempo, amigo Bérriz. Ni Calzado querrá, ni la plaza está hoy para levantar ni un franco en favor de Don Carlos.

—¡Qué pena, querido amigo! ¡Cuando, acá para "inter nos", y en secreto, le diré a usted que una división entera de las que están en el Norte se va a pasar a nosotros con armas y bagajes!

—¡Bah! Esa división será con la que cree contar D. Manuel Ruiz Zorrilla—esto no se lo dije a Bérriz, pero lo pensé.

—Créame usted, y es preciso que usted me ayude...

—Permítame, amigo Bérriz, que me sienta liberal y casi alfonsino. Mi ayuda y la carabina de Ambrosio corren parejas; pero aunque así no fuese, jamás cooperaré al triunfo de las ideas que usted defiende. ¿Qué dirían de mí todos los demócratas españoles que acechan mis actos?

A los pocos días de esta plática entre el carlista Bérriz y mi humilde persona, el general francés Pourcet recibió una carta de Lizárraga dicién-

dole que Don Carlos pedía hospitalidad a Francia, y en Francia entró casi como triunfador; tal recibimiento le hicieron (según supimos en París) los "carcundas" que en Bayona y sus aledaños pululaban.

Yo.—¡La del humo!...

CAPITULO XVII

Danza de millones.—Dinero llama dinero. ¡Quién pudiera echar una siestecita!—La muerte de Jorge Sand.—Cartas de España. La destronada se repatría.

Vamos a referir a mi periódico de Méjico lo que acontece en Francia, primero, y después entraremos con España.

¿Cosa resonada en París? Pues la boda de una hija del barón de Rothschild con otro Rothschild. Aunque algo atrasada esta noticia, no quise dejármela en el tintero, porque dar cuenta al pío lector de lo tocante a los multimillonarios produce cierta curiosidad admirativa en el que se va enterando del suceso, y, a la par, piensa cómo es posible reunir tanto dinero (la fruslería de doscientos millones en francos llevó en dote la muchacha), de qué manera se conserva y cuál el modo de que crezca.

La busca y captura del primer millón es asunto peliagudo, que muchos emprenden y casi todos

se suelen quedar con las ganas (en la "estocada", según cierto conspicuo magistrado). Un remedio hay, como reza la conocida seguidilla popular:

Si quieres que el dinero
nunca te falte,
el primero que tengas
nunca lo gastes.

Pero como es imposible no gastar el primer dinero que viene al bolsillo, llegue de dondequiera que sea, el conservarlo y que luego críe, es un arte que pide muy clara luz en el entendimiento y mucha firmeza en la voluntad.

Así, los Rothschild, desde el fundador de la dinastía, Anselmo, en 1742, hasta nuestros días. ¡Que hace falta, además de la luz y la fuerza, perseverancia, intención adquisitiva, ciega fe en el éxito y un fin invariable, cual es el de la conquista del dinero! ¿Quién lo duda? Esa familia feliz ha sumado tales excepcionales aptitudes suyas, y, mediante las mil combinaciones que habrá puesto en planta durante el tiempo, tan socorrido para el que sabe aprovecharlo, consiguió llevar a sus arcas las riquezas que paraban mal en otras menos seguras.

Los codiciosos de la dicha ajena, de esos a quienes la envidia muerde y consume, dicen que, aun cuando los Rothschild hayan empleado los procedimientos más suaves y dulces para enriquecerse,

y sin arrimarse jamás al cohecho prevaricante, siempre quedará alguna nubecilla que no se pueda disipar, y añaden que esos multimillonarios, con todo su inverosímil caudal, no pueden equipararse a ningún bienhechor de la Humanidad, y menos a los grandes capitanes, a los sabios descubridores, a los pensadores sublimes, y ni siquiera al inventor del bicarbonato de sosa.

¡Pero venid acá, ignaros de la cabeza a los pies! ¿No es obra humana atesorar millones? ¿Creéis que los Rothschild los han tenido en la cueva, horros de polvo y paja? ¿No los han hecho rodar de un lado para otro, ateniéndose a la ley económicopolítica que se llama "circulación de la riqueza"? ¡Censuráis lo de "auri sacra fames", como si el insaciable afán del oro no fuese uno de los más poderosos estímulos de la vida y el mayor acicate para saberla llevar dignamente y sin vergonzosas penurias! Aquello del "Dio de l'or sei d'il mondo signor" es una verdad como un templo. Si no, despreciad el oro, y veréis qué poco os luce el pelo. Yo admiro a esos hombres que han utilizado su talento para envolverse en billetes de Banco, si tal se les antojase, y que, merced a sus energías metálicas, les han facilitado éstas la manera de influir en la mecánica mundial para bien de los pueblos ayunos de pasta monedable. ¡No faltaba más! El que posee dinero ha hecho un esfuerzo para adquirirlo; el esfuerzo significa tra-

bajo, el cual pide y exige la natural remuneración... Pero me parece que estoy haciendo la apología del dinero, y como no es mi cometido, pongo punto a tan importante y ardua cuestión.

El marqués D'Apassano, un familiar de la casa de Rothschild, a quien conocí en Londres, nos llevó a D. Manuel Ruiz Zorrilla y a mí (especial favor que no era a todo el mundo concedido) a ver las galas, los regalos y el ajuar de la que iba a contraer matrimonio, y también por mediación del citado marqués vimos las habitaciones que pronto ocuparían los cónyuges afortunados. Y, en verdad, quisiera tener el manejo y vena envidiables de que gozan los revisteros de salones, festines, saraos y demás bullangas aristocráticas, o que lo parecen, pues aquí vendría como guante a la mano la descripción de las riquezas suntuarias que vimos y contemplamos extasiados. Pero lo que más me llamó la atención fué la alcoba que iban a estrenar los jóvenes esposos, y, en ella, el lecho nupcial. ¡Vaya una pieza a todo embutir! Circundantes colgaduras de raso bordadas de oro, coronándolas un copete con cenefa del mismo metal; colcha pareja a las supradichas colgaduras, y el referido lecho, de una madera semejante a sándalo, con primorosas incrustaciones de nácar, que despedía un tufillo muy tenue, provocador de ideas placenteras. Delante de esta obra de arte nos paramos D. Manuel y yo y se me vino a las mientes

el comienzo de aquella poesía de Abenámar, que dice:

¡Oh, tú, dulce consuelo
de tanto mal como comprime al suelo!
Peregrina invención del hombre rudo.
¡Oh cama virginal, yo te saludo!

Otra de las noticias que debía a mi periódico de Méjico, *La Colonia Española,* era la referente al fallecimiento de Jorge Sand, la cual desgracia hacame reflexionar cuando fuí a poner la pluma sobre el papel. Indudablemente—decía para mis adentros—, en los misterios de la embriogennia debe hallarse un momento de vacilación para decidir, a sabia Naturaleza, si el ser que va a salir al mundo de los vivos tendrá feminidad o masculinilad; y de aquí que si las pesas caen mal, aquel paricipará de un doble carácter, tirando a varón o ahembra, a medida de las circunstancias. Acontece, a las veces, que el fiel del peso oscila: cuando va hacia varón, si el privilegiado mortal que de est duplicidad goza tiene talento, pasma a las gents y deja tamañitos a sus conciudadanos; pero s tira hacia la hora femenina, se entrega a los dequios del sexo que más apremia.

He aquí l caso de Jorge Sand, que no es exclusivo de Fancia. Se llamaba Aurora Dupin, descendiente, nda menos, que de Augusto II de Polonia, y se csó muy joven con el barón Duvenant, a quien abadonó muy pronto, porque, sin duda,

no sentía los goces del hogar. Lo que sintió fué un desenfrenado pujo de ser literata, y se lanzó a esta honrosa profesión, para lo cual la divina Providencia hubo de dotarla de extraordinarias aptitudes. Pero le llegó el instante de "apremio" a que me refiero al final del párrafo anterior, llamó a su puerta el aldabón de la feminidad con secos y repetidos golpes, y quedó Jorge Sand arrinconado, apareciendo en su lugar Aurora Dupin, acuciada por el exigente predominio de su mitad sexual.

Ya este predominio no la abandonó más que en breves y contadas ocasiones, y buena administradora de sus potencias y sentidos, dióle maña para que alternasen las letras y el amor; feliz copulación que quizá sirviera para que las obras de la célebre literata resultasen como vividas, aun cuando algo tocadas del romanticismo dominante y acaparador cuando Jorge Sand empezó a escribir. Y cuenta que no es censura solapada lo de "feliz copulación", porque no creo incompatible el amor y las letras en las hembras similares a Jorge Sand; antes por el contrario, entiendo que la variedad de experiencias eróticas vigoriza el pensamiento y da mayor realce a la obra literaria.

Citando y analizando las de Jorge Sand, este aserto quedaría bien probado; pero abríame de llevar a ser crítico de ellas y, al mismo tiempo, a mezclar la crítica con la biografía de la famosa

novelista, tarea muy ajena a mi propósito. Y, sin embargo, este trabajo me resultaba verdaderamente tentador. Fuera parte de que las novelas de Jorge Sand merecen detenido análisis, tanto por su mérito intrínseco como porque reflejan algo del espíritu de su época, y también muestran la influencia del medio en que ella hizo cada uno de sus libros, las andanzas y la vida de Jorge Sand forman una novela de muy diversos panoramas, todos interesantes. Lo grave del caso sería que del relato de las mencionadas andanzas resultase vituperio contra la moralidad de ancha manga de la eximia escritora, aun contando con que bien hubiera podido perdonar el coscorrón por el bollo, y, además, pasando por alto lo que se susurró en París, "sotto voce", acerca de la pelea de Jorge Sand con Alfred de Musset, con motivo del famoso cinturón que usaba Juno cuando subía a la cumbre del Gárgaro, por veleidades de su divino esposo.

Renuncié, pues, a meterme en estas honduras, y me olvidé de Amanda, Lucila, Aurora Dupín.

Mucho contribuyó al olvido una carta de España que acababa de llegar a mis manos, alguno de cuyos párrafos copio a continuación:

"Tu suegro sigue desterrado en Lisboa. En cuanto a tu persona, excuso decirte mi alegría cuando supe que habías salido de España y te hallabas en ésa libre de cachos, o sea lejos del alcan-

ce de la "justicia histórica, como llama Romero Robledo al conjunto de jueces, Guardia civil y corchetes que cuida de nuestra tranquilidad y de la del régimen que nos ha traído Martínez Campos. También celebré tu feliz idea de salirte de la gusanera monárquica por la vía acuática, no obstante el susto que te dió el Golfo, que cuando se le hinchan las narices hay que verlo. Temí que reincidieses en las andadas y que hicieras otra vez la travesía del Pirineo, por lo peligroso que hubiese resultado para tu sosiego un tropiezo en cualquier camino con una pareja de la Benemérita. Por fortuna, al embarcarte en la Barceloneta sacudiste el polvo de tus sandalias y tendiste el vuelo hacia esa tierra francesa, de donde te aconsejo que no salgas para volver a la que es nuestra, sino cuando hayas abandonado tus fieros instintos revolucionarios, cantando, a la par, una palinodia honrosa que signifique "no lo haré más". A Cánovas se le quitará un peso de encima cuando sepa que te has retirado a la vida privada.

Y ahora, "agárrate" para enterarte de la siguiente noticia: Doña Isabel, después de muchos dimes y diretes, vuelve a España."

Detalles, en la próxima carta. Que esperé con impaciencia, y que prometo transcribir a los que tengan paciencia para leer estas páginas.

CAPITULO XVIII

La ex Reina Isabel II vuelve a España. La reciben Alfonso XII y la princesa de Asturias, la actual infanta Isabel.—La entrada de la ex Reina en Madrid.—Marfori se aburre en Loja.—Alfonso XII, enamorado.—Mamá no da su consentimiento.—Las damas votan por el triunfo del amor; los varones defienden la razón de Estado.—Y Ruiz Zorrilla sigue soñando con la República.

No quiero privar a los lectores de la carta de mi corresponsal, aunque la transcriba a trozos, pues me cuenta cosas cuya escabrosidad detiene la pluma. Decía así:

"Estoy de vuelta, en estos Madriles, de mi excursión a Santander. Me envió mi periódico a presenciar la entrada en España, magno acontecimiento, de la ex reina, y aproveché esta coyuntura para ver de nuevo a Doña Isabel, a quien despedí en San Sebastián cuando la revolución triun-

fante la puso en Francia tan guapamente, a pesar de su deseo de plantarse en su pueblo, muy segura de que éste la aclamaría y todo quedaríase reducido a un cambio de Gobierno, con Serrano, Prim y Topete a la cabeza de él.

Empiezo por manifestar (y que no lo sepa mi periódico, que es de rabiosa oposición al régimen, en general, y a Cánovas, en particular) que Doña Isabel me ha sido siempre muy simpática. Conozco todos sus defectos (¡quién no los conoce!) y sé de coro todas las tonterías que hizo, como también que tuvo rasgos, aunque pocos, de castiza española; pero, ¿fué de ella exclusivamente la culpa? ¿No entró por mucho la educación que la dieron y lo que la zarandearon entre unos y otros para captarse su voluntad "de quiero y puedo", resabiada de la tradición, de la que no pueden en absoluto desprenderse los monarcas que se creen de origen divino o poco menos? Pues si, por añadidura, se tiene en cuenta que la emparejaron con un marido tan para nada, que más servía de esclavo que de señor, y se pone, además, lo que la señora llegó a imaginar, por obra de sus consejeros místicos, en punto a cómo los pecados de los reyes son pecadillos veniales que se perdonan y esfuman con actos de contrición dadivosa, y luego... cruz y patilla y vuelta a empezar, se comprenderá fácilmente que de las faltas cometidas por Doña Isabel hay necesidad de rebajar una no

pequeña parte. Así y todo, la época isabelina me resultó muy pintoresca y propia para regodeo del curioso observador, que mira y deja a los venideros lo que sólo ellos podrán decir, con tino y mesura, tocante a la verdad histórica.

Perdón, pues, por esta digresión, y vuelvo a mi relato, que, como es natural, no se parece al que hice a mi periódico.

La Prensa ministerial y la conservadora han echado las campanas a vuelo. ¡Es tan conmovedor que una madre cariñosa se precipite en brazos de sus hijos, y tanto se multiplica el afecto cuando esos hijos han reconquistado el alto asiento que de derecho les corresponde! Bien lo dijo un periódico moderado desde el punto y hora que se tuvo por segura la vuelta a España de Doña Isabel: "Este acontecimiento era esperado por mucha gente desde el mismo día que siguió al destierro de Isabel II; pero, a partir de 1875, todas las conveniencias aconsejaban su realización."

Y lo de las "conveniencias" salta a la vista. En primer lugar, en momentos difíciles, cuando haya necesidad de echar mano de este o del otro hombre político para resolver graves problemas, la ex reina podrá dar a su hijo oportunos consejos; pues en cuanto al conocimiento de aquellos a quienes tuvo ocasión de tratar de cerca y de estimar sus condiciones, desde el general Serrano hasta D. Carlos Marfori, era muy experta; y en

segundo lugar, los reyes en país extranjero, aunque les hayan pasado las horas tristes del negro pan de la emigración y les sea permitido volver a la tierra ingrata que les arrojó de su seno, hacen mal papel y acaban por "emplebeyizarse".

El día 30 desembarcó Doña Isabel con sus hijas. A las nueve y media de la mañana estaba la escuadrilla a la vista, y dos horas después entraba en el puerto, gallarda y majestuosa, la "Numancia", la famosa fragata donde cayó herido el gran Méndez Núñez. El rey, con la princesa de Asturias; varios ministros, muchos palaciegos y el séquito de las autoridades y aficionados que en estos casos forman muchedumbre, más el pueblo, que ante el fausto suceso prorrumpió en clamorosos y entusiastas vivas, recibieron a las reales personas, en cuyos rostros resplandecía la satisfacción de quien, al fin y por fin, recobra lo que era suyo. ¿Satisfacción? Es poco. La ex reina mostraba en su cara una alegría tal que daba gusto; y ella, tan llana y cariñosa, veíase de qué buen grado hubiera abrazado a cuantos la vitoreaban. Verdaderamente, estos solemnes instantes—ya lo he dicho otra vez—confortan y enternecen a los que son monárquicos de una sola pieza. Algún palatino vi (no le quiero nombrar) que lloraba a moco y baba; y yo, que tengo de monárquico lo que de archimandrita, estuve a dos dedos de soltar un zollipo y dos lagrimillas.

Al cabo (¡loado sea Dios!) tenemos en España a Doña Isabel, a despecho de Cánovas, que ha transigido a no poder más con la vuelta de la señora, aunque con la esperanza de que, pasados los primeros efluvios del corazón de madre y satisfecho el deseo de su hijo, aquélla calentará poco este suelo y retornará a París, dado que el presidente del Consejo de ministros teme cualquier desaguisado, por culpa de la que no puso límite a sus caprichos.

No es grave desaguisado, ni la señora ha puesto en ello arte ni parte; y, sin embargo, a Cánovas le ha sacado de quicio. Figúrate que D. Antonio ha recibido una carta de Marfori que arde en un candil. Este señor (a quien recuerdo por haberle visto muchas veces en su platea del teatro Real, junto a su bellísima sobrina Gloria Castellani, luego esposa de nuestro común amigo Fermín Ortega); este individuo—repito—residía en Loja por orden del Gobierno; de ninguna manera desterrado de Madrid, sino bajo la salvaguardia de su palabra de caballero. Pues harto, sin duda, de estar mano sobre mano en aquel pueblo, va y le escribe a Cánovas, diciéndole, poco más o menos: "¿Qué es esto de tenerme aquí escardando cebollinos? Promulgada la Constitución vigente (que mal poso haya), han quedado derogadas, y sin ningún valor coercitivo, todas las leyes anteriores opuestas a la fundamental y, por

tanto, la suspensión de garantías. El Gobierno, pues, carece de facultades para que yo resida donde él quiera y no en el sitio que me dé la repotente gana, y, en su consecuencia, el buey suelto bien se lame, y me voy a plantar en Madrid o en el lugar que me pida el cuerpo. ¿Estamos?"

Excuso decirte lo que se le ha venido a la boca al malagueño D. Antonio Cánovas del Castillo (que como ocurrente lo es) cuando ha tenido entre sus índices y sus pulgares la carta de Marfori. Algo, muy verde, tocante a no sé qué "pajarillas", y después del desahogo natural ha dicho al interesado que, como las Cortes están cerradas, el Gobierno ejerce toda clase de poderes, y, por consiguiente, las garantías siguen en suspenso. ¿Qué te parece esta salida de pie de banco? Verdad es que para quien han inventado la teoría de partidos legales e ilegales, y aquello de la Constitución interna, una teoría más, aunque sea traída por los cabellos, ¿qué le importa?

Acerca de este incidente, que está dando juego, se ha levantado gran polvareda en la Prensa. Por mi parte, he hecho un artículazo de oposición al Gobierno (¡y en favor de Marfori!), que ha levantado roncha. Ya te lo enviaré. Ignoro si después de la paulina con que le ha rociado D. Antonio se atreverá Marfori a abandonar su residencia de Loja; y si de mí dependiera y él se atreviese a desobedecer al "monstruo", como han da-

do sus incondicionales en llamar a Cánovas, reuniría a unos cuantos amigos para hacerle una ovación callejera.

Y vaya un chismecillo. Se dice que el Rey está enamorado de su prima Mercedes, una muchacha guapa, simpática y con el donaire propio de la tierra que la vió nacer; y se añade que el padre de la joven, aquel famoso duque de Montpensier que tanto hizo por echar del trono a su cuñada para ocuparlo él, ya residente hoy en España y en su palacio de Sevilla, mira con buenos ojos la boda de su encantadora hija con Don Alfonso; pero la Reina madre, que aún conserva el resquemor de los disgustos que la proporcionó el marido de su hermana, se opone rotundamente a tal coyunda, con el pretexto de que el Rey de España debe casarse con una princesa extranjera, que le lleve, por lo menos, los buenos oficios y, si es necesario, la ayuda (en cualquier conflicto internacional) del pueblo en que reine y gobierne la familia de la que ha de compartir el trono con el recién coronado monarca español. Claro es que éste procura convencer a su egregia madre, empleando las lagoterías propias del amor, que inspira palabras y súplicas capaces de ablandar las peñas al que de veras siente su perturbador cosquilleo; a todo lo cual, la señora se hace la desentendida, cuando no echa los regios pies por alto (perdón por esta frase irreverente), y emplea el socorrido argumen-

to de "no me place consentir semejante bodorrio". Se cuenta, finalmente, que cuando Don Alfonso rogó a su madre que recibiera al duque, deseoso éste de verla para hablarle del proyectado enlace, ella se cuadró, como en sus buenos tiempos, y exclamó: "Si ese hombre se presenta delante de mí, le sacaré los ojos."

Estos rumores son de tan buena tinta como que llegaron a mis oídos en casa de nuestra amiga Florinda, donde, como tú sabes, se reúnen literatos y políticos de todos colores, pues aquel agradable cenáculo es terreno neutral en que se halla desterrada la más pequeña controversia propicia a rozamientos enojosos, y allí se han formado dos bandos: el uno (coro de señoras), protector de las naturales ansias de los jóvenes enamorados, y el otro (coro de hombres), que mira mucho más a las conveniencias internacionales , como si el ser la futura reina de España prima o hermana del Gran Turco nos sirviese de contrapeso o puntal en un conflicto europeo, si a aquél no le conviene prestarnos su valioso concurso. Pero un día de vos y otro de vuesa merced, se arma en el elegante salón de la sugestiva marquesa, con motivo de este pleito, cada zalagarda que canta el credo; y el coro de hombres, envalentonado porque se susurra que Cánovas (muy al paño) no gusta del connubio familiar, aprieta de firme en pro de la

solución de extranjis, sin que los contendientes lleguen a entenderse..."

Y no acabé el contenido de la carta porque entró en mi despacho Ramiro de la Puente, ya marqués de Altavilla, y me dijo:

—Vengo a despedirme de ti. Me voy a Sevilla.

—¿A Sevilla?—interrogué curioso.

—Sí, a Sevilla.

—Te envidio — atajé al querido amigo—. ¡Quién volviera a ver la airosa Giralda, las bellas márgenes del noble Guadalquivir, y respirar aquel ambiente que vivifica el alma y alegra la existencia! Te envidio, Ramiro.

—No me envidies. Voy a algo muy grave.

—A ver, a ver. Suéltalo.

—Estoy allí citado con Doña Isabel, en el Alcázar, donde ella parará. Y paseando por los salones de la histórica mansión, la señora dará un paso que quizás resulte también histórico.

—¿Me lo quieres confiar?

—Si guardas el secreto hasta que el mundo lo sepa...

—Para guardar un secreto soy arca cerrada, y de siete llaves.

—Pues Doña Isabel piensa dirigir, desde Sevilla, una circular al Cuerpo diplomático extranjero en son de protesta contra la boda del Rey con la infanta Mercedes; pero ese acto resonante no

lo verificará hasta que yo la lleve la aquiescencia de una altísima personalidad. Mañana la tendré, y pasado mañana me voy. ¡Figúrate el escándalo que va a estallar en Europa!... Y la boda, deshecha.

—¿Estás seguro, querido marqués?

—Segurísimo. El mismo Don Alfonso renunciará a la boda, y los buenos españoles batiremos palmas.

Al día siguiente de esta plática, en que procuré no perder nada de mi habitual gravedad, se la referí a D. Manuel Ruiz Zorrilla, el cual canturreó, con música de una zarzuela bufa:

> Que nadie cante victoria,
> aunque en el estribo esté;
> que muchos en el estribo
> se suelen quedar a pie.

—La boda se realizará—continuó el gran conspirador—, y el matrimonio vendrá a París en cuanto triunfe la República.

CAPITULO XIX

El problema social.—La evolución.—Un Congreso obrero en París.—El trabajo de la mujer.—Los primeros balbuceos del feminismo.—Ruiz Zorrilla toma nota.—Noticias de España.—Si D. Manuel es un peligro para Cánovas, las parisienses son un peligro para D. Manuel.

Por la novedad (para mí) del caso, y por lo que pudiera repercutir en España, donde, en la época que voy narrando, ciertas ideas, apenas esbozadas y al punto reprimidas, no pasaban de intentos, dado el ambiente reaccionario circundante al país, cuando los diarios parisienses anunciaron "El Congreso obrero" que se iba a verificar en breve, me propuse asistir a él y no perder sesión.

Embarqué a Ruiz Zorrilla, y juntos fuimos al local señalado para tan importante acto, cuyos acuerdos y consecuencias quizá le sirviesen a aquél para llevar a las leyes sabias disciplinas, cuando vol-

viera a ocupar el Poder como presidente de la República.

—Es curioso—me decía D. Manuel—seguir paso a paso las evoluciones por las cuales ha ido pasando sucesivamente el espíritu moderno, en punto a los remedios más oportunos y eficaces para mejorar las condiciones de las clases trabajadoras, y el proceso de las ideas acerca de las reformas que han de emancipar al proletariado y desvincular la influencia que el capital ejerce y ejercerá en el mundo.

—Ya se hallarán esos medios—interpuse.

—¡Qué sé yo! La ciencia se afana por resolver el problema o, mejor dicho, la batalla entre el capital y el trabajo. A veces parece que se ha tropezado con la fórmula maravillosa: la pacífica discusión se lleva al terreno de la fuerza; el sistema se plantea, y luego la práctica demuestra que la medida adoptada no cura el mal; que es preciso comenzar de nuevo, y que los intereses opuestos siguen en cruda guerra.

—Yo confío mucho en el progreso, que, al fin y al cabo, hará una verdad de la justicia—dije.

—Yo también; pero vamos muy despacio. Vea usted la Historia. En la primera mitad del actual siglo se presentó pavorosa la cuestión social, como consecuencia de las ideas consagradas por la Revolución francesa; y cuando la falta de ar-

monía entre los intereses económicos hacía pensar a muchos espíritus generosos en la necesidad de mejorar la triste suerte de las clases pobres, enalteciendo el trabajo y redimiendo de imposiciones injustas y vejatorias...

—Entonces—atajé—se creyó ver en la "Asociación" la panacea que permitiese al obrero sacudir el yugo que le oprimía, y haciendo del derecho inherente a la libertad humana el "quid divinum" que diera punto a todos los abusos y a todos los males, tanto los comunistas como los socialistas convirtieron en principio político el derecho de "asociación", pretendiendo con él reorganizar la sociedad.

—Cierto; y hasta tal punto llegó esta creencia a generalizarse en Francia, que el año 48 el Gobierno dió dinero para fundar Sociedades de obreros, figurándose que por milagros de la "asociación" se acabaría el antagonismo entre el capital y el trabajo.

—Y aconteció—hablé, siguiendo el pensamiento de D. Manuel—, aconteció que el principio, saludable en sí, porque aumenta la fuerza y multiplica los medios de producción, se desacreditó en cuanto lo desnaturalizaron exagerando sus consecuencias...

—Porque olvidaron—interrumpió Ruiz Zorrilla—los comunistas que las condiciones humanas están muy lejos de su perfeccionamiento, ya que

el carácter de la Naturaleza es la variedad; y los socialistas, que las funciones del Estado no pueden abarcar la vida entera de los individuos, y que la acción colectiva suele carecer de la unidad que el desarrollo de la industria exige.

Haciendo estos argumentos de bajo vuelo, y otros alrededor del mismo asunto, llegamos al edificio en que se iba a realizar el acto trascendental.

El salón se hallaba de bote en bote; gente que en su mayoría quizá fuese obrera, pero que, despojada de la tradicional blusa, y habiendo adoptado un indumento tirando a "burgués", me parecía semejante a la que veíamos a diario en el "boulevard", y que no frecuentaba, por cierto, los talleres.

El elemento femenino abundaba. ¿Cómo no, si se iba a tratar de la emancipación de la mujer? Tema sugestivo, no tan sólo para ellas, sino para mí, que cuando se trata de conceder a las mujeres cuanto pidan y deseen me vuelvo jalea.

En honor de la verdad, no debía de ser muy obreril la mayor parte de las concurrentes al Congreso, porque sus "toilettes", demasiado costosas para lo que pudiera permitir el ahorro de la costurera, que, mediante un franco y cincuenta céntimos (estipendio de aquel entonces), tenía obligación de entregar en el almacén seis camisas de hombre,

hechas y concluídas, daban una idea contraria a la angustiosa penuria.

Quizás, fuera parte de la "emancipación", muchas de las damas que poblaban el Congreso asistieran a él por pura curiosidad, acicate muy femenino y notablemente desarrollado en este París, donde el deseo de ver y oír lleva aparejado el de aprender. La mujer parisiense no gusta de que le cuenten las cosas, sino que prefiere verlas ella misma, y, sin duda por el afán de enterarse, concurre impertérrita a espectáculos en que el rubor se ausenta, prudente, para no estorbar. Acerca de este sujeto, recuerdo las alumnas que asistían al curso de obstetricia, cuyo profesor (un guasón de tomo y lomo) hacía oír a las mencionadas señoritas, que, afanosas tomaban sus apuntes, cosas y consejos que le inspiró la práctica de la vida, salpimentando sus dichos con observaciones que subirían los colores al rostro del menos asustadizo "sergent de ville"; y también se me vino a la memoria las artistas que más de una vez he contemplado en las Academias de dibujo de esta capital, copiando, imperturbables y sin pestañear, la noble apostura de un héroe mitológico, vestido con el ligero traje de nuestros primeros padres. Por fortuna, los tiempos han adelantado mucho, y ahora nadie se asusta de nada.

La primera cuestión que se puso sobre el tapete fué la relativa al trabajo de las mujeres. En ella

tomaron parte dos señoras que ya habían doblado el cabo de la primera juventud. Sus discursos fueron dirigidos hacia la necesidad de favorecer a la obrera, que no podía vivir con el mezquino salario, remuneración de su trabajo, dada su desventaja frente al hombre ejerciente de oficios y labores más propios del sexo débil, y dada también (¡ahí les dolía de veras!) la competencia que hacen los establecimientos religiosos, con los cuales resultaba imposible la lucha individual, por la enorme baratura de sus productos.

Acerca de este punto tan importante, la Comisión nombrada al efecto acordó formar talleres destinados a contrarrestar la susodicha competencia de los establecimientos clericales, insistiendo también en la urgente necesidad de que la mujer reciba una instrucción más sólida, y en que el hombre abandone a la mujer funciones que le son impropias.

Ante semejante acuerdo del Congreso obrero, las señoras y señoritas que estaban en el salón prorrumpieron en aplausos.

¡Y tenían razón que les sobraba! ¿Quién les mandaba a los barbudos varones apropiarse de oficios y ocupaciones hechos para manos delicadas y no para las suyas, duras y aspérrimas? ¿Con qué derecho usurpar labores que su galantería debiera dejar al sexo femenino?

—No se contentan—me decía una de las asistentes, con la cual pegué la hebra—, los muy desalmados, con ejercitar trabajos que a nosotras sentarían mejor, sino que también se meten en corral ajeno, y se ponen bonitamente en ridículo pespunteando una camisa o haciendo vainica, y dándole que le das a la Singer de alquiler.

—Habla usted como un libro, señorita—dije a mi vecina de localidad.

—¡Qué mucho—continuó—asistamos a Centros docentes, sean de la clase que sean, para instruirnos y desempeñar oficios antes exclusivos del hombre, si éste ha comenzado por dar el mal ejemplo de la intrusión!

—Y, además—insinué—, deben ustedes pedir voto en los comicios y asiento en las Cámaras.

—Eso llegará—me contestó—. No le quepa a usted duda. Se dice que en algún Estado de América se hallan las mujeres a dos dedos de conseguir lo que aquí, en Francia, parece tan difícil; pero ya el impulso está dado y ello es cuestión de años.

—Quizá esta individua sea profetisa, como la sibila griega—dijo Zorrilla, al paño.

—Mejor, D. Manuel—interrumpí—, porque la sibila griega era vieja y fea, según los clásicos, y esta francesita, que tan suelta tiene la lengua, es joven y guapísima, según mi opinión.

—De todas suertes, bueno será que tomemos

nota de lo que hemos visto, sin olvidar lo que hemos oído, respecto a la representación directa del proletariado en el Parlamento, las Juntas sindicales, las Cajas de retiros y la enseñanza profesional; porque, o mucho me equivoco, o eso lo hemos de ver en nuestra España, tan propicia a imitar todo lo que procede de extranjis.

—Más lo malo que lo bueno—añadí.

Iba cayendo la tarde de un día por extremo caluroso, y salimos del sitio donde, sudando a cántaros, peroraban los mantenedores y mantenedoras de la regeneración de la clase obrera. No muy lejos hallábanse los Campos Elíseos, bajo cuyos árboles, en un "restaurant" que allí se parecía, nos propusimos respirar aire más puro que el del local que habíamos abandonado.

—Noticias de España — me dijo D. Manuel cuando nos sirvieron unos apetitosos refrescos, que llevaron mi memoria a la horchata y las horchateras de marras.

—¿Importantes?—interrogué.

—Curiosas. Verá usted. Por conducto de mi banquero Abaroa he recibido esta mañana una carta de Escoriaza en que me dice que Romero Robledo y la taifa que le rodea, los ministros todos, me tienen un miedo que no les llega la camisa al cuerpo. Ven mi mano donde se imaginan más seguros, y temen que la chispa revolucionaria salte de un momento a otro. Al pobre brigadier Villa-

campa le han querido prender; pero, por suerte suya, nuestros amigos le avisaron el peligro y puso pies en polvorosa. ¿Qué le parece a usted?

—Pues me parece—respondí—que será preciso buscar alojamiento para Villacampa y para cuantos sean sospechosos de zorrillistas y se puedan escapar de las garras del Gobierno de Cánovas. Afortunadamente, París es grande y todos caben. Digo en París o en otra parte; porque, según nos ha comunicado Gambetta, el Gobierno de Mac-Mahón nos echará de Francia cuando menos lo pensemos.

—¿Se va a atrever a semejante desafuero?—dijo Ruiz Zorrilla muy ceñudo, como en los momentos de mayor enfado.

—¡Bah!—dupliqué—. ¡Va a tener el atrevimiento, según se murmura por ahí, de proclamarse emperador de los franceses!

Descendieron entonces de su "milord", y se sentaron junto a una mesa cercana a la nuestra, dos elegantes "cocotas", y la plática de la política se la llevó el diablo. ¿Qué habíamos de hacer sino contemplar y extasiarnos ante aquel par de estupendas bellezas, que quizás nos enviaba el Malo para que huyesen de nuestra mente las ideas de revolución cruenta y feroz?

—En realidad—habló D. Manuel, después de la muda contemplación—, estas mujeres parisienses son capaces de...

—Créame usted, mi querido jefe—terminé interruptor—: aquí del estribillo que anoche oímos en Folies Bergère a aquel ganso cupletista:

Tant que la terre sera ronde,
tant que le monde tournera,
les femmes, les femmes, les femmes.
Il n'y a que ça.
Il n'y a que ça.

—¡Hombre! ¡Nada más que eso!—corrigió, digno y severo, el jefe del partido republicano español.

CAPITULO XX

Repatriación. — La situación en Francia.— Madrid, desconocido.—El Casino y la chirlata.—Las "Cucas".—El juego, afición favorita de los madrileños.—En la próxima crónica "cotillearemos", lector.

Hallábame con toda mi gente en la estación, prontos a tomar el tren que había de conducirnos a España, ya obtenida la venia del Gobierno de Cánovas para volver a la madre patria, sin temor a tropiezos con la Policía. A despedirme fueron los amigos que en las horas nocturnas frecuentaban mi modesta casa del boulevard Saint-Michel, y hablábamos de los últimos acontecimientos y de las preocupaciones que eran, en aquellos días, objeto de comentarios de los parisienses.

¿En qué iría a parar la lucha entablada entre el mariscal Mac-Mahón y los republicanos? ¿Atreveríase éste, teniendo en su mano al Ejército, a dar un golpe de Estado proclamándose emperador, a imitación de Napoleón el Chico, o entrega-

ría el Poder al representante del legitimismo? A creer lo que me dijo Gambetta, ni dudar un solo instante del triunfo definitivo de la República democrática; pero sus enemigos, legitimistas, bonapartistas y clericales, apretaban de firme, azuzando al mariscal para que echase las tropas a la calle, e implantara una dictadura que diese tiempo a establecer la forma de gobierno menos bullanguera y más guardadora del orden y de la paz, a que aspiraban las clases conservadoras, por supuesto hostiles a la República.

—A los republicanos les falta ahora la fuerza y el prestigio que les daba Thiers, cuya muerte ha sido una enorme pérdida para la gran masa liberal de este país—dijo uno de los concurrentes.

—Tienen a Gambetta—corregí pronto.

—¡Thiers! ¡Insigne patriota! ¡Qué bien nos vendría en España un hombre así!—interpuso Fernández de los Ríos, que acudió a darme un apretón de manos.

—A propósito de Thiers. ¿Saben ustedes el epitafio que ha ordenado que se ponga sobre su tumba?—intercaló Laureano Calderón.

—Sí: "Dilexit patriam, veritatem coluit"—apuntó Aníbal Alvarez Osorio.

—Pase lo de que amó a su patria, que en esta afirmación no hay falencia; pero en lo de que rindió culto a la verdad, hay mucho que hablar—me permití corregir.

—Evidente—habló Fernández de los Ríos—. Los españoles le deben agravios. Dijo que el 2 de Mayo fué una acción heroica del ejército francés; que los desarrapados que combatieron en Bailén fueron cuatro contra uno, y, por este estilo, nos ha puesto verdes. Por eso yo corregiría su epitafio diciendo: "Amó a su patria, pero se echó a la espalda la verdad."

—Por lo tocante a los epitafios hay que dejar que cada cual mande poner en el suyo lo que se le antoje. Yo he visto uno en el Père Lachaise que es el colmo de la adulación póstuma, y que decía: "Aquí yace un amigo de Mirabeau."—habló Nicolás Mejía.

—Además—añadió Calderón—, no olvidemos que la "severa" Clío no tiene de "severa" más que el nombre poético; y así, cada historiador hace de ella lo que le place, poniéndose en el punto de vista que conviene a sus paisanos. Para nosotros, Murat y sus soldados, un atajo de crueles y sanguinarios invasores, y para Thiers, una partida de ángeles.

—¡Claro!—rezongó uno de los presentes—. Dejemos a los voceadores callejeros franceses que digan pestes de España, que ya se encargarán sus similares españoles de darles la pareja al revés. "Que en este mundo traidor—nada es verdad ni mentira:—todo es según el color—del cristal con que se mira"—concluyó el ex capitán Benedicto,

que se sabía de memoria muchas de las poesías de D. Ramón de Campoamor.

Y digo concluyó, porque en esto ya iba el tren a ponerse en marcha y nos precipitamos a nuestros asientos.

Como temí, había perdido mi pueblo mucho de su antiguo carácter. Hasta el Casino, mi habitual refugio para gastar las horas ociosas y gustar de la comidilla picotera que el suceso diario proporciona, con su mudanza del viejo caserón prócer, situado frente a la calle del Lobo (aún no se llamaba de Echegaray), a un piso de la casa de la de Alcalá que hacía esquina a la de Sevilla, me pareció al igual de un individuo que se quita el frac y se pone una chaqueta. La mansión era pequeña y algo destartalada; pero, en cambio, ¡vaya un modo de danzar las pesetas de un bolsillo a otro en la sala donde campaba a sus anchas el treinta y cuarenta!

Cuando dejé a Madrid el año 1873 funcionaban dos o tres casas de juego, donde los aficionados tenían cierta vergüencilla de entrar de día, y aguardaban a la noche como cómplice del atrevido paso. De menos fuste o, mejor dicho, de indecente tapadillo y a espaldas de la Policía, decíase de chirlatas en las cuales se desvalijaba con trampas al infeliz que, conquistado por un "gancho", caía en algún tugurio de esta especie.

Por cierto que un amigo mío, muy tocado del

vicio que ha hecho popular a Jorge, el de la oreja, dió en una reunión de ladrones, no sospechada de chirlata, y, tras de perder su dinero, la Policía, haciendo irrupción en el local, le llevó, junto a varios "puntos" más o menos figurados, a los sótanos del ministerio de la Gobernación. El susto y desavío de mi susodicho amigo, temeroso de que al día siguiente los periódicos diesen cuenta del suceso con los nombres de los cogidos en el garlito chirlatero, fué tremendo, y ante tal conflicto, ¿qué hace? Pues sin decir su nombre pidió con premura que le condujeran a la presencia del ministro, de quien decíase secretario particular. La entrevista de los personajes de esta exactísima historia (los dos me la contaron) fué curiosa.

El ministro.—¡Pero, hombre por Dios! ¡Que no te has de corregir de esa maldita afición!

El secretario fingido.—Chico, te prometo que no lo haré más.

El ministro.—Lo peor es que has inventado una mentira que me pone en ridículo, porque todo el mundo sabe que no eres mi secretario.

El secretario embustero.—Pues di que lo soy, tan particular, que nadie se ha enterado.

El final de este incidente fué que el ministro mandó poner en libertad a los "puntos" compañeros de mi amigo, y en gracia a echar tierra al asunto, la Policía dejó tranquilo al dueño de la chirlata por aquella vez.

Cuando, muchos años después, ya ministro el que se fingió secretario del que lo fué, me refería el lance, no se lamentaba de la pérdida de su dinero, sino de que, al salir del chiscón conducido por los polizontes, y como se hubiera formado un corrillo de gente, alguien de los curiosos gritó a voz en cuello: ¡"Llevan preso a...", y aquí su apellido, que callo, porque si el hecho no causa infamia, lo discreto es no decir el nombre del individuo, que luego se hizo popular.

También existía en aquel tiempo una casa que se llamaba de las "Cucas", la cual no tuve ocasión de visitar, y lo sentí, porque, según mis noticias, era un cuadro perfecto de lo picaresco, acomodado, naturalmente, a la época moderna. Casa bien arreada, de lujoso mobiliario, cuyas dueñas, dos mujeres aún apetecibles, entre las cuarenta y las cincuenta primaveras, disponían, para hacer grata y al par provechosa la tertulia, de muchachas jóvenes, guapas y amables, que daban palique a los caballeros, casi todos de edad provecta, reclutados por las "Cucas" famosas al objeto de llevar "parroquianos" a este pintoresco sanedrín.

¿Nefandos conturbenios ni aun de entre puertas? Nada de eso. Poníase sobre la mesa flamante, en medio del salón, un tapete de paño verde, y empezaba a funcionar la "banca" (habitualmente jugábase al "monte"), llevada por uno de los concurrentes, quizás de "consorcio bancario" con

la "Cuca" número uno, la que parecía ejercer cierta jefatura. Los caballeros asistentes al cotarro, que iban a ver si aumentaban su peculio, hacían poco caso de las señoritas; los buscones colocábanse entre el tapete y las faldas para estar a lo que cayese, y ellas, jugando con el dinero extraído del bolsillo ajeno mediante una prometedora y aquiescente sonrisa, lograban utilidad indudable, porque si perdían era en beneficio de la "Cuca" banquera, su contratista, y si ganaban, ¿cómo no partir con el generoso consocio que puso el capital? Estas noticias, junto a otros detalles donde iban sucesos propios para inspirar novelescas narraciones, me las refirió Fernando Adelantado, dándome también los nombres de los socios del "Club de las Cucas" (situado, si no recuerdo mal, en la calle de Cedaceros), la mayor parte muy conocidos en Madrid.

Pero, ¿qué decir de esta casa de juego, donde dos mujeres listas, poniendo como en mancuerna la "tafurería" y el lupanar, ambas "instituciones" vestidas de limpio, explotaban a los incautos; dos mujeres que, al fin y al cabo, figuraban en un bajo nivel moral al que no se le puede pedir refinamientos de delicadeza? Yo he visto en una casa de gente principal y cuellierguida, a la que asistían personas de su misma laya, colocar sobre la espaciosa mesa del comedor, no el tapete de paño verde, sino uno de hule, donde iban marcadas las

casillas características de la ruleta, con la central cazuela giratoria para que la bola, diestramente meneada, caiga dentro del número de la suerte, y allí los contertulios jugarse los cuartos, pero (caso de previsora disciplina) pagando al banquero, por el derecho de tallar y de poner el fondo, el "tanti cuanti" correspondiente a la casa, lo mismo que en la de las "Cucas" vitandas. Indudablemente, el juego es el gran nivelador de las clases sociales, y de la propia manera arriesga sus monedas de cobre el menestral en una timba de baja ralea, que el señorío, o que de él presume, en los dorados salones de Monte Carlo.

Por fortuna de la buena fama de la mansión semiaristócrata a que acabo de referirme, de ella no salieron suicidas. En cambio, y por causa de irreparables pérdidas, del Casino salieron dos queridos amigos míos. El uno se levantó la tapa de los sesos junto a las tapias del Retiro, y el otro, en el hotel de donde era pensionista. Por cierto que el primero se metió en el bolsillo dos revólveres cargados, por si uno de ellos le fallaba. ¡Tendría gana el hombre de irse al otro mundo!

De lo que se "cotilleaba" en Madrid hablaré en el siguiente capítulo, que éste va resultando demasiado extenso.

CAPITULO XXI

El mundo teatral madrileño.—Muerte de los maestros Skoczdopole, alemán madrileñizado, y Oudrid, insigne jotero.—Premio de un clac para uno de los innumerables autores de "Por seguir a una mujer".—La aparición de Julián Gayarre.—"Los sobrinos del capitán Grant".—Un rato de "cotilleo".—Alfonso y Mercedes.—Los "amargaos".

Al día siguiente de llegar a la villa y corte me enteré de que dos íntimos amigos míos, el maestro D. Daniel Skoczdopole, y Cristóbal Oudrid, también maestro en el bello arte, habían fallecido. Por la desaparición de ambos sentí igual pena, pues ambos me recordaban gratas impresiones imborrables en mi espíritu, tomado de la monomanía de la música.

El primero, con quien hice amistad estrecha por medio de su hijo Daniel, mi condiscípulo en el Colegio de D. Luis García Sanz, habíame pro-

porcionado momentos deliciosos durante los años en que fué su padre director de la orquesta del teatro Real. ¿Qué digo director? Creador, organizador; porque con una paciencia del martillo sobre el yunque (no en balde era alemán) formó poco a poco un conjunto de músicos dignos de igualarse (y no perder en la comparación) con los mejores componentes de las orquestas europeas, sacando de ellos lo mucho bueno que en sí tenían. Yo le he visto en los ensayos, al descifrar por primera vez una obra difícil y enrevesada, sufrir las impertinencias del concertino irascible o del clarinete nervioso, que achacaban al autor de la ópera la nota musical disonante que era puro error de copia, y D. Daniel, con su cachaza de siempre, enmendar la "particella", y vuelta a coger la batuta.

Le conocimos gracias a D. José Salamanca, que tenía tino especial para descubrir el artista de mérito. El, banquero, comerciante, manipulador de números y de millones; enamorado de las novedades que significaban civilización y progreso, pero a la par hombre de gusto exquisito y prócer de los pies a la cabeza, en Praga vió a Skoczdopole, se percató de lo que valía y le trajo a Madrid, para que al punto llevase al pentagrama aquella musiquilla a cuyo son bailaron la Guy-Stephan y la Fuoco, dos bellezas, de las cuales una de ellas, la segunda, "arbiter elegantiarum", puso en Madrid la moda hasta en el peinado, que se llamó "a la

Fuoco", de que hacían ostentación (como hoy de los aladares) todas las madrileñas que se estimaban.

No hay para qué decir que el buen alemán, al poco tiempo de estar en Madrid, se prendó de él, a pesar de sus defectos de poblachón manchego; y si su rostro barbudo y seriote no rimaba con el de cualquier indígena nacido en la calle de Embajadores, su espíritu, su alma, empujada por el estro castizo de esta tierra, se impregnó de su aire juguetón, como si la musa española hubiese querido darle carta de naturaleza y sello de ciudadanía. Lo he contado otra vez y no me cansaré de repetirlo, rindiendo homenaje de gratitud a todo extranjero que se arraiga en la villa y corte y no quiere salir de ella. ¿Quién dirá que el "Jaleo de Jerez" (y otras tocatas que yo le oí en el piano, y que quizás hayan quedado inéditas) es original de D. Daniel Skoczdopole? El "Jaleo de Jerez", intercalado (no todos sus compases) en una mezcolanza de aires españoles que hoy suele tocar la Banda Municipal, tan admirablemente dirigida por el maestro Villa, daría derecho a otorgar al hijo de Bohemia (el pueblo, no la cursi sociedad parisiense donde se movió Murger) título de paisano nuestro, y quizás un busto en cualquiera de las hornacinas con que se adorne el teatro Real.

Durante treinta años estuvo al frente de aquel núcleo orquestal, del que salieron notables profe-

sores, y por sus manos pasaron cantantes como Mario, Adelina Patti, Bettini, Ronconi, Selva, Boccolini, Salas, Tamberlick y otros muchos. Yo le oí decir al gran Verdi, cuando vino a Madrid, a presenciar el estreno de su ópera "La força del destino", que Skoczdopole podía codearse con los más famosos directores de orquesta alemanes e italianos.

Pocas horas después de la muerte de Skoczdopole ocurrió la de Cristóbal Oudrid. Le conocí en casa de Teresa Rodajo (la discípula predilecta de Eslava), donde se reunían los músicos más notables de aquella época, y aunque mucho más viejo que yo, pronto hicimos amistades. Le halagó mi atención admirativa cuando ponía sus dedos sobre las teclas del piano, obedientes a su pasmosa agilidad, y no escatimaba la repetición, a mi instancia, de las piezas más sugestivas de sus obras.

El músico de las jotas le llamábamos, porque no sólo en la famosa de "El molinero de Subiza", que celebra la vuelta de García, sino en las muchas zarzuelas que hizo, siempre que ponía una jota veíase en ella la bullanguera viveza aragonesa, como si Oudrid hubiese nacido en Zaragoza, no que en Badajoz. Socorrido es este ritmo que se ha hecho popular, al punto de que no existe músico zarzuelero que, hoy por hoy, no acuda a él para que el coro muestre la nota jubilosa; pero

(dicho sea sin ofender a nadie), a mi modesto juicio, los tres "joteros" cumbres han sido Cristóbal Oudrid, Caballero y Bretón, éste con una sola jota que vale por todas, que se tocará y se cantará mientras la Virgen del Pilar diga "que no quiere ser francesa".

Me contó el maestro Casares, "cómplice" de Caballero en la zarzuela "Las nueve de la noche", que también luce una jota "que se las trae" (modismo chulesco), que D. Francisco Salas fundó un premio, consistente en un sombrero llamado "clac" ("gibus" entre los franceses elegantes), muy de moda entonces, provisto de muelles que al abrirse hacía explosión, para ser otorgado a los maestros Hernando, Barbieri, Inzenga, Gaztambide y Oudrid, autores del disparate cómico-lírico "Por seguir a una mujer"; pero no a la totalidad de la obra, que tanto dió que reír al público madrileño, sino tan sólo a una de las piezas de ella más aplaudida y festejada. Se nombró un árbitro al tanto de que decidiera; éste llamó a capítulo a los cinco susodichos, y declararon que ninguno recordaba en qué sitio del esperpento había puesto su pecador ingenio. Los críticos dijeron que por vergüenza de declararse padres ni siquiera del colodrillo de aquel hijo tan descabalado, y ellos que por no cargar con el "gibus" de referencia. El cual premio fué declarado desierto, y el "clac" explosivo, regalado por Salas a Mariano Fernández, que po-

seía la más rica colección de sombreros extravagantes.

Y vaya de cosas de teatro. Dos acontecimientos importantes durante mi ausencia de Madrid: el estreno de "Los sobrinos del capitán Grant". de Ramos Carrión y Caballero, y el de Julián Gayarre. ¿Acontecimiento importante, más que ningún otro que tocara al arte? La aparición de Julián Gayarre en la escena.

El 8 de octubre se le oyó por primera vez en Madrid, y la sorpresa del público, según me refirieron, fué inmensa. Algún malintencionado, de esos aguafiestas que se perecen por dar falsas noticias, dijo que Julián era un "tenorino" frío de maneras y con escasa voz, y atiplada además; y, naturalmente, los "morenos" habituales del paraíso se prepararon para castigar a aquel atrevido joven, de quien unos cuantos amigos, no muchos, decían maravillas; pero cuando Gayarre dijo "Aquí estoy yo", y oyeron los "paradisíacos" impacientes aquel timbre que modulaba las notas cual si fuesen producidas por el suave roce del arco sobre la cuerda de un violín manejado por Sarasate, la injusta prevención trocóse en aplauso fervoroso, y el que, andando el tiempo, fué mi amigo se ganó el diploma que merecía. Si a poner aquí me decidiera todos los recuerdos que tengo de Julián Gayarre en mi memoria, ocuparía mu-

cho mayor espacio del que debe ocupar este capítulo.

"Los sobrinos del capitán Grant". He aquí un bien que se debe a las novelas. ¡Cuántas gentes han tomado un ligero barniz de ciencias, más o menos exactas, merced al fecundo y vidente ingenio de Julio Verne! Las obras del insigne escritor, repartidas en cuadernos y editadas, si no estoy trascordado, por la Casa de Gaspar y Roig, corrían de mano en mano por la época que voy narrando, y eran pasto intelectual más preferible, para muchos, que los novelones truculentos que nos echaban por debajo de la puerta, y en cuya primera página, o al frente de la obra, veíase una lámina a tres colores, y en ella una escena sangrienta que ponía los pelos de punta, como señuelo en que cayera la suscritora sensible.

Mi compañero, en la Redacción de *El Sainete*, Miguel Ramos Carrión y el maestro Caballero uniéronse para hacer de "Los sobrinos del capitán Grant" un revoltijo cómico-dramático, sacando partido de las estupendas aventuras que describe Julio Verne, y lo consiguieron. Preciosas decoraciones, graciosos episodios, magia a la moderna; el desfiladero de los Andes, el gran cóndor que en el pico y las garras se lleva al hijo del famoso capitán, lucha de buzos en el fondo de los mares, y mil escenas a que asistió todo Madrid en pos de

la novedad interesante y vistosa, que llenó los bolsillos del infatigable Arderíus.

Profeticé a Miguel Ramos Carrión y al maestro Caballero, juntos los tres en el establecimiento de Farrugia, para gozar de un opíparo almuerzo, que casi se tragó solo el insigne músico, "gourmand" y "gourmet" de cuerpo entero, les profeticé, digo, que "Los sobrinos del capitán Grant" perdurarían, sustituyendo a "Los polvos de la madre Celestina" y a "La pata de cabra", y así ha sucedido, pues sobreviven a sus autores, y aun hoy saborea el público la obra inspirada en Verne con menos lujo que cuando, a mi vuelta de París, me llevó Arderíus a su teatro para que admirase el espectáculo.

Dando de lado las cosas teatrales de que se ocupaban los aficionados a divertirse, vamos a lo que se "cotilleaba" por Madrid. Ya lo indiqué en uno de los anteriores capítulos: la comidilla de la murmuración iba en torno a la boda de Don Alfonso con su bella prima la infanta Mercedes (la "Infausta" la llamó un canallesco libelo que corrió por la capital, obra, sin duda, de los enemigos de la dinastía). Y a decir verdad, la gente en general veía con buenos ojos el real connubio, aplaudiendo el proyectado enlace, nacido de un amor verdadero y no sujeto a conveniencias internacionales. No faltaba más sino que los reyes no tuvieran su co-

razoncito donde lo tienen todos los mortales, sin corona y sin cetro.

Claro es que Don Alfonso hubiera podido escoger entre las princesas que entonces había en el mundo propicias a compartir con él el solio español. ¿Por qué prefirió Don Alfonso a su prima? Pues porque era una muchacha encantadora, con toda la gracia y rumbo de las mujeres que nacen bajo el cielo azul de Sevilla, la prócer· ¡Hizo muy bien! ¡Sí, señor! ¡Hizo muy requetebién!

Pero los descontentos (que nunca ha de salir el sol a gusto de todos) ponían chinitas a Don Alfonso en el camino de su felicidad, de las cuales el Monarca maldito el caso que hacía, obtenida la venia, a refunfuño, de su señora madre y el "placet" del gran manipulante de la política, don Antonio Cánovas del Castillo; y el más obstinado sembrador de las tales chinitas era D. Claudio Moyano, que pensaba tocar a rebato en el Congreso para convencer a sus oyentes de que el matrimonio aquel resultaba una verdadera inmoralidad, dado que el mayor enemigo de la Monarquía y de España fué el duque de Montpensier.

Todo esto, y otras cosas que callo referentes a tratos y manejos poco confesables, me lo contó Ramiro de la Puente, que fundó un periódico al objeto de combatir y deshacer la regia boda, y, previendo el tremendo fracaso de su propósito,

se volvía a París, mohino y despechado al cobijo de Doña Isabel. Me lo contó en mi casa, donde a la sazón se hallaban Javier Ramírez y Mariano Vallejo. Javier Ramírez, un notabilísimo escritor, a quien nunca se hizo justicia, y Mariano Vallejo, un poeta de verdad, a quien tampoco favoreció la suerte. Tres hombres de mérito llenos de hiel ("amargaos" los llamaría hoy mi amigo Arniches), que hablaban así:

El marqués de Altavilla.—Esto no tiene hechura. Que se lo lleve todo el demonio.

Javier Ramírez.—Soy cómplice con el Angel Malo y su ayudante.

¡Ojalá grandes y chicos
rueden, botando, al profundo,
y quiera Dios que este mundo
se haga trescientos añicos!

Esto dijo Mariano Vallejo, con voz cavernosa; y yo entonces, optimista de mío y sin preocuparme de sus amarguras, para aliviar su pena, les serví un "vino de honor", adivinando el que hoy se da, por menos de un "quítame allá esas pajas", a cualquier ilustre insignificante.

CAPITULO XXII

Madrid arde en fiestas.—Un Rey barbián que se casa por amor, como los pobres.—Pero no a gusto de mamá.—Cuando se casaron Alfonso y Mercedes, ¡ya daba guerra Colón! Martínez Campos consigue la pacificación de Cuba, pero Lustonó está en lo firme.

Festejos a caño libre. La boda de Don Alfonso con su simpática prima movió y conmovió al pueblo madrileño, que en cuanto halla ocasión de divertirse "gratis" echa la casa por la ventana. Claro que no fué a los regios saraos, ni a las reuniones empingorotadas donde se celebraba el fausto acontecimiento; pero en todo lo que caía por fuera del regocijo oficial, preparado con rumbo y lujo por los manipulantes de espectáculos callejeros, la plebe, inocente y sencilla, no perdió pie ni pisada. A una indígena de los barrios bajos la oí decir, cuando contemplaba el paso de la regia comitiva: "Ese es un barbián, que se casa por amor, como se casan los pobres", frasecilla que

corrió y que publicó un periódico, para hacer patente cómo había recibido la masa neutra y popular la corazonada del rey de España.

Estaba Madrid hecho un ascua de oro. Por el día, todos los balcones con sus respectivas colgaduras, y donde no se pavoneaban blasonados tapices, allí iban, para no ser menos, las tiras con los colores nacionales, algún mantón de Manila y hasta la colcha de la cama. Por la noche, iluminación general, vistosas y bien compuestas luces en los edificios públicos; en las casas particulares, lo que los dueños habían a mano o inventaban para dar realce a su fervor monárquico, y en las más modestas, por hallarse sin partida el presupuesto iluminatorio, el socorrido quinqué o los candeleros de la consola y sus velas correlativas.

La verdad es que daba gusto ver a la gentil pareja, que parecía hecha como de encargo y fiel trasunto de la dicha conyugal. ¿Dicha completa? ¡Ah, no! La empañaba una nubecilla, que a las gentes traía sin cuidado, pero que a Don Alfonso debió causarle muy honda pena. Su señora madre, Doña Isabel, no quiso asistir a la boda, quizás a modo de protesta silenciosa por haberse hecho sin plena y aquiescente voluntad suya, y el hijo cariñoso, a no dudarlo, echó de menos la augusta presencia de la que le hubo dado con el ser el derecho a heredar la corona que ella supo llevar

cómodamente, hasta que protervos y desaforados ambiciosos la despojaron de ella. Se murmuró entonces que el Rey hizo, cerca de Cánovas, esfuerzos inauditos para que la egregia dama cediera de su obstinación y asistiese al acto memorable, y, sin embargo, el presidente del Consejo de Ministros, fundándose en motivos de alta política, sólo por él comprendidos, en el interés de la nación y de la Monarquía, se cerró a la banda, y el tierno deseo del señor doblegóse ante la firmeza del súbdito. Acto de D. Antonio Cánovas del Castillo que fué aplaudido por todos cuantos se enteraron del suceso, para que aprendiera el todavía inexperto monarca de cómo los reyes constitucionales han de someter sus gustos a la opinión de sus ministros responsables, a menos de ponerles bonitamente en la calle y llamar a otros, cosa que ni se le pasó por las mientes a Don Alfonso, ni estaba aún en condiciones de hacerlo. Más tarde quizás... Por el pronto, el confitado sabor de verse Rey de España, y hallarse junto a aquel cacho de gloria, su compañera de por vida, dos dulces regalos que le hacía la divina Providencia (que algunas veces suele olvidarse de los reyes), hacía que Don Alfonso no se acordase de las disciplinas constitucionales, y hasta me permití creer que la hondura de su pena, por el desplante de Doña Isabel, de-

bió disiparse ante la suave mirada prometedora de su consorte.

De las disciplinas constitucionales hablábamos en el Ateneo, al par que de los comentarios tocantes a los festejos, cuando un antiguo y respetado amigo, el Sr. Colmeiro, me llevó a un rincón del saloncillo y me dijo:

—Sé que tiene usted amistad particular con el actual duque de Veragua. ¿Es cierto?

—Sí, señor. Fué mi condiscípulo en el Colegio Politécnico que dirigía D. Manuel Galdo. Desde entonces la conservamos, si no íntima, muy afectuosa.

—¿Quiere usted presentarme a él?

—Cuando usted guste—le respondí.

—Deseo que me conceda una entrevista—continuó—, porque me han metido en un lío que me trae de cabeza. Verá usted. La Academia a que pertenezco ha nombrado una Comisión, compuesta de Amador de los Ríos, Madrazo, Salas, Corradi y mi persona, para que informe, o, mejor dicho, averigüe, si los restos mortales de Cristóbal Colón, que en el año de 1795 se sacaron de la Catedral de Santo Domingo para que fuesen trasladados a La Habana, son los auténticos y verdaderos, pues a pesar de haber transcurrido tanto tiempo desde aquella época hasta la presente, aparecen los mencionados despojos en la misma Catedral.

Y quizás el señor duque, su sucesor, podrá darme algún dato que resuelva esta duda.

Coincidía este deseo del sabio profesor, que me apresuré a satisfacer llevándole a la presencia del duque de Veragua, con la controversia que, también en el Ateneo, se armó, en punto a si Cervantes nació en Alcalá de Henares o en Alcázar de San Juan, como decía, en un picaresco romance, Ramón Chico de Guzmán, burlándose de los que gritaban en pro de Alcázar, dado que el nacimiento del autor del "Quijote" en Alcalá de Henares no tenía vuelta de hoja. Manchegos y alcalaínos disputaban a más y mejor, al igual de los cinco sabios personajes (a quienes se interpuso un periódico diciendo que los huesos del famoso Almirante hallábanse en Sevilla), y por más que iban compulsando datos y tomando noticias, en cuanto al paradero de aquéllos, ni por asomo.

Y después de todo, una partida de bautismo auténtica y fehaciente podía reducir a perpetuo silencio a los complutenses; pero, ¿a qué afirmar como verdad exactísima lo que atañe al célebre navegante, cuando en la hora de ahora, al cabo de los años mil, se está librando una batalla (en la cual campea mi ilustre amigo Astrana Marín) para aclarar si Cristóbal Colón nació en Galicia, en Cataluña o en Italia? Y ¿qué más da que sus venerables cenizas reposen aquí o allá, ni que haya visto la luz primera en Betanzos o en Génova?

¿Podrá nadie quitar a España la gloria de haber contribuído, por modo aplastante, al descubrimiento de América, poniendo a las órdenes del atrevido nauta su esfuerzo y sus Pinzones?

—¡Cristóbal Colón! ¡Más vale que no hablemos de él! Por mi parte, reniego del grande hombre y de la hora en que vino a España a encendernos el humor aventurero con sus fantasías ultramarinas—mascullaba Eduardo Lustonó, cuando, juntos, nos echamos fuera de la reunión ateneísta.

—No digas desatinos, querido amigo—atajé escandalizando.

—Y si me apuras—prosiguió impertérrito—, hasta reniego de la famosa reina, a quien la leyenda ha colgado lo del empeño de sus alhajas, cuando consta que no llevó al Monte ni siquiera unos malos zarcillos o una tumbaga.

—¡Calla, calla, iconoclasta! Mira que es de muy mal gusto hacer burla y chacota de las glorias nacionales—volví a interrumpirle.

—Para que no te enfades conmigo, pongamos en el pedestal que merece, por su talento y sus virtudes, a la egregia reina, que supo meter en un puño a los inquietos magnates de aquella turbulenta época, y hasta paso por lo de las alhajas; pero, ¿quieres explicarme qué bienes trajo a España Cristóbal Colón? ¡El descubrimiento de América! ¡Un hallazgo para el Mundo y una desdicha

para nuestro país! ¿No hubiera valido más que D. Cristóbal se estuviese quietecito en su Génova?

—Para la jaca y no continúes profiriendo atrocidades, Eduardo; cuida que de lo que piensas no se entere nadie y quede solamente para "inter nos", porque te van a llamar mal patriota—exclamé sin poderme contener.

—¡Hombre! ¡Sería curioso! ¡Mal patriota yo!

—Claro—proseguí—. La preponderancia que adquirimos en el Mundo y el Imperio aquél donde no se ponía el Sol, son dos cosas degollantes que a Colón debemos, y es mal patriota el español que las tiene en menos.

—No vamos a entablar tú y yo una disputa histórica; pero se me viene a la memoria el final de un romance, de Bretón de los Herreros, que aquí pega, y que decía así:

. . . . . .

que si antes de descubrirse
el americano golfo
el pecado original
era, aunque grave, uno sólo,
hoy son dos... Y, ¡vive Cristo!,
que hizo España un buen negocio
quedándose con la peste
y perdiendo el territorio.

—No "pega" ni con cola, querido amigo. Bretón aludía a unos indecentes y alevosos microbios, que, según lenguas viperinas, nos vinieron de Amé-

rica, y a la pérdida de nuestro poderío colonial, y esto nada tiene que ver con la hombrada de Cristóbal Colón y de sus acompañantes—dije, enmendando la plana a Lustonó.

—¡Vaya si tiene! ¡Como que no pasará mucho sin que sea de actualidad el romance de Bretón de los Herreros!

—¡Cállate, profeta de desgracias! ¡Y ahora que es casi de ayer el telegrama de Martínez Campos, anunciando que ha terminado la guerra en Cuba mediante la capitulación de los insurrectos!

—¡Que te crees tú eso!—concluyó el buen Lustonó, y nos separamos él en sus trece y yo en mis catorce.

CAPITULO XXIII

Días tristes. — Amigos que nos dejan.—La Reina Mercedes, enferma. — La muerte.— ¿Torpeza de los médicos? — Sesiones necrológicas.

¿A que me va a resultar este capítulo lúgubre y tristón? Huyo, lo confieso, aunque se me tache de egoísta, de cuanto sea flojedad y decaimiento del espíritu, por donde venga el lagrimeo interior, que suele ser más doloroso que el que se echa fuera y resbala a goterones por la compungida faz; pero al tropezar con la realidad doliente y fúnebre no hay más remedio que entregarse a la pena, poco o mucho intensa, que ya el tiempo se encargará de amortiguar, a no ser que mientras llega el alivio se nos eche encima el terrible Abaadon y nos haga pizcas, como temen los pesimistas que creen en el Apocalipsis.

Desaparecieron D. Pedro Antonio de Alarcón, D. Patricio de la Escosura y Pío IX. Con el primero se fueron gratas memorias de mi juventud,

cuando le envidiaba su viaje a Africa, agregado al Estado Mayor del general O'Donnell, y luego, en casa de D. Nicomedes Pastor Díaz, donde con aquella su voz tan insinuante y sugestiva, que dulcificaba su rostro de fiero Abencerraje, nos leía versos suyos, no inferiores a su prosa ágil, flúida y castiza. A D. Patricio de la Escosura, a quien conocí en la Redacción de *La Iberia,* no le traté con intimidad; pero su claro talento, su palabra fácil y elocuente, su gran cultura, la importancia e influencia que todo esto le daba en la política, y, finalmente, el ser uno de los santones del partido progresista, al que yo pertenecía a manteniente, me cautivaron; le profesé admiración silenciosa y muy de veras sentí su muerte. Uno de los prohombres que contribuyeron al planeamiento de las libertades de que después gozamos, que tiene sitio de cordial afecto en la memoria de los que se honraron estrechando su mano y que aún viven (¡qué pocos serán!).

¡Pío IX! He aquí un santo varón cuyo óbito me causó hondo sentimiento. Fuera parte sus virtudes y la sagrada representación que ostentaba como legítimo sucesor del divino Portero del Paraíso, sólo el recuerdo de lo que debió sufrir cuando se derramaba sangre para defender sus derechos, le pone, a mi juicio, en el alto lugar que merecen los mártires de una idea. Porque yo, en esto del poder temporal del vicario de Cristo en

la Tierra, estoy con lo que reza el vulgarísimo refrán en que se menciona a Santa Rita. Si a los Papas les dió, quien podía, un territorio para que en él mandasen como cualquier rey en sus alcabalas, ¿a fundamento de qué se lo habían de quitar? ¡La unidad de Italia! Y, ¿no era mucho más pintoresca, y divertida, y ocasionada a estupendas manifestaciones artísticas, de inmortal realce, aquella Italia del Renacimiento, que no la actual, donde no hay un César Borgia que revuelva a Roma con Santiago, ni un Julio II que trate de tú por tú a Miguel Angel?

Por esto me explico las tribulaciones y angustias del Santo Padre contemplando de qué manera fué desposeído de lo que era suyo: y por esto, cuando un tal padre Curci (por cierto jesuíta) publicó una Memoria, o cosa así, dirigida a Su Santidad, en que le aconsejaba que abandonara los derechos temporales de la Iglesia y se reconciliara con el monarca de Italia, me cogió un vehemente deseo de contestar con un folleto al inverosímil fraile, para que se fuese a otra parte con la música de sus consejos, y no lo hice en razón a que mis amigos políticos, que no pensaban como yo, me hubiesen excomulgado. Además, a Pío IX le debíamos los españoles sincera gratitud, por la predilección y piadosa amistad que profesó a nuestra Reina Doña Isabel II, a quien

envió la "rosa de oro", como creo haber dicho en otro capítulo.

¿No era éste merecido galardón suficiente motivo para que yo sintiese, a par del alma, la muerte de aquel justo, a cuya excelsa figura consagro respetuosa remembranza?

Y continúo con la necrología, quizás más dolorosa la que ahora viene. Siempre me causa tristeza la pérdida de un hombre joven, y siempre se me figura que la "intrusa" se ha equivocado. Y así, cuando en vez de llevarse a un vejestorio y redomado bribón, de esos más dañinos que vaca brava sin cencerro sonoro, va y coge por su cuenta a quien está en la flor de su edad, todo por error de selección macabra, mi enojo y odio a la "pálida" sube a la enésima potencia. ¡Pues no digamos si el yerro cae sobre una mujer, cuyo espíritu vislumbra lo que la primavera de la vida inspira y promete!

Y éste fué el caso. Ya se empezaba a susurrar algo referente a la salud de la Reina Mercedes. ¿Qué será? ¿Qué no será? Los palaciegos al hablar de ello ponían mal gesto, y las opiniones repartíanse entre quienes opinaban por la gravedad y los que todo lo reducían a cosa natural, por precipitación de tiempo. Agrávose el mal, las esperanzas de alivio y restablecimiento se iban perdiendo, y los médicos que asistían a la augusta enferma no ocultaron al Rey, transido de dolor, que

la lucha con la muerte implacable y traidora hacíase imposible. Avisados oportunamente los padres de la infortunada joven, llegaron a Madrid con dos médicos franceses, cuya presencia, como era natural, no agradó a los españoles, cuando fueron recibidos por éstos con la cortesía debida, y su pronóstico tremendo para breve término fué terminante, dado que no existía intervención medical o quirúrgica que impidiera la catástrofe.

Digo que los médicos franceses fueron acogidos cortés y afectuosamente por sus colegas, nuestros paisanos, y, sin embargo, los que encuentran sublime cuanto viene del Extranjero y lo de por acá cosa ruin y falta de verdadera enjundia científica (achaque que, por desgracia, continúa), hicieron correr la especie injusta (que fué la comidilla de aquellos días entre los maldicientes) de que la infeliz señora había muerto por culpa de la impericia de los médicos de cabecera. Y como es tan fácil que la calumnia corra y vuele, dejando por donde pasa rastro de infamia, personas muy serias y ajenas a pasioncillas censurables cayeron en la duda, por lo menos, de si en realidad los médicos españoles no habían sabido remediar lo que cualquier ginecólogo francés remedia y cura con la misma facilidad que se bebe un vaso de agua. Mi amistad particular con D. Tomás del Corral y Oña, marqués de San Gregorio, el gran tocólogo de aquella época, jefe de los médicos de la

real cámara, cuya indignación apenas represaba su carácter apacible y ecuánime, me permitió conocer la verdad de lo ocurrido, con detalles técnicos que no recuerdo, concordantes, en todo y por todo, con el parecer y dictamen de los doctores franceses. El fallo de éstos y el artículo que publicó una revista profesional algo amortiguó la pena que a Corral hubo de producirle el malévolo rumor, cuyo poso amargo nunca le abandonó por completo.

¿Qué decir del efecto que produjo en el público la muerte de la reina Mercedes? ¿Cómo el Madrid de entonces tomó el desgraciado suceso? En el Congreso, su presidente, D. Adelardo López de Ayala, pronunció un discurso breve y muy sobrio, eco fiel del general sentimiento, pero como salido de espontáneo dolor, aun dentro de la exquisita forma en que sabía matizar su palabra el insigne literato. A todos los que le escucharon impresionó su verbo elocuente (yo entre ellos), y hasta D. Claudio Moyano, que fué el más duro censor de la boda de Don Alfonso con su bella prima, dijo, al mostrar la pena que le embargaba, que María de las Mercedes era un ángel, y los ángeles no se discuten.

En la Academia Española, D. Cándido Nocedal, ultramontano, enemigo del régimen e inspirador de *El Siglo Futuro,* periódico intransigente en su hostilidad a la situación imperante, pro-

puso que constara en el acta de la docta Corporación el más sentido pésame, acta que suscribió, presuroso, D. Manuel Tamayo; y D. José Echegaray, a la sazón ausente de Madrid, escribió a Ayala asociándose al acto religioso cuando se verificase.

Por lo tocante al comercio madrileño, en muchas tiendas se cubrieron los escaparates en señal de duelo, y en no pocas casas vi cerrada una hoja de la puerta, como si hubiera fallecido un inquilino. Por pura curiosidad, y llevado de mi afición a conocer de cerca el sentir y pensar de las clases populares, di una vuelta por los barrios bajos, y pude enterarme, oyendo a unos y a otros, de que allí había repercutido el doloroso paso de la muerte por las altas esferas. ¡De qué buena gana hubiera tropezado con la castiza madrileña que exclamó, espectadora de la comitiva regia el día de la boda: "Así se casan los pobres, por amor"! Seguramente diría ahora: "Con amor y sin amor, así se mueren los pobres... y los ricos."

En el mismo tono de las antedichas líneas, parigual al de la generalidad de los madrileños, estaba escribiendo, para mi periódico de Méjico, unas cuartillas, cuando entró en mi despacho Juan Valero, alfonsino a prueba de desdenes, y dado nuestro fraternal afecto, permitente de toda clase de libertades, las leyó en alta voz.

—Así me gusta—me dijo—; este artículo me

prueba, que por el camino del sentimiento, que tan bien sabes expresar, abandonarás las cursilerías liberalescas y te vendrás con nosotros.

—"Ni que lo pienses"—le contesté—. No me ocupo ni quiero ocuparme de política; pero fuera parte de que no es de mi genio cambiarme la casaca, este artículo sólo prueba que me ha hecho duelo en el alma la muerte de esa mujer, tan encantadora y simpática. La misma pena que si se hubiera muerto mi vecina del principal, que es muy joven y muy guapa.

—Y ¿no se entibiará tu fe republicana ni te pondrán tus correligionarios zorrillistas en entredicho si me acompañas a El Escorial, cuando lleven al panteón de los reyes los restos mortales de la pobre reina?

—Si a esa fúnebre ceremonia te acompañase, ni mis amigos ni mi fe dirían una palabra; pero no cuentes conmigo—interpuse malhumorado.

—¿Por qué—insistió Valero—, por qué no dar ese póstumo homenaje a la memoria de la infeliz cuya desaparición tanto te ha impresionado?

—Pues porque El Escorial, como sitio campestre, no me gusta, y el famoso monasterio me parece una tumba, y la cripta donde reposan los huesos de los reyes en lujosa anaquelería con su correspondiente botamen, que es la caja de cada cual, me resulta fea y tétrica... ¡Pobre reinita Mercedes! Deberían enterrarla en medio de un

campo lleno de flores, como las que ella vió cuando jugaba de pequeñuela en los jardines de San Telmo, a orillas del gran Betis; a la caricia su tumba de aquel espléndido sol, y así sus rayos iluminarían el ignoto y misterioso sueño eterno, y en la losa sepulcral que cubriese sus despojos, yo haría poner su nombre bajo una corona de siempervivas, y después un epitafio semejante a aquél célebre del poeta Meleagro, que decía:

¡Oh Tierra, madre universal,
sé ligera para Zenofila
ya que ella tan poco ha pesado sobre ti!

—¡Chico, chico, te encuentro muy sentimental!—habló Valero.

—No—atajé—. Es que estoy escribiendo un artículo necrológico y me pongo a tono, y para hablar de los muertos no se pueden tocar las castañuelas.

—¡Ni de los vivos!—concluyó mi entrañable amigo.

CAPITULO XXIV

Qué descansada vida...—Política provinciana.—Como en los tiempos de Narváez.—Un disparo en la noche.—El "borruchón".—Un caballero de la Orden de "La Pava Libre".

¡Qué buenos propósitos los míos de estarme en Jaén con el Padre Quieto, avizorar en la vida provinciana y discurrir por donde no llegasen los rumores de la política, ni el bullicio cortesano, ni el ruido que mueven los chismecillos de la sociedad elegante! Vieja ciudad simpática, al pie de un cerro en cuya cima se ven las ruinas de un histórico castillo; alegre ruedo cuajado de fértiles huertos; no lejos de ella un río que, "por ser Guadalquivir", precipita su curso y hace amables y deleitosas sus pintorescas orillas; gente acogedora y hospitalaria, y mujeres, tanto las de plano superior como las más humildes, que en gracia y garbo no desdecían de sus paisanas de tierras andaluzas ("pastiras" a las segundas las llamaba el

pueblo), así Jaén me resultó sitio más grato de lo que en un principio me figuré.

Claro es que por el pronto se acabaron para mí la reunión al atardecer con mis amigos en el café Suizo, y la sabrosa tertulia de última hora en el Casino, y mi asistencia frecuente al saloncillo del teatro Español, sobre todo en noches de estreno (un centón interesante si hubiera apuntado en un cuaderno las cosas que allí escuché), y a los "camerinos" de los artistas del Real, y al salón de conferencias del Congreso, y a las veladas en los Jardines del Retiro, y, finalmente, a los "ágapes" de medio pelo, tan numerosos entonces en Madrid, donde, sin otro gasto que los pocos cuartos que se llevaba el "terno" o la "quina" de la lotería, pasábanse las noches en un decir Jesús, en honesta plática con las niñas de la casa, o en dulce meneo de una habanera, ajena a ser sospechosa de amor vertical.

En cambio, quietud constante, perpetua placidez, no interrumpida por sorpresas perturbadoras del ánimo sereno, que si llegan de fuera llegan tarde, como cosa pasada que deja lugar al juicio reflexivo y al sosegado comentario, y huye del fallo instantáneo, movido casi siempre por el impulso del primer momento. Muy propia la vida que la ciudad andaluza me ofrecía para poner en cuidadoso olvido andanzas peligrosas, aventuras quizás descabelladas en pos de un ideal imposible

de realizar cuando yo deseaba, y ya sólo plasmante con la imaginación en las indecisas lejanías del porvenir... ¡El porvenir! ¿Quién lo prevé? ¿Dónde está el sentido vidente que lo columbra y se prepara a recibirlo y a dominarlo, si es adverso, y a agasajarlo si viene cual término feliz de la ingrávida espera? Si el ideal llegaba pronto, con facilidad se abandona la reposada calma y se vuelve a aquél, y si tarda, ¿por qué no aprovechar la placidez y quietud a que antes aludo, y sentar mis reales en la oferente ciudad, convirtiéndome en un modesto funcionario, atento a sus deberes burocráticos antes que nada, y procurando después, ser dueño de un pedazo de esta tierra fecunda, de suerte que pudiese algún día decir, como el poeta: "Del monte en la ladera—por mi mano plantado tengo un huerto", y así curarme de ilusiones que quizás fueran tales cuando se trocara el sueño en realidad emergente?

Nunca como la ocasión aquélla para echar raíces en un sitio prometedor de sencillos goces, compartiendo las horas oficinescas en casa cómoda y amplia, por cuyas ventanas trepaban rosas y jazmines, con las fruidas en el susodicho huerto, en el cual diría con el egregio fray Luis:

Mientras se están los otros abrasando,
con sed insaciable
del peligroso mando,
tendido yo a la sombra esté cantando.

Cierto era que si hubiese querido meterme en la garrulería política pueblerina, como reposo de mis obligaciones recaudatorias, Jaén deparábame sobrados medios, pues el que tiene en su mano otorgar favores, no fuesen más que de dispensación de apremio a rajatabla, goza de suficiente influencia para hacerse hueco en cualquiera de los bandos que se disputan el mangoneo provinciano. Reflejo de lo que acontecía en Madrid entre los políticos militantes, aunque disminuído por la pequeñez del escenario y por lo que las chicas pasiones se irritan, a falta de otros alicientes que lleven la atención a asuntos menos comineros y ocasionados al "quítate tú para ponerme yo", así la ciudad jienense donde, substrayéndome a la lucha caciquil, encontré un pequeño grupo de literatos, prontos a reunirse en mi tranquilo hogar (ya lo dije en "Mis primeros ochenta años"), los cuales hiciéronme cortas las veladas, transcurridas en alternativo y amigable consorcio la poesía, cuya voz llevaban D. Antonio Almendros Aguilar y D. Manuel María Montero (el segundo correligionario mío), y la música, merced a los ágiles dedos de un pianista, que por mi causa conoció lo ultramoderno del divino arte en aquel entonces.

¿Correligionario mío? Salvo lo de "federal", procedimiento político en que no podíamos partir mano, republicano como yo era Montero, maes-

tro de escuela en Jaén y diputado a Cortes en Madrid cuando aquéllas famosas que, mal aconsejadas y peor avenidas, echaron a Castelar y dieron pie al general Pavía para el golpe de Estado, primer hito de la restauración borbónica. Como natural curiosidad mía (aún me quedaba algo de la saturación revolucionaria zorrillesca) quise saber de labios de Montero si en Jaén teníamos muchos amigos y si se conservaba viva la fe de los que le condujeron con sus votos a las Constituyentes (que nada constituyeron), y me dijo, muy desalentado y barbicaído (igual al relato que hice a Ruiz Zorrilla a mi regreso a París), cómo, sin motivo que lo justificara, los breves días de la República la habían desacreditado, al punto de hallarse retraídos y cobardes los bullangueros que a la caída de Don Amadeo de Saboya se apoderaron de los comicios, y no permitieron candidatura de diputado a Cortes que no fuera estampillada con el "placet" del ministro de la Gobernación, lo mismo que en los ominosos tiempos de González Brabo.

—No se lo puede usted figurar—decíame Montero—. Como si hubiese caído sobre nuestros amigos una lluvia sedante y abúlica, a todos les ha entrado un desánimo tremendo, y no ven, ni en día próximo o remoto, manera de sacudirse este régimen, llegado por un acto de fuerza ajeno a la

voluntad del país, si se le consultara sin chanchullos ni trapacerías.

—Pues aquí teníamos un gobernador militar comprometido con Ruiz Zorrilla—interpuse, recordando cartas que yo había visto en París.

—Sí. D. Fulano de Tal (callo el nombre), que estaba al caldo y a las tajadas. Escribía a D. Manuel y era esclavo de Martínez Campos; y de los cuatro soldados y un cabo de que podía disponer en esta comarca, según él afirmaba, ni uno solo le hubiera seguido.

—Pero, de todos modos—insistí—, los Comités del partido subsistirán.

—Todo desorganizado. Los Comités se han disuelto por miedo de sus individuos a que les metan en "chirona". Cánovas se las echa de liberal y parece huir de violencias, para que el país trague la restauración y sus derivados; pero esos alardes son en Madrid, y en provincias se pasa la vida como si estuvieran vivitos y coleando los secuaces de Narváez. Pues ¿y en punto a clericalismo? Toda esta taifa de beatas y beatos ha sentido recrudecimiento de sus místicos alardes, y como nadie le va a la mano, dentro de poco no podremos cobrar la paga si no llevamos al habilitado la papeleta de comunión que da el cura de la parroquia.

—¡Hombre, por Dios, usted exagera!—dije, con la invocación intencionada al Muy Alto, para más tirar de la lengua a mi interlocutor.

—Nada de exageración—continuó Montero—. Igualmente como aquí, en Jaén, acontece en toda Andalucía, tanto respecto al aplastamiento de los republicanos, que parecían huestes y ni siquiera son algara, como tocante a la preponderancia clerical.

—¡Claro! Esa taifa a que usted alude estaba agazapada por temor a los abusos y atropellos de los federales, y cuando se vió libre de ellos saca la cabeza.

—¡Atropellos! ¡Abusos! Quite usted lo de Montilla y lo de Málaga, donde anduvo la mano reaccionaria, y el resto de Andalucía, una balsa de aceite. ¡Ah! Si mis correligionarios no hubiesen, con sus impaciencias, puesto obstáculos a D. Francisco, hoy otro gallo nos cantara.

—Verdad como un templo—interpuse—. Hoy sería Jaén cantón y usted su presidente.

—Preferible a Don Alfonso.

—Pues Don Alfonso tenemos para rato...

Y hallándonos en esta plática en mi casa, encerrados en mi despacho, a las once de la noche, oímos un disparo que, dada la habitual tranquilidad de la población, nos puso en cuidado.

—Eso será alguna barbaridad de los del "borruchón"—dijo Montero.

—¡El "borruchón"! ¿Qué es eso?

—Pues unos cuantos mozos, gente hampesca y mojarrilla, ha dado en la estúpida manía de im-

pedir que los novios pelen la pava con sus novias, y salen por la noche, y cuando ven a alguno entregado a esta dulce costumbre junto a la reja, le arrancan de ella y le obligan a que recoja una moneda del suelo poniéndose en cuatro pies y dando saltitos, so pena de que el más bruto le pinche con su navaja. A esto le llaman bailar "el borruchón".

—Pero eso es una salvajada—exclamé indignado, y juntos nos echamos a la calle.

En efecto, "borruchón" hubo. Sin contar con la huéspeda, no lejos de mi domicilio, tres o cuatro zulús intentaron su hazaña; y la huéspeda fué un joven que, cuando le fueron a quitar del sabroso coloquio con su amada, sacó un revólver y disparó contra el grupo, resuelto a demostrar, delante de la muchacha, que tenía los redaños en su sitio. Milagrosamente no hizo blanco; con el ruido acudieron los serenos, y los valientes huyeron como alma que lleva el diablo.

Por fortuna, aquella bestialidad no se volvió a repetir y se acabó para siempre, merced a la intervención de la Guardia civil.

Yo tomé nota del nombre del joven que defendió su derecho a pelar cuantas pavas quisiera, con objeto de proponerle como caballero de la Orden de "La Pava Libre", que por mi mediación se fundaría cuando se instaurase la República en España.

CAPITULO XXV

En Granada.—La mansión de los condes de Pomares.—Iniciación de una historia.—El refugio de los republicanos granadinos.

Recibí una carta del gobernador del Banco de España que decía así:

"Si atenciones perentorias no se lo impiden vaya usted a Granada, y vea de mi parte a mi grande amigo el conde de Pomares. Este señor ha heredado unas fincas en la provincia de Jaén, que se hallan a punto de ser embargadas por atrasos en el pago de la contribución territorial, y se queja de no sé qué abusos realizados por el antecesor de usted, en el procedimiento de apremio. Oígale usted y procure complacerle, en cuanto sea compatible con los intereses del Estado y del Banco de España."

Cumpliendo los deseos de mi superior jerárquico, para mí órdenes, tomé inmediatamente la diligencia que me condujera a Granada (entonces no había otra manera de hacer el viaje) para poner-

me al habla con el conde de Pomares, cuyo título nobiliario no era éste que ahora saco de mi propia minerva, sino otro que no pongo porque no precisa a mi relato.

No me pesaba dar una vuelta por la histórica ciudad, poblada de recuerdos y de leyendas poéticas; último refugio de los moros que, ya contaminados, a causa del largo tiempo de su dominación, con el ambiente disgregante tan característico español, rindiéronse a la férrea mano de una mujer, enamorada de la unidad patria, y abandonaron aquella próvida y fecunda tierra, dejando en ella un poco de su sangre y un mucho de su espíritu caballeresco y ahidalgado, como grave reminiscencia de muertos poderíos y pasadas grandezas. Placíame recorrer otra vez la bella ciudad, y siguiendo una costumbre de viajero curioso (costumbre que al doctor Forns y a mí nos valió un tremendo chaparrón en Florencia, por ver inmediatamente el Perseo de Benvenuto en la Loggia dei Lanzi), a pesar—digo—de haber llegado de noche, me eché a la calle, quizás pensando encontrar al revolver de cada esquina, y como si hubiera retrogadado al siglo XV, en los días de los Zegríes y Abencerrajes, un moro envuelto en su blanco alquicel, o una taifa de peleantes moriscos alpujarreños, como los que imaginó D. Manuel Fernández y González, yendo a sublevar a sus hermanos oprimidos para sacudir el yugo de los cris-

tianos opresores. No encontré durante mi paseo nocturno la sombra de Ben Aljatib, el moro "sabidor", para que me guiara, y al día siguiente me presenté al conde de Pomares.

Casa antigua con honores de solariega; puerta con vetustos y artísticos herrajes; amplia escalera de suaves peldaños, adornadas sus paredes con cuadros de asuntos religiosos, quizás de Rincón o de Alonso Cano, fundadores de la famosa escuela que acabó en Juan de Sevilla: antecámara espaciosa, donde veíanse, discretamente colocados, sillones y muebles, cuyas tallas revelaban la habilidad y el buen gusto de los artífices granadinos; en el suelo, un rico tapiz que, sin duda, trajo de Flandes aquel conde de Pomares amigo y compañero de Spínola, y pendiente del artesonado techo, gran lámpara de plata repujada que hacía juego con dos candelabros del mismo metal, puestos sobre un escritorio de un solo cuerpo y muchos cajoncillos.

¿Y el dueño de todo esto? Pues el dueño de todo esto, el noble conde de Pomares, me hizo entrar en su despacho en cuanto le anunciaron mi visita. Era un hombre como de sesenta años, de buena estatura, tirando a grueso, barba canosa, ojos alegres, contextura recia; un tipo que anunciaba lozana y briosa vejez. Me invitó a tomar asiento junto a él, y a seguida vino la relación de su cuita, expresada con soltura y sin el tono al-

tanero del magnate, que entiende abuso y tropelía todo lo que no cuadra con su interés. Como era natural, le pedí los datos que hubiera podido recoger de su antecesor en el dominio de las fincas "expedientadas", como decían mis subordinados; sacó de un armario varios papelotes, que me llevé a mi hotel (mejor diría fonda) con objeto de estudiarlos, hecha confrontación y examen con los que traje de Jaén.

Por un exceso de cortesía, quizás, que no por captar mi amistad, dado que en ningún momento me pidió favor, sino justicia, me rogó que le acompañase a almorzar al día siguiente, y así presentaríame a su familia. Algo prematuro se me antojó el convite; pero tan expresiva fué y tan insistente la invitación del conde de Pomares, que acepté, no fuese a tomarme por hombre hosco y de poco roce social, temeroso de alternar con gente de su laya.

¿Meter yo el cuezo en casa extraña sin enterarme previamente quiénes eran sus habitantes? ¡Imposible! Mi hostelero me la deparó buena, y a poco que le tiré de la sin hueso satisfizo mi curiosidad. ¿Cómo no si quiso la suerte que el tal fuese correligionario mío, y, en cuanto supo mi nombre, oro molido que le pidiese me hubiera dado, no que la historia de la noble casa de Pomares?

—¿El conde? Un bendito. Campechanote y llano, como son los aristócratas de viejo cuño y

rancio abolengo, que no se dan "pisto", ni se les cae ninguna venera por echar una plática con cualquier plebeyo, ni aun por un apretón de manos, si se tercia. No hay sino oír cómo hablan de él sus servidores, refiriendo sus larguezas con los pobres y su bondad para no apremiar al colono, que, a causa del pedrisco, perdió la cosecha, para quererle y respetarle—dijo mi hombre, y continuó—. ¿La condesa? Esa es fruta de otro capacho. Cuellierguida y rabitiesa, parece que se ha tragado el molinillo del chocolate, según es de espetada y sin dobladura. Va arañando los cincuenta, y aún guarda en su cara rasgos de cuando fué joven y guapa. ¿Su origen? Sumamente modesto. El padre de Rosita Albareda Gonzálvez, abogado madrileño, vino a Granada a desenredar un asunto litigioso por cuenta de cliente rico, y como la cosa iba para largo, en Granada se quedó, con su mujer y sus dos hijas, una de las cuales, Rosita, la actual condesa de Pomares.

—Y el conde se enamoró de la madrileña—atajé al noticiero.

—Verá usted. En una fiesta, por el Corpus, la conoció, y se prendó de ella. La hizo la corte, y el capricho fué tal que a los seis meses de noviazgo se verificó la boda. La chica era, como su hermana, modosita y de buenas migas con sus iguales de la mesocracia granadina; pero en cuanto se casó y se vió emparentada con la Guía, sección de

títulos del reino, se le subió a la cabeza la lista de aquélla y se figuró prima del zancarrón de Mahoma. Pues como si esto fuera poco, se ha entregado a su confesor en cuerpo y alma...

—¡Hombre!—interrumpí—. ¿En cuerpo también?

—Es un digamos. He querido expresar que Rosita se ha dado a la iglesia, mediante los consejos del padre Fulánez, con tan exagerado fervor, que no se la puede aguantar.

—¿Tienen hijos los condes de Pomares?—interrogué a mi informador.

—No, y he aquí la pena de la condesa. Ha apelado a varios procedimientos místicos, como jaculatorias, novenas y otros recursos por el estilo, y nada, ni por ésas. Tanto que le han sacado un cantar que dice:

Lo que pides al Señor
lo obtendrás seguramente
si haces que del caso urgente
se ocupe tu confesor.

—Pero, ¿es que se sospecha de su conducta?

—Nada de eso. Rosita Albareda es una mujer honrada, y su afán de tener hijos ha sido porque no quería que los bienes del conde pasen, cuando falte sin sucesión, a un sobrino de Pomares. Ahora, ya convencida de su esterilidad, pone todo su empeño en casar a una parienta suya, que vive con

ella, por cierto muy retrechera, con el susodicho sobrino del conde, el marqués de Cintruénigo, un señorito muy metido en juergas estrepitosas, cuchipandas de flamenquería boyante y mujerío, que así piensa en el casorio como yo en cantar misa.

—Pues a conocer a Rosita y a su retrechera parienta voy mañana, convidado a almorzar por el conde de Pomares—dije.

—Conocerá usted a la joven aspirante a marquesa y a algún otro comensal, que nunca faltan en la mesa del conde; pero en cuanto a la condesa, como haya sabido que es usted de la cáscara amarga, ya buscará un pretexto para huir el bulto y no enfrentarse con usted.

—Y ¿quién puede haberle dicho...?

—Cualquier polizonte clerical de los que tienen a su disposición los curas en este pueblo, del que se van apoderando poco a poco, por medio de las correligionarias de Rosita Albareda, condesa de Pomares, hasta el punto de que estamos anclados en los tiempos de la Inquisición. Además, un periódico ha dicho que está usted aquí, y dado, con la noticia, su filiación política; y no es necesario que los referidos polizontes se quiebren los cascos para que la condesa se entere de quién es usted y le ponga la cruz como al mismo demonio... Y ¿es mañana el almuerzo?

—Mañana, a las doce—contesté.

—Y ¿esta noche viene usted conmigo a nues-

tro Casinillo, como he anunciado a mis compañeros?

—Naturalmente.

—Pues como aquí todo se sabe al momento, mañana Rosita se hallará invisible, y habrá dispuesto que cuando usted abandone la casa de Pomares (que se le caerá a usted encima, porque huele a moho reaccionario) se la purifique con exorcismos del padre Fulánez y aspersiones de agua bendita.

—Y ¿tolera el conde semejantes desatinos?

—El conde, por tener paz en su casa, hace la vista gorda, y por su lado se las compone. Allá, por tierras de Guadix, donde abundan las mujeres de ojos negros y pedigüeños, rostro ovalado, labios rojos como el fruto de los granados, y por cuyas venas corren gotitas de sangre mora, allá, en la Hoya de Baza, también posee el conde soberbios cortijos, y en ellos hay cortijeras capaces de volver tarumba a un anacoreta, cuantimás a Pomares, que no va para santo.

Con el relato de mi fondista me picó el deseo de conocer la casa que olía a moho clerical, a Rosita (si no se me negaba), a la joven retrechera, y hasta a las cortijeras de la tierra de Abentofail, y si no hice renuncia de asistir al Casinillo republicano, para que no llegara a oídos de la condesa mi pecado liberalote y me exorcizara, fué porque

no creyera mi hostelero que tenía miedo a los supradichos polizontes.

Y llegó la noche, y al tal Casinillo me condujo aquél. En calle apartada del centro, algo que parecía Club clandestino, sin duda por temor a que el Poncio que gobernaba en Granada hiciera con los allí reunidos una de "populo bárbaro". Recibiéronme con palmas. Se hicieron votos por el triunfo de "aquello"; pero en la mayoría de los concurrentes (entre todos unos cuarenta, de varias clases y condiciones) noté por sus palabras y su resuelta actitud el germen de un socialismo mal comprendido y un si es no es salvaje, que dejaba adivinar para lo futuro situaciones turbulentas y peligrosas. Algún compañero, para darse de culto conmigo, habló de Marx y de Kropotkin, sin haberlos digerido.

¿Y el almuerzo en la ilustre mansión del conde de Pomares? Lo referiré en otro capítulo, aun cuando—tocante únicamente a cosa propia—no ofrezca interés y parezca biografía.

CAPITULO XXVI

Dos almuerzos.—La árida política entre flores de un "carmen" granadino.—El conde, la condesa, la "retrechera" y el cura.—El atentado contra Alfonso XII.—Juan Oliva. Un viva con sordina.

¿De dónde sacó mi hostelero que la condesa de Pomares era rabitiesa y espetada? Nada de eso, sino en punto a cecina de mujer, de lo bueno y más apetecible de cuanto yo había visto por el Mundo hasta aquella fecha. ¿Que me recibió ceñuda y con cara de vinagre? Nada de vinagre, sino de moscatel sanluqueño. Con dos almuerzos me han obsequiado en la gentil y encantadora Granada, de los cuales conservo gratísima memoria. El primero, el que me ofreció Pomares, y el segundo (muchos años después), siendo al anfitrión mi excelente amigo el conde de Benalúa, en su pintoresco y florido "carmen". Ambos convites marcan en mi vida dos épocas notables dentro de mi modesta historia. El primero trae a mi mente el

recuerdo del momento en que creí dar al olvido el tráfago de la vida, y ante el poder acaparador de aquellas tierras granadinas y jienenses, por cuyas fecundas vegas reposaron su vista los reyes poetas y las cautivas cristianas que añoraban su castillo roquero, decidiéronme al cultivo de la paz campesina y a entregarme a la sabia y dulce armonía que hace del hombre un reflejo del suelo que le alimenta. El segundo, cuando en el susodicho "carmen", después de una refacción exquisita servida por dos graciosas muchachas, y al lado de un jardín que despedía suave perfume de rosas y claveles, los comensales de Julio Benalúa. Moret, el marqués de Sardoal, Alberto Aguilera y mi persona, decidimos emprender propaganda política por España, para demostrar a los dormidos y acoquinados liberales que la Monarquía y la Democracia son perfectamente compatibles. ¿Qué digo compatibles? Uña y carne, si llegan a entenderse y se incrustan la una en la otra.

Pero no anticipemos los acontecimientos y volvamos al convite. A la hora marcada me presenté en la lujosa mansión de los condes de Pomares. El amo y señor de ella me condujo a una sala, donde ya se encontraban la condesa, la joven "retrechera", por cierto precioso modelo de belleza y gracia en su cara y en su porte, y un cura (sin duda el padre Fulánez de que me habló el fondista), nada viejo, de rostro simpático, bien arrea-

do de hábitos limpios y nuevecitos, y sin parecerse a esos hoscos y enfurruñados que quieren "que la grandeza de los grandes se mida con la estrecheza de sus ánimos", que dijo Cervantes.

Dados mis informes acerca de la ranciedad de la casa, de su sombrío aspecto interior, como si no hubiera pasado por ella el polvo de los siglos, de la hurañía de la condesa, hostil a todo ser que tuviera por donde entrarle sospecha de poco fervoroso creyente, no lo que manda nuestra santa Madre Iglesia, y atiborrada, además, la noble dama de los usos y costumbres de trescientos años ha, creí que al entrar en el espacioso refectorio, sobriamente adornado con vetustos muebles y ricas alcatifas, iban a aparecer seis doncellas en ala, tantas a una parte como a otra, dispuestas a darme el aguamanos y luego a jabonarme las barbas, al igual que permitieron hacer con el famoso hidalgo manchego los poco piadosos duques, de cuyo nombre más vale no acordarse.

Los manjares que rezaba la lista, impresa en castellano, sin adjetivar los platos con nombres exóticos, no tuvieron que envidiar a los que en Madrid ofrecía a sus parroquianos el gran Farrugia; y los servidores, dos mocetones vestidos de librea, que cumplieron su oficio a maravilla, más el "sommellier", que hizo de escanciador de ricos vinos y escogidos licores, diéronme la sensación de hallarme en el palacio señorial de la más lina-

juda familia española. La conversación, durante el almuerzo, en la cual tomaron vez todos los circunstantes, muy animada y dirigida a que me fuese grata la estancia en todo el tiempo que ésta durase, y no fué la condesa quien menos contribuyó a tal objeto, con una amabilidad que si era máscara de su natural carácter, la sabía disimular muy bien.

Pero el tema importante de la común charla fué la noticia de Madrid recibida la noche antes. ¡Como que en un tris estuvo que perdiéramos al rey! Al volver éste de una excursión que realizó por varias provincias, el día de su llegada, y en la calle Mayor, un joven, que se llamaba Juan Oliva, disparó contra el monarca dos pistoletazos que, por milagro, no hicieron blanco. Al decir esto el conde de Pomares se levantó el padre Fulánez, todos siguieron su ejemplo, murmuraron un rezo; santiguáronse; yo me acordé de "donde estuvieres haz lo que vieres", y otra vez al plato después de la silenciosa oración.

—¿Has telegrafiado a Madrid?—preguntó la condesa a su ilustre esposo.

—Hace una hora que he puesto un telegrama a Sexto para que se lo enseñe a Su Majestad.

—¿Ha visto usted qué infamia?—dijo la señora dirigiéndose a mí.

—¡Una infame alevosía!—contesté rápido.

—Hay quien cree en la eficacia del regicidio—

habló con voz meliflua el cura, mirándome quizás para ver si yo, al responder a su insinuación, me trabucaba.

—Nadie que tenga dos dedos de sentido común y un átomo de conciencia puede creer en la eficacia del regicidio—repuse al momento.

—¡Bien merece la horca ese canalla!—interpuso, indignado, el conde.

—Claro, entre los partidarios de la pena de muerte. Y, sin embargo, muchos hay que predican su supresión, principalmente las escuelas liberales. ¿No es cierto?

Ya esta vez el padre Fulánez, amable y sonriente, se dirigió a mí.

—Se ha escrito y dicho tanto acerca de la supresión de la pena de muerte, que sería muy largo referirlo. Por lo que a mí toca, diré que si no creo en la eficacia del regicidio, tampoco creo en la ejemplaridad de la pena de muerte—respondí, sin que se me trabucara la lengua.

—Luego usted la suprimiría—me disparó la condesa.

—Si pudiera, no más tarde que ahora mismo—exclamé.

—¿Quieren ustedes hablar de cosas más agradables?—dijo entonces la joven "retrechera", aspirante a marquesa de Cintruénigo, y se dió fin a la macabra conversación.

Ya de retorno a mi hotel, al que me acompañó

el conde de Pomares, extremando siempre su amabilidad, me acerqué a un grupo que en la puerta se aparecía. Comentábase el conato de regicidio. Según los telegramas, Don Alfonso casi no se dió cuenta del atentado. A Oliva se le encontró una especie de diario, del que se dedujo que era de los individuos pertenecientes a la Internacional. ¡Y qué curiosa la psicología de aquel hombre! ¡Consignar en su calepino íntimo su filiación revolucionaria, y a la par decir en él "que una dama linajuda le había declarado su amor"! ¿Qué relación pretendía establecer el desequilibrado entre la confesión de la idea y el alarde erótico? ¿Quizás su perturbado cerebro vió en sueños la linajuda señora exigente del regicidio para hacerle entrega inmediata de su egregia persona? ¡Vaya usted a saber lo que hay en los obscuros antros de la mente de esos seres, cuya descabalada pasión les priva del sagrado respeto de la vida humana!

Por supuesto, el monarca, que en cuanto llegó a Palacio montó en un cochecillo, dirigido por él mismo, y se echó a la calle, se ganó una ovación colosal, así como suena. Los vivas y los aplausos debieron sonarle mucho más gratos que los que recibe el caudillo triunfador, porque significaban el regocijo de verle con vida, recién expuesto a perderla.

—Eso ha sido una farsa—díjome mi hostelero cuando nos quedamos solos—. El tal Oliva, ni más

ni menos que un alquilón contratado por la Policía de Romero Robledo para que simulara el crimen, con objeto de que Don Alfonso se llevase una ovación popular; y digo popular con ironía, porque quizás los ovacionistas fueran también pagados.

—¡Hombre! ¡No diga usted desatinos! ¿Cómo iba el Gobierno a preparar una farsa tamaña, en que seguramente intervendrán los Tribunales?

—Ya verá usted cómo indultan a Oliva—masculló el malicioso—. Por lo pronto, ya corre por Granada la voz de que los "neos", siempre arrimando el ascua a su sardina, van a hacer una manifestación religiosa, tirando a política, para dar gracias a Dios por haber salvado la vida a Don Alfonso.

—Y harán muy bien si los dejan—interpuse—. Si en mi mano estuviese, todos los ciudadanos podrían hacer cuantas manifestaciones les viniera en gana, siempre que no le molestasen al prójimo.

—Sí, sí. Que intentemos los republicanos una manifestación, echando a la calle banderitas y emblemas, y verá usted la paliza que la Guardia civil nos larga. Pero arrieritos somos...

No tenía razón mi intransigente hostelero (según los acontecimientos sucesivos a la tentativa de regicidio) en lo tocante a la farsa meditada por el Gobierno, pues a Oliva le dieron garrote en el Campo de Guardias, en el mismo sitio que sufrió

la última pena el cura Merino, y no es de creer que el soñador con amores linajudos se prestase a tan trágico fin por darle gusto a Romero Robledo y proporcionar una ovación al Rey. El cual, siguiendo los impulsos de su corazón, lógicos en un joven, quiso indultar a Oliva, y hasta dió de su bolsillo particular una pensión a la viuda del infeliz ajusticiado. Y no poco influyó en el ánimo generoso del monarca, al decir de un palaciego amigo mío, que me hizo la confidencia, la discrepancia de las opiniones de los médicos en lo referente al estado mental de Oliva. Dos de ellos diéronle por sano y en sus cabales; pero el médico defensor del reo, fuera parte de sus dudas en tan grave caso, protestó de que no le concedieron tiempo suficiente para dar su dictamen. Sea como quiera, un capítulo más en la historia de estos atentados, que mueven ruido y para nada sirven.

Hablé antes de manifestaciones. Manifestación, la que me hicieron de amistad y comunión de ideas los cuarenta individuos del Club republicano que, como supieron por el fondista el día de mi marcha, fueron a despedirme. Y al partir el coche, el compañero sabihondo que confundía a Kropotkin con Marx, lanzó, con voz de bajo profundo y a medio cuello, para no asustar al público, un "¡Viva la República!", que también en idéntico tono coreó el grupo. Uno de sus individuos, que sin duda era gitano, en el mismo dia-

pasón dijo: "Sonsoniche." Arreó el mayoral, el coche empezó a moverse con su habitual ruido de ferretería ambulante, y mis amigos prorrumpieron en un aplauso cerrado, como si yo fuese un personaje de muchas campanillas.

Tentado estuve de gritarles: "Sonsoniche", como mi correligionario el "cañí".

CAPITULO XXVII

Un pretexto para echar una cana al aire. Cánovas, Martínez Campos y los liberales. La entrevista de Ruiz Zorrilla, Martos y el duque de la Torre, en Biarritz.—Cambio de casaca.—"Gedeón", en Londres.

Para dar cuenta al gobernador del Banco de España de la comisión que me confirió cerca de su amigo el conde de Pomares, de quien hice referencia en el capítulo anterior, me planté en Madrid; un buen pretexto para pasar cinco o seis días en mi pueblo y echar una cana al aire de las que ya me iban saliendo. Tomé el vetusto y sucio carricoche que me llevase a Mengíbar, estación más próxima entonces para tomar el tren ascendente a la villa y corte, y a ésta en unas cuantas mortales horas, según el andar "rápido" de nuestros ferrocarriles.

Como era mi deber, en cuanto pude fuí a ver al susodicho gobernador, D. Martín Belda, y le hice un minucioso relato de mi visita a los condes

de Pomares, sin olvidar su mesa y su sobremesa con la niña "retrechera" y el presbítero pulcro, cuyo relato algo nos sirvió de suave regodeo. Por supuesto, no le quise ocultar mis breves andanzas políticas, de que tomó pie el marqués de Cabra para burlarse, cortésmente, de mis correligionarios, él, que, además de empedernido monárquico, era fidelísimo servidor de Doña Isabel y de su hijo. Y así, de hilo en hilo, quizás porque le devolví la pelota, con el debido respeto, como era natural, dada su posición y la mía, me enteré de cosas referentes a la política del Gobierno. De ellas deduje que el Rey no estaba demasiado contento con Cánovas. Su afán de mandar en todo y que todo fuese a medida de su deseo, como lógica consecuencia de su pensamiento egocéntrico, ponía trabas a la voluntad del monarca, que en asuntos de orden general, y también en punto a personas, tenía opinión propia, y le contrariaba el veto del presidente, que, aun siendo respetuoso, al fin era veto. Acuciábale a D. Antonio Cánovas del Castillo el recuerdo de su especie de dictadura a raíz de la Restauración; de aquella época en que no había empresa que le pareciera insuperable, ni calamidad que le arredrase, ni dificultad a que su talento no acudiera solícito, ni obstáculo que no se sintiese capaz de dominar y de vencer.

Y resultaba que de estas dos fuerzas, nacidas la una del concepto de la propia excelen-

cia, y la otra del poder que da la legítima posesión del alto asiento, originábanse desavenencias, no por toleradas menos sentidas. ¿Qué resultaría de ellas? A creer a mi interlocutor, cualquier piedrecita que se presentara en el camino de la política de Cónovas, éste la arrollaría, y Don Alfonso allanaríase de buen grado a la opinión de su primer ministro, a quien debía el trono.

¿Unicamente a Cánovas del Castillo? ¿Y el de la "botaratada", aquella palabreja que aplicó a Martínez Campos, cuando tuvo noticia del hecho de Sagunto? Por ahí podrían venir dificultades al supremo gobernante, pues, según no pocos amigos del general, éste no se hallaba a partir un piñón, ni mucho menos, con D. Antonio, en punto a la marcha del Gobierno, y algo, y aun algos, pesaba en la política "el que nos trajo las gallinas", que dijo Iriarte, y el que acababa de dar fin a la insurrección cubana.

Tampoco andaban conformes en lo del piñón los liberales. Como de costumbre, cada cual iba por su lado. Los de la federal, erre que erre en su panacea, sin la que no era fácil salvar al país del abismo obcurantista y retrógrado en que había caído. Los amigos de Castelar, llamándose ya "posibilistas", apelativo acomodaticio que lo mismo podía servir para un barrido como para un fregado, prontos a pasar el Rubicón en cuanto su jefe dijera: "¡Sus, a ellos!" Los de Sagasta, con quien se

hallaban varios resellados del partido progresista, muchos procedentes de la antigua Unión liberal, y el grupo de individuos (no vale citar nombres) "cucólogos", de los que pescan con mazo si el pez se pone a tiro, y, finalmente, los radicales zorrillistas, nuevos republicanos, a la espera de que el desterrado en Ginebra consiguiera derribar la Monarquía mediante un golpe militar, como cualquiera de los que han ilustrado la historia de España.

De todo esto hablé con D. Cristino Martos, con quien había conservado la afectuosa amistad originada en las Cortes de 1872 a 1873. El gran orador me enteró de algo que no sabía el público. Mediaron cartas entre aquél y Ruiz Zorrilla referentes a la aproximación a éste del duque de la Torre y los numerosos amigos, sus incondicionales adeptos. El general Serrano echaba de menos el primer puesto que tuvo siempre en la política española, y con el resquemor de que no le hubieran dejado hacer el papel que hizo Monk en Inglaterra, coqueteaba con los revolucionarios.

Don Manuel Ruiz Zorrilla fué de tapadillo a Biarritz, bien disfrazado para que no se enterase la Policía francesa y le volviera a Ginebra, y después de varias conferencias habidas entre el duque, D. Manuel y D. Cristino, sacaron lo que el conocido negro del sermón. Era el caballo de batalla el programa que habían confeccionado en París, uno o dos años antes, Salmerón, Ruiz Zo-

rrilla y Fernández de los Ríos, al cual programa el duque de la Torre hacía ascos, porque parecíale demasiado radical, sobre todo siempre dándole vueltas al discutidísimo artículo de la Constitución de 1869, referente a la libertad religiosa. Acerca de las discusiones que tuvieron en Biarritz los tres prohombres me hizo Martos un ameno discurso (¡qué lástima no haberlo oído mi amigo Tomás Luceño, el "non plus ultra" de los taquígrafos!), con la cáustica elocuencia, tan suya, y quedamos en que, en aquel entonces, ni por pienso hallar fácil coyuntura por donde llegase la conjunción y ayuntamiento de las fuerzas liberales.

—Usted que conoce tanto a Zorrilla, que le profesa verdadera amistad, ¿por qué no hace usted una escapada a Ginebra a ver si le convence?—me insinuó Martos.

—¿Yo a Ginebra? ¡Dios me libre! Aunque me lo pidiesen frailes descalzos, ni atado voy a Ginebra. Odio aquel pueblo, que vió impasible cómo quemaban vivo, y con leña verde, a nuestro paisano Miguel Servet. Pero, sin contar con este horror que Ginebra me inspira, ¡facilillo es convencer a Ruiz Zorrilla cuando ha pronunciado su última palabra!—contesté a D. Cristino.

—Daremos la comisión al marqués de Sardoal—concluyó el ex ministro de Don Amadeo de Saboya, afianzándose los espejuelos, según su habitual

costumbre, y poniendo en su frase malévola intención.

¡Claro! ¡Como que estaba reciente la visita que Sardoal había hecho a Don Alfonso, unido a una Comisión de diputados, para manifestar al Rey su indignación por el conato de regicidio! El marqués de Sardoal, republicano hasta entonces, aprovechó la ocasión para ponerse la casaca monárquica y colgar el gorro frigio en la percha donde se colocan las prendas que, por el pronto, no han de utilizarse. (El mío, un precioso gorro, confeccionado por Aimable, el sombrerero de moda entonces, y que hubiese envidiado el mismo París, el raptor de Helena, lo conservo en el fondo del cofre, por aquello de que más vale un "por si acaso" que un "quién pensara").

Entre las figuras más interesantes de aquella época merece especial atención la de Angel Carvajal, hijo primogénito del duque de Abrantes. Amigos casi desde la infancia, siempre nos conservamos sincero afecto. Era entre los aristócratas de su tiempo el más culto y estudioso, a que se unía palabra fácil, aunque algo seca, y un atrevimiento inaudito para decir cuatro frescas al lucero del alba, sin temor a las consecuencias, que veía venir tan tranquilo, y hasta las provocaba. De pequeña estatura, cuerpo elegante y flexible, ojos claros, pero preguntones; barbita rubia y pelo del mismo color, el marqués de Sardoal go-

zaba de generales simpatías por su trato afable y cortés, lo mismo con los poderosos que con los humildes.

¿Es un defecto la ambición del que se cree con derecho a tenerla? Pues éste era el defecto de Sardoal. Deseaba ser pronto ministro, cuando todavía el codiciado puesto no se repartía al buen tuntún entre los corifeos del "superhombre" que da una cartera al ilustre desconocido; cuando llegar a ser subsecretario de cualquier ministerio equivalía a un triunfo, como aconteció con Romero Robledo y Paco Silvela, que el día de la toma de posesión del susodicho destino creyeron muy pagados sus servicios a la política. Cierto de toda certeza que si el marqués de Sardoal hubiera querido ponerse a la sombra del tejado conservador, tomando en cuenta su prosapia y su talento (un garbanzo negro entre sus congéneres), la mencionada ambición habríase visto satisfecha; pero el linajudo prócer, por uno de esos contrastes que la psicología humana ofrece, tiraba hacia lo popular, no lo populachero, que parecíale cursi (asistió al Club de los "Filócalos"), y de ahí su filiación en el partido más democrático de entonces.

—Pero, hombre, ¿cómo has hecho eso?—le pregunté, a los postres de una cena con que nos obsequió Manolo Rancés en el Casino.

—Hay que irse preparando; porque si espera-

mos a que Serrano y Zorrilla toreen al "alimón", nos vamos a morir de puro viejos—me dijo.

—¡Pero, Angel! Tu visita a Palacio...

—¡Bah!—me interrumpió—. Por una visita de "pláceme" al jefe del Estado, ni por otras que le haga para cosas ajenas a la política, no voy a perder mi virginidad democrática.

—No hay virginidad que no se pierda a fuerza de probaturas—atajó Manolo Rancés.

—¿Te vas pronto a Londres?—interrogó Sardoal a Manolo Rancés para cambiar una conversación que no le gustaba.

—Mañana—contestó el marqués de Casa-Laiglesia.

—Este Manolo—habló Angel Sardoal cuando nos quedamos solos—ha tomado por lo serio su papel de diplomático grave y correcto, que no hay más que pedir; hasta va perdiendo aquella gracia gaditana, tan fina y tan oportuna. No haya cuidado de que le suceda en Londres lo que a... (y aquí pronunció Sardoal un nombre que no quiero decir). ¿No lo sabes?

—No. Como yo era amigo de su hijo, algo le traté; pero ignoro lo que le aconteció en Londres.

—Pues oye, que el caso tiene salero, y es completamente histórico—(y lo que va a continuación es del heredero del duque de Abrantes).

Escenario: el comedor del Club más encopetado de Londres. Entran y toman sitio junto a una

mesa, aislada de las demás, dos individuos. El uno es "Gedeón", recientemente nombrado embajador de España en Inglaterra, el cual no sabe del idioma de Milton más palabra que "yes". El día antes presentó sus credenciales e hizo a los personajes del protocolo las visitas de rúbrica. El otro individuo es el secretario de la Embajada, que hablá inglés como Shakespeare. Al poco rato penetra en el salón un señor, que se sienta a almorzar solo. Los españoles le miran y murmuran su nombre, que bien pudiera ser el de Disraeli o el de Gladstone, y entonces "Gedeón" va y le dice a su acompañante:

—Fulano, llame usted al mozo—y el secretario llamó y vino el mozo.

—Dígale usted que no cobre el almuerzo a aquel señor, que yo lo pago—añadió "Gedeón".

—Observe usted, señor embajador, que eso aquí no se acostumbra, y quizás el primer ministro lo tome a mala parte.

—No haga usted caso. Eso siempre se agradece.

El secretario entonces, para salir del ridículo paso, le dijo al servidor que fuera a saludar respetuosamente a lord Beaconsfield de parte de su excelencia "Gedeón"; hízolo así el camarero; el primer ministro dirigió a los españoles un gesto benévolo, y "Gedeón" exclamó:

—Y ¿ve usted, amigo mío, cómo ha agradecido el convite?

Algo más me iba a contar Sardoal de las "ocurrencias" del buen "Gedeón" en Inglaterra; pero en aquel momento anunciaba un criado que se iba a dar principio a la sesión nocturna del "treinta y cuarenta", y nos fuimos a la sala del crimen.

Justamente le habían hablado a Sardoal de una combinación diabólica, por virtud de la cual no había banca que le pudiera resistir.

Con ella se hizo millonario en Baden el famoso jugador García, a quien yo di en París varias veces cinco francos para invertirlos en el apremiante diario condumio.

CAPITULO XXVIII

La luna de miel de Martínez Campos y Silvela.—El consecuente conspirador. — Elecciones generales. — Don Claudio Moyano, sin acta.—"El que quiera higos de Lepe..."

Estamos en los comienzos de la luna de miel del Ministerio Martínez Campos-Silvela.

El acto del Rey produjo en la opinión cierto saborete de novedad, que dió motivo a muy diversos comentarios. El soberano se manejaba sin andadores, como un monarca de cuerpo entero, dentro de la más estricta disciplina constitucional, que para eso llamó a capítulo a los marimandones de la política.

Don Antonio Cánovas del Castillo se quedó "al paño", viendo cómo le substituía en la presidencia del Consejo de ministros el héroe de Sagunto, y D. Práxedes Mateo Sagasta, con un palmo de narices (perdón por la frase vulgar), cuando se creyó a dos jemes de ocupar la poltrona minis-

terial, y tuvo que recordar, barbicaído, aquello de "pauci autem electi", que reza el Evangelio.

Una revista satírica aseguró que el Rey guardaba, como sentencia final para los desahuciados del Gobierno, la coplilla que dice:

Tengo unas calabazas
puestas al humo,
y al primero que pase
se las emplumo.

Y al que le tocó la china fué al jefe de los seudoliberales, el cual apuntó en su memoria este cantar tan castizo, que muchos años después intercaló en un discurso parlamentario como argumento "ad hominen" y sin vuelta de hoja.

Por lo que hacía a Cánovas, no era preciso ser un lince para comprender que la designación de Martínez Campos no le supo a confites, y hasta colocó, en su más cerrada intimidad, un chiste que quizás por demasiado atrevido no pregonaron sus corifeos. Lamenté no conocerlo, porque D. Antonio tenía verdadera gracia andaluza. ¡Por soso y "desaborío" tuvo que marcharse de Málaga, su pueblo, según él mismo decía!

Los maliciosos propalaron la especie de que Cánovas aconsejó a Don Alfonso que llamase a Martínez Campos con la sana intención de que éste se desacreditara como gobernante, y se quedase aquél único usufructuario del Poder, dado

que los políticos al uso, cualquiera que fuese su matiz, no tenían, ni mucho menos, su talla de superhombre. Ni un momento di fe a semejante malicioso rumor, pues descontando la vanidad de D. Antonio Cánovas del Castillo (muy dueño, como cada cual, de tener la que le pluguiese, coadyuvante el sahumerio del coro), no hubiera sido noble y patriótico desear el fracaso de un hombre como Martínez Campos, que llegaba a España con la creencia de que prestaba a su país, en aquellos momentos, el más grande de los servicios. Además, el nuevo Gobierno llamábase "liberal-conservador", como el anterior, y en él habían quedado el conde de Toreno, Pavía (ministro de Marina) y Orovio, "el hombre de los chalecos", según los guasones de aquel entonces, por la variada colección de dichas prendas que atesoraba su guardarropa, y de que hacía gala, a despecho y burlona sonrisa del autor de "La Filocalia".

¡Liberal-conservador el nuevo Gobierno, o sea del molde ideado por Cánovas! Con la circular que Silvela "disparó" a los gobernadores de las provincias, inspirada en un sentido que transcendía a cacicato ministerial (escuela Posada Herrera), bastaba para saber que el Gobierno no moriría de empacho de legalidad, leyendo, por supuesto entre líneas, la lucubración de mi antiguo amigo y condiscípulo. Aquellos humos de libertad, sin cortapisas doctrinales, nacidos en la Acade-

mia de Jurisprudencia, antes y después de la revolución del 68, los fué perdiendo Silvela desde que hizo amistad estrecha, en casa del marqués de Casa-Loring, con Cánovas del Castillo, que gozaba de singular encanto persuasivo en función de catequista, cuando quería traer al redil de su política a un hombre de mérito.

Con el estreno de Ministerio y la anunciada próxima reunión de Cortes empezó la danza de los aspirantes a ocupar un sitio en los escaños rojos del Congreso, y los partidos políticos se apercibieron a la lucha, a ver quién lograba mayor número de adeptos. Fueron a ella los castelarinos, ya apuntando al porvenir, y las gentes de Sagasta, Martos y Alonso Martínez; un revoltijo cuyos ideales no marcaban notables diferencias, distinguiéndose por matices de poca monta, que no iban a una política contraria en absoluto al Gobierno continuador de Cánovas.

Comisionado por D. Cristino Martos fué Andrés Solís a Ginebra para preguntar a Ruiz Zorrilla si sus amigos deberían acudir a las urnas. Y cuando volvió de su corto viaje me dijo que el eterno conspirador no cejaba de su propósito, cada vez más firme y con mayores esperanzas de éxito favorable, de derribar la Monarquía mediante un acto militar; pero que sus partidarios hiciesen lo que les viniera en gana, sin contar con su firma al pie de cualquier manifiesto que dieran

al país, y añadió que si su distrito propio (Burgo de Osma) le proclamaba diputado a Cortes renunciaría el acta y quedaríase en Ginebra en espera de su triunfo. ¿Pisar el suelo de su patria mientras en ella hubiera Monarquía? ¡Jamás!

Las elecciones beneficiaron al Gobierno caído. Triunfaron nada menos que trescientos diez y ocho ministeriales, en su mayoría romeristas. Y fué muy natural que así sucediera, porque la farándula política, con sus puntales, lañas y sostenes, montada quedó por Romero Robledo, y no pudo Silvela, no obstante su deseo, quitar una sola bambalina ni mover la más insignificante pieza del tinglado que armó desde el ministerio de la Gobernación "el Pollo Antequerano", cultivador del caciquismo, sano sistema para ventura y prosperidad de los pueblos.

—En España nadie tiene distrito suyo, ni yo mismo—decía D. Francisco Silvela en un almuerzo con que nos obsequió un pariente mío, diputado cunero a quien aquél regaló el acta.

—Hay excepciones—atajé—: Ruiz Zorrilla dispone de uno que vota unánime a quien él quiera.

—Porque el Gobierno ha dejado libre ese distrito.

—¿Libre, y se ha llevado el acta un conservador, enemigo, por cierto, de Ruiz Zorrilla?—corregí a Silvela.

—Recomendado por el propio D. Manuel, en cuyo nombre me ha visitado Andrés Solís.

Ante esta afirmación del ministro me cosí la boca. ¡Regalar Ruiz Zorrilla un distrito, de que podía disponer, al hombre que más daño le hizo en las postrimerías de su mando, parecíame imposible!... Para explicarme cosa tan fuera de la lógica me dirigí a Pepe Escoriaza, que estaba, más que Solís, en los secretos del desterrado conspirador; pero el apoderado general de don Manuel no quiso aclararme el misterio. ¡Y yo que estuve a punto, en rapto de furor republicano, de escribir a Ruiz Zorrilla pidiéndole su distrito! Si lo llego a hacer, me divierto. Me hubiera quedado sin acta como se quedó el veterano D. Claudio Moyano. ¡Había que oír al más genuino representante del partido moderado histórico! ¡Tantos años ocupando, por derecho propio, un asiento en la Cámara, y ahora privado de él gracias a la presión ministerial en el distrito, inspirada por Cánovas del Castillo! Pero el famoso autor de la ley de Instrucción pública tuvo un consuelo regio. Doña Isabel II dió el pésame a D. Claudio Moyano, mediante un telegrama que por lo expresivo y cariñoso hubo de compensar de su pena al viejo parlamentario. ¿Un telegrama no más? Y también una carta autógrafa, que yo fuí de los pocos que vieron, porque me la enseñó Díez Macuso para que me

enterase de cómo las gastaba la ex reina de España cuando quería de verdad. ¡Lástima grande que no recuerde, para ponerlo aquí, un parrafito de la susodicha misiva, que ardía en un candil y tiraba contra Cánovas bala rasa! ¿Qué trabajo le hubiera costado al Gobierno dejar en su distrito a don Claudio Moyano, ni qué le podía importar este personaje, cuyas ideas ultrarreaccionarias caíanse a pedazos de puro viejas y gastadas?

No fué Cánovas quien influyó para quitarle el distrito a D. Claudio Moyano. Fué Romero Robledo, y el ministro de la Gobernación, tan débil que no puso pies en pared al tanto de que el respetable moderado siguiera representando al pueblo que con ejemplar constancia le dió el acta.

Un amigo íntimo del hombre que continuaba manipulando en todos los distritos de España censuró suavemente su inexplicable hostilidad, y Romero Robledo le dijo:

—Que se hubiese venido con nosotros, y diputado a Cortes sería.

—¡Pero, hombre! ¡Don Claudio Moyano, liberal-conservador!

—Pues, amigo mío, "el que quiera higos de Lepe, que trepe".

Refrán andaluz tan popular como concluyente.

Alguien, según me contó Díez Macuso, fué con el cuento del refrancete a D. Claudio Moyano, que le supo a acíbar.

—Este Gobierno caerá, vendrán otras elecciones y veremos lo que ocurre—dijo el jefe de los moderados de abolengo.

—¿No se cansará usted de la lucha, D. Claudio?—le preguntó mi antiguo amigo.

—¡Yo cansarme!—repuso el protegido de Doña Isabel—. Yo digo como Quevedo en su conocido romance:

Siete veces me he casado,
siete capuces he roto;
y me siento tan marido,
que pienso ponerme el ocho.

ÍNDICE

Páginas

Engranaje 5

CAPÍTULO PRIMERO.—Borregos que se desmandan. La República, amenazada por alfonsinos y carlistas.—Unos preparan la Restauración, y otros la guerra civil.—Los cantones.—Diabluras de la Niña.—Salmerón sustituye a Pi 7

CAPÍTULO II.—Salmerón, jefe de Estado.—Una supuesta nota de tres embajadores.—La eterna inconsciencia española.—Un ofrecimiento de Alemania.—Todos los españoles, locos.—Castelar, Poder.—Un discurso memorable.—«La Farmacia».—¡Otro pronunciamiento en puerta! 19

CAPÍTULO III.—La enredada y quebradiza madeja de la vida política.—El salón de Concha Iglesias.—El general Pavía.—Actitud inquietante.—Confianza, optimismo y chocolate con mojicones 29

CAPÍTULO IV.—Las Cortes Constituyentes.—Sesión histórica.—Castelar, derrotado.—Mientras los diputados deliberan y votan, la fuerza pública rodea el edificio del Congreso.—Una orden del capitán general de Madrid, que se rechaza con energía.—Todos los diputados, unidos para la defensa de la República y del Poder civil.—Tiros en la Cámara.—Una frase de Castelar.—La serenidad de Salmerón.—Fin de la República.—¡Y el pueblo, tan tranquilo! 37

CAPÍTULO V.—Una conversación con Pavía.—¡Golpe de Estado más o menos!...—La buena fe de Castelar.—Un buen regalo.—El duque de la Torre, jefe del Poder Ejecutivo.—Guerra civil

y crisis económica.—El hombre del tupé.—Una República que sólo tiene de tal el nombre.—Hacia la Restauración 47
CAPÍTULO VI.—El disfraz republicano.—¿Qué título damos al duque de la Torre?—La guerra del Norte.—El juego de los alfileres.—Discusiones de café.—Por los soldados liberales.—Un concierto memorable.—El general Primo de Rivera, herido.—A meterse en la boca del lobo .. 57
CAPÍTULO VII.—En el corazón del carlismo.—Camino de Elizondo.—El rebaño, hacia el matadero.—El cuervo, el cordero, la comadreja y el loro.—Fanatismo.—Entre oficiales carlistas.—Fe en la victoria..... 67
CAPÍTULO VIII. — Pesimismos. — Reconocimiento oficial del Gobierno español.—El partido alfonsino.—Preparando la restauración borbónica.—De la erudición barata de Moraza al no tan barato cochifrito de Botín 77
CAPÍTULO IX.—El Madrid de 1874.—El hombre del tupé y el último Gobierno de la República.—Inauguración de la actual plaza de toros.—Acontecimiento nacional.—Un buen recuerdo para aquel excelente Monarca, protector de la fiesta taurina.—La corrida inaugural.—Aproximación francoespañola.—Lección de tauromaquia galante, en francés 85
CAPÍTULO X.—Alarcón y Pérez Galdós.—Tres joyas de la literatura patria.—Un amor de D. Pedro Antonio.—*El sombrero de tres picos*.—El glorioso D. Benito.—*Bailén* y *Zaragoza*.—Las cenizas de Calderón de la Barca.—Inauguración del Viaducto de la calle de Segovia.—Alemania, Francia y los carlistas 95
CAPÍTULO XI.—En vísperas de la Restauración.—Martínez Campos inicia el pronunciamiento.—Relato de un cabo.—El «alfonsino» desconocido da un viva a Alfonso XII 105
CAPÍTULO XII.—Después del grito de Sagunto.—La indiferencia de Madrid.—Por los unos o por los otros, España sería salvada.—Doloroso cambio de impresiones del duque de la Torre y sus ministros.—Despedida cruel.—«¡La duquesa y las niñas están seguras!» 115
CAPÍTULO XIII.—Cuatro estrenos.—Don Alfonso XII, camino de España.—Llegada del nuevo

Rey a Madrid.—Ovaciones que recuerdan otras ovaciones.—Percalina y farolillos.—La espada de Espartero 123

Capítulo XIV.—El estreno de *Aida* en Madrid. Buenos cantantes y excelente escenografía.—Un juicio de Peña y Goñi.—La musa sandunguera y madrileñísima de Barbieri.—La bendición de Doña Isabel.—Don Carlos invita a su prima a pasar una temporadita en España ... 133

Capítulo XV.—El primer Gobierno de la Restauración.—Política reaccionaria.—Contra la libertad de la cátedra.—Veinticuatro generales amenazadores.—Ruiz Zorrilla, expulsado de España.—El curita adicto a D. Manuel.—Un ministro independiente.—El duque de la Torre «sabe vivir» 143

Capítulo XVI.—Españoles en París.—El mejor tratado de Lógica, la *Gaceta*.—El apisonador, la monja y el adoquín.—La causa de Don Carlos, de capa caída.—¡Siempre el dinero!—Don Carlos se refugia en Francia.—¡La del humo!... ... 153

Capítulo XVII.—Danza de millones.—Dinero llama dinero.—¡Quién pudiera echar una siesecita!—La muerte de Jorge Sand.—Cartas de España.—La destronada se repatría. 163

Capítulo XVIII.—La ex Reina Isabel II vuelve a España.—La reciben Alfonso XII y la princesa de Asturias, la actual infanta Isabel.—La entrada de la ex Reina en Madrid.—Marforí se aburre en Loja.—Alfonso XII, enamorado.—Mamá no da su consentimiento.—Las damas votan por el triunfo del amor; los varones defienden la razón de Estado.—Y Ruiz Zorrilla sigue soñando con la República 171

Capítulo XIX.—El problema social.—La evolución.—Un Congreso obrero en París.—El trabajo de la mujer.—Los primeros balbuceos del feminismo.—Ruiz Zorrilla toma nota.—Noticias de España.—Si D. Manuel es un peligro para Cánovas, las parisienses son un peligro para don Manuel 181

Capítulo XX.—Repatriación.—La situación en Francia.—Madrid, desconocido.—El Casino y la chirlata.—Las «Cucas».—El juego, afición favorita de los madrileños.—En la próxima crónica «cotillearemos», lector 191

Capítulo XXI.—El mundo teatral madrileño.—Muerte de los maestros Skoczdopole, alemán madrileñizado, y Oudrid, insigne jotero.—Premio de un clac para uno de los innumerables autores de *Por seguir a una mujer*.—La aparición de Julián Gayarre.—*Los sobrinos del Capitán Grant*.—Un rato de «cotilleo».—Alfonso y Mercedes.—Los «amargaos» 199

Capítulo XXII.—Madrid arde en fiestas.—Un Rey barbián que se casa por amor, como los pobres.—Pero no a gusto de mamá.—Cuando se casaron Alfonso y Mercedes, ¡ya daba guerra Colón!—Martínez Campos consigue la pacificación de Cuba, pero Lustonó está en lo firme ... 209

Capítulo XXIII.—Días tristes.—Amigos que nos dejan.—La Reina Mercedes, enferma.—La muerte.—¿Torpeza de los médicos?—Sesiones necrológicas 217

Capítulo XXIV.—Qué descansada vida...—Política provinciana.—Como en los tiempos de Narváez.—Un disparo en la noche.—El «borruchón».—Un caballero de la Orden de «La Pava Libre» 227

Capítulo XXV.—En Granada.—La mansión de los Condes de Pomares.—Iniciación de una historia.—El refugio de los republicanos granadinos 235

Capítulo XXVI.—Dos almuerzos.—La árida política entre flores de un «carmen» granadino.—El conde, la condesa, la «retrechera» y el cura.—El atentado contra Alfonso XII.—Juan Oliva.—Un viva con sordina 245

Capítulo XXVII.—Un pretexto para echar una cana al aire.—Cánovas, Martínez Campos y los liberales.—La entrevista de Ruiz Zorrilla, Martos y el duque de la Torre, en Biarritz.—Cambio de casaca.—«Gedeón», en Londres 255

Capítulo XXVIII.—La luna de miel de Martínez Campos y Silvela.—El consecuente conspirador.—Elecciones generales.—Don Claudio Moyano, sin acta.—«El que quiera higos de Lepe...». 265

Algunas opiniones acerca de "Mis primeros ochenta años: Lo que me dejé en el tintero".

Es un libro de interés palpitante, cuyo mérito principal está en que este ilustre académico ni se engola con la expresión, ni solemniza lo trivial, alardeando de limpieza en el estilo, agilidad en el relato, ornato en la pintura, color en la realidad, jugo y lozanía en la dicción, acusadora de que en este octogenario aletea una perenne juventud que afluye a su pluma clara y rebosante de optimismo para confirmar que son éstos los primeros ochenta años del ilustre literato.

Darío Pérez.
(De *La Libertad.*)

* * *

Pocas veces en un libro de "Memorias" se habrá conjurado, con tan gentil gallardía, el peligro de la inevitable tristeza por la lejanía de lo pasado y el doloroso futuro, que se siente amenazar, cada día más cerca. Cicerón, leyendo este libro, lo hubiera celebrado como el más bello y elocuente corolario de sus loores a la vejez.

J. López Prudencio.
(De *A B C.*)

Lo que me dejé en el tintero.

Repleto archivo de impresiones y recuerdos de extraordinario interés, es, además, un libro tan ameno, que se lee sin dejarlo hasta su última página, y confirma la fama de excelente escritor que goza Gutiérrez Gamero.

Pocas obras cautivan tanto como estas "Memorias" apenas penetramos en ellas; ganan, en fuerza atractiva, a la mejor novela.

ALBERTO DE SEGOVIA.
(De *La Nación.*)

* * *

Sorprende por modo deleitoso en esta evocación autobiográfica, cumplida con tanta elegancia y brío, la fluencia vivaz en que el pasado adquiere, hasta en la termidad de la minucia, una cierta perennidad y la gracia discreta y frívola con que lo trascendental adquiere cierta categoría de "incidente", hasta en la perdurabilidad de lo histórico. Es decir: hay en estas "Memorias" del Sr. Gutiérrez Gamero una ecuanimidad literaria que trasciende a lo biológico.

E. MARQUINA.
(De *Heraldo de Madrid.*)

* * *

El Sr. Gutiérrez Gamero es, ante todo, un conversador. Su pluma va llevada con admirable buen gusto, como si el autor hablase ante un grupo de amigos, en vez de escribir para un círculo grande de lectores. El narrador es, a un tiempo mismo, natural y elegante, sobrio en el estilo y amplio en el pensamiento, y con las cualidades necesarias en este género de escritos: amenidad, interés, gracia, buen tono, donaire...

LUIS ARAUJO-COSTA.
(De *La Epoca.*)

Con *Lo que me dejé en el tintero,* el ilustre Gutiérrez Gamero prosigue las "Memorias" que iniciara con *Mis primeros ochenta años.* La historia de ayer, contada por este viejo pletórico de brío y juventud, que para sí quisieran muchos de nuestros jóvenes, adquiere un sólido valor de documento del pasado vertido a la luz pública por la pluma ágil, despierta, amena y salpicada de matices varios y sugerentes, que es característica de este insigne académico.

(De *Nuevo Mundo.*)

* * *

¡Qué caudal de recuerdos e imágenes descúbrese en estas páginas jugosas, excepcionalmente juveniles y lozanas, empero sean trazadas por un anciano! ¡Qué sugeridoras todas ellas, para cuya lectura se requiere el lápiz siempre listo a señalar la acotación marginal! ¡Qué desfile de personajes y momentos de la política, la literatura y el arte—y no sólo en España, sino en parte del Extranjero—, el que se contempla al través de este libro cautivador, que quedará a las generaciones sucesivas como inestimable documento y fuente informativa para el trazado de la historia de la época!

Angel Dotor.
(De *La Voz de la Mancha.*)

* * *

El ilustre académico no se ha dormido en sus laureles. La segunda parte de sus "Memorias" no le va en zaga a la primera. "Lo que se dejó en el tintero" es tan bueno o mejor que lo que nos sirvió en su primer tomo este escritor castizo, que no usa, por lo visto, estilográfica, y merece, por la pureza y propiedad de su noble estilo, ser editado en plumas de Iturzaeta.

A. Royo Villanova.
(De *El Norte de Castilla.*)

Ochenta años velan la retina, melancolizan la perspectiva y agrian el color. Siempre, claro está, que no se trate de un espíritu como el del Sr. Gutiérrez Gamero, que en la fontana de Juvencia hace sus cuotidianas abluciones tarareando la canción del día. Por eso sus "Memorias" son frescas, saltarinas, y aun el inevitable poso de escepticismo que va sedimentándose en este género de reacciones entre el hombre y lo vivido, no es más que un leve contracanto sobre el que resalta con gracia más sugestiva la melodía optimista y diáfana con que Gutiérrez Gamero canta y vivifica el pasado, ayudándose de la instrumentación pulcra y castiza, que es su estilo.

(De *El Pueblo Vasco,* San Sebastián.)

* * *

Burla burlando, en esta segunda parte de sus "Memorias" Gutiérrez Gamero ratifica su afirmación de fe liberal, no entibiada por el tiempo ni por las modalidades al uso. Escribe llanamente, con tanta propiedad como elegancia. Su estilo es terso, flúido; se desliza como límpida corriente de agua cristalina. Dice las cosas con claridad y sencillez, para que todo el mundo las entienda, procurando evitar retorcimientos alambicados, muy preciosistas, pero enojosos al fin, como lo es cuanto significa afectación y engolamiento.

Modesto Pineda.

(De *La Provincia,* de Huelva.)

* * *

Lo que me dejé en el tintero no desmerece en lo más mínimo a su hermano mayor. Amenidad, interés, emoción, sencillez, naturalidad, todo tan sabiamente combinado, que el volumen de 300 páginas se lee en una sola velada, sin que su abundante lectura fatigue

o canse un solo momento, como si escuchásemos de viva voz un emocionante suceso del más hábil y sugestivo de los narradores.

(De *El Liberal,* de Sevilla.)

* * *

Lo que me dejé en el tintero son unas "Memorias" en que el autor va narrando de una manera admirable, como sólo él sabe hacerlo, sucesos históricos, de los que en su mayoría es él protagonista, todos ellos de gran interés, pues por el plano de vida en que se desenvolvió el autor van surgiendo en los capítulos magníficos cuadros de la vida española, por desgracia muy olvidada.

(De *Las Provincias,* de Valencia.)

* * *

En las creaciones novelísticas del glorioso Maestro, cubierto de años y de laureles, experimentamos hondas delectaciones, que han tenido ahora una feliz reanudación en su última producción, *Lo que me dejé en el tintero.* Gutiérrez Gamero es un caso tipo de la raza creadora; asombra su fecundidad, pero más aún que ésta la jugosa lozanía de sus obras últimas, escritas cuando los ochenta años de una existencia gloriosa para las letras se han cumplido.

José M.ª de Gamoneda.

(De la *Revista Hispano-Americana.*)

C. I. A. P.

Precio: 5 ptas.

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00051147374